



NARRATIVAS

Enric González

Historias del *Calcio*



se

Es imposible hablar de Italia sin hablar de fútbol. Los italianos se consideran los inventores de este deporte, al que llaman *calcio* (patada), como las batallas campales con balón nacidas en la Florencia medieval, y han desarrollado en torno a él muchas de sus características políticas, económicas y sociales.

El *calcio* contiene altas dosis de violencia, pasión, fraude, dinero y disparate. Pero es también un complejo mecanismo de símbolos, un código social y, en último extremo, un lenguaje con el que un país antiguo y escéptico expresa su vieja sabiduría.

Estas 'historias', publicadas en *El País* entre 2003 y 2007, son la crónica desordenada y tragicómica de una sociedad capaz de perdonarlo todo, menos el mal gusto y una derrota en un derbi.



Enric González

Historias del Calcio

Una crónica de Italia a través del fútbol

ePUB r1.1
Yorik 19.10.14

Enric González, 2007

Editor digital: Yorik

Corrección de erratas: victoralkiza

ePub base r1.0



INTRODUCCIÓN

En septiembre de 2003, recién llegado a Roma como corresponsal de *El País*, recibí una llamada de Santi Segurola, entonces redactor-jefe de Deportes. Me propuso escribir algo para las páginas deportivas y yo, que bastante tenía con buscar piso, aprender algo de italiano y pergeñar las primeras crónicas sobre un país que me parecía incomprensible, le dije que sí, que ningún problema. Unos días más tarde, el domingo por la mañana, me reclamaron el articulito. Escribí unas líneas y las dicté por teléfono, porque en el hotel no había forma de conectarse a internet. Luego me fui a un bar del centro para ver el partido nocturno.

Estaba en el autobús cuando me llamaron de nuevo para preguntarme cómo se llamaba mi columna. No se me había pasado por la cabeza que mi colaboración con Deportes fuera a tener continuidad, y no se me ocurría nada. La voz al otro lado del hilo dijo: «¿Te parece bien “Historias del *calcio*”?». No me pareció especialmente estupendo, pero respondí que valía. Así comenzó un asunto que duró cuatro años, los cuatro que pasé en Italia.

Todos los textos fueron redactados el domingo, después de los partidos de las tres. Elegía el tema sobre la marcha, porque confiaba en que la espontaneidad compensara otras deficiencias. Algunas piezas nacieron en condiciones precarias, garabateadas de mala manera sobre un trozo de papel: una fue escrita en un *vaporetto* veneciano, otra en una sala de embarque del aeropuerto de Roma, una que hablaba de los inmigrantes del sur y los equipos del norte fue parida en el coche de mi amigo Andrea, de vuelta de una excursión a los Castelli Romani. Sigo sin explicarme la paciencia del periódico y del ocasional lector.

El *calcio* es muy especial. Ningún país vive el fútbol como Italia (quizá Argentina, que no conozco) y nadie es tan imaginativo, tan farsante y tan estupendo como los italianos. El *calcio* ofrece mucho que contar: las tragedias del Torino, la arrogancia de la Juventus, la locura de la Roma, los disparates del Inter, las aventuras de Silvio Berlusconi y el Milan... El periodismo deportivo italiano ha dado grandes narradores, desde el patriarca Gianni Brera al contemporáneo Gianni Mura. Leerles es un placer muy instructivo. Ningún cronista, sin embargo, alcanza la brillantez de los anónimos inventores de pancartas.

En los estadios italianos, como se sabe, las dos aficiones suelen mantener un diálogo burlón a través de las pancartas. También se pegan y exhiben inscripciones miserables, pero dejemos eso al margen. Escribir una gran pancarta de *curva* (la grada más barata, donde se concentran los *tifosi sfegatati*) es un arte que se practica en secreto, para evitar el espionaje rival. Cuando la afición contraria averigua el mensaje, la réplica puede ser demoledora.

En 2001, los *giallorossi* de la Roma prepararon un cartel colosal para el derbi contra los *biancazzurri* de la Lazio. La Roma era campeona y la ocasión merecía la poesía más excelsa. Cuando saltó al césped el equipo romanista, sobre la *curva* se alzó un texto gigantesco en su

honor: «Mira a lo alto, sólo el cielo es más grande que tú». Segundos después apareció enfrente, en la *curva* de los *laziali*, otra pancarta de igual tamaño: «Tenéis razón, es blanquiazul».

Esas son las «historias del *calcio*» que más me gustan.

E. G.

2003-2004

Gianni Agnelli murió en enero de 2003 y su hermano Umberto le sobrevivió por poco tiempo, hasta mayo de 2004: la familia Agnelli, dueña de la Juventus, perdió a sus patriarcas. Las quiebras fraudulentas de los grupos industriales Cirio (propietario de la Lazio) y Parmalat (propietario del Parma) revelaron el caos de las finanzas del *calcio*. La temporada arrancó con un apagón eléctrico que dejó todo el país a oscuras, quizá como premonición de otros momentos tétricos. El 21 de marzo de 2004, un grupo de «ultras» realizó una demostración de fuerza y obligó a suspender el partido Lazio-Roma. Silvio Berlusconi salió absuelto de un juicio por falsificación de balances, gracias a una ley aprobada por su propio Gobierno: Il Cavaliere lo celebró sometiéndose a una operación de cirugía estética y ganando el *scudetto* con el Milan. La Roma fue segunda; la Juventus, tercera; el Inter, cuarto. Pavel Nedved (Juventus) obtuvo el Balón de Oro europeo. Fabio Capello abandonó el banquillo de la Roma y fichó por la Juve. Italia participó en la Eurocopa de naciones con resultados penosos. Francesco Totti fue descalificado por escupir a un contrario.

LA ESTUPIDEZ HUMANA

LUNES, 22-09-2003

Sobre la estupidez humana se ha escrito bastante. El tema, por desgracia, resulta inagotable. Un grupo de seguidores del Nápoles (no aficionados al fútbol, sino seguidores en el sentido de ir tras el equipo) devastó el sábado el estadio Partenio de Avelino, protagonizó varias batallas campales, una de ellas en pleno césped, y dejó en el asfalto a un muchacho medio muerto que anoche seguía en estado crítico. El subjefe de la policía local fue agredido y sufrió un infarto. La pequeña ciudad de Avelino, en los Apeninos, padeció horas de terror. Las imágenes avergüenzan.

Pero no vayamos a creer que toda esa violencia fue gratuita: es que era un derbi regional. Ah, claro, Y además, explican los *tifosi* napolitanos, hubo un problema con las entradas, eran más caras de lo que esperaban. Con toda lógica, los muchachos resolvieron el asunto cargando contra la policía, entrando en tromba en el estadio y encaramándose a lo alto de la tribuna para arrojar bengalas y sillas. Lo que habría hecho cualquiera. Uno de ellos, un chico de 20 años, Sergio Escolano, de 20 años, quizás inocente, se desplomó desde un voladizo hasta la calle en una caída de una veintena de metros. Según algunos testimonios, la ambulancia tardó hasta media hora en recoger su cuerpo roto: era imposible acceder a él porque las peleas seguían a su alrededor. Luego, unos cien imbéciles saltaron al campo e hicieron huir a la policía, que dejó tras de sí una nube lacrimógena. El partido se suspendió *sine die*.

Nápoles y Avelino padecen una tasa de paro altísima, son ciudades inmersas en la tradición sureña de violencia, la gente del Nápoles soporta mal la vida en segunda y el casi descenso a tercera del pasado año... Todos estos argumentos inundan la prensa italiana. Sobre la estupidez humana, en efecto, se escribe bastante. Pero no pasa nada: el domingo próximo, los imbéciles que asolaron Avelino volverán al estadio. Quizás algún directivo les salude como fieles entre los fieles. En el azul celeste de la camiseta napolitana queda la mancha negra.

En cuanto al fútbol, una nota de normalidad: después de la exhibición de Highbury (0-3 contra el Arsenal en la Champions), el Inter, auténtica unidad de medida del *calcio*, empató tristemente a cero en el San Siro con la Sampdoria. La estoica hinchada del club azul y negro vivió sus 90 minutos de tedio y volvió a su habitual sufrimiento.

La Juventus es el poderío de la burguesía industrial. El Milan es la genialidad de una extraña combinación de aristocracia y proletariado. El Inter, el tercer *grande*, es la paciente clase media, aderezada con un punto de masoquismo. Es la sociedad que dejó escapar a Roberto Carlos y fue burlada por Ronaldo, el equipo que cayó en semifinales de la pasada Champions sin perder ningún partido y quedó segundo de la Liga (tercero el año anterior); es, en fin, el club que contrató como entrenador a Héctor Cúper, un especialista en derrotas heroicamente arrancadas de las fauces de la victoria.

El juego del Inter suele ser el mejor termómetro del *calcio* y, a juzgar por lo visto ayer, el fútbol italiano sigue asfixiado entre marcajes, presiones, astucias y faltas lejos del área. Todo el partido fue jugado como un larguísimo último minuto en campo contrario. No estaba el gran Christian Vieri, pero da igual: fue una lástima.

«TOTTIMANÍA»

LUNES, 29-09-2003

La noticia aparece en los diarios: «Incendio en la biblioteca de Totti, destruidos los dos libros». Totti está desesperado: «¡Aún no había terminado de colorear el segundo!».

Francesco Totti, el capitán de la Roma, siempre tuvo fama de simpático descerebrado, de trasteverino cateto, de futbolista genial pero frágil en las grandes ocasiones. También la Roma, el equipo rojigualdo, era tradicionalmente visto como una fuerza secundaria, un elemento divertido e imprevisible pero destinado, al fin, a hincar la rodilla ante la Juve y el Milan. Hasta ahora. Esta temporada, Totti no es sólo el hombre más famoso de la capital de Italia: es un jugador grandioso, un proyecto de *balón de oro*. Y la Roma es un serio aspirante al escudo de campeón.

El chiste malo que encabeza estas líneas es uno de los cientos reunidos en el libro *Todos los chistes sobre Totti (contados por mí mismo)*, una obrita de la que se han vendido ya más de 800.000 ejemplares. El futbolista tuvo el sentido del humor necesario para aportar su firma y su rostro a la recopilación de bromas sobre su ignorancia, y quiso que todos los beneficios fueran repartidos a partes iguales entre la Unicef y el servicio de asistencia a los ancianos de Roma. Un gran detalle.

El gesto humorístico-humanitario se habría quedado en eso si Totti, que cumplió 27 años el sábado, no hubiera empezado la campaña a un nivel casi sublime. Su carisma y sus recursos —su famosa *cuchara*—, unidos al talento asombroso de Chivu, el recién incorporado central rumano formado en el Ajax, han hecho que, por primera vez hasta donde alcanza la memoria, un equipo entrenado por Fabio Capello sea capaz de defenderse correctamente y, a la vez, atacar con generosidad además de, para colmo, moverse con alegría. La Roma es, en este arranque, lo más vistoso del *calcio*.

Capello, por supuesto, está exultante: «Hay sólo dos jugadores realmente grandes. Se llaman Ronaldo y Totti». Otra frase: «Totti es el mejor 10 desde Maradona». Más: «Este año, el Balón de Oro debe ser para Totti». Incluso los rivales se rinden a la *tottimanía*: Nedved, el impecable eje de la Juve, opina: «Ahora mismo, el mejor jugador de Europa es Totti».

La Roma lo tiene casi todo. La efervescencia zurda de Chivu, capaz de cerrar el área, cubrir largos tramos de la banda izquierda y lanzar magistralmente los golpes francos; la seriedad defensiva del argentino Samuel; el trabajo de Emerson, el brillo de Montella y Cassano en punta y el recurso de Carew cuando hace falta una torre en el ataque. Las expectativas son tan altas que ayer, tras masacrar al Ancona (3-0, un gol de Totti), Capello tuvo que defenderse de quienes criticaban las muchas ocasiones fallidas: «Pero... ¿verdad que imponemos respeto?».

DEL PIERO Y EL MÁS ALLÁ

LUNES, 06-10-2003

«¿Fútbol es fútbol?» No. El macarrónico aforismo sólo es cierto cuando, en el juego, el balón rueda e intervienen todos los azares: el centímetro que separa el poste del gol, o el parpadeo en que el árbitro acierta o se equivoca, el rasgo de talento que distingue al jugador del genio. Pero el fútbol es también percepción y memoria colectiva. Y en ese terreno, ajeno a las leyes de la física, las cosas son más complicadas.

Garrincha era cojo, ignorante e inestable; Maradona era cocainómano; Best era juerguista y alcohólico: hablamos de tres dioses imperfectos que fueron incomparables en el terreno de juego y, sin embargo, flaqueaban en la vida. Cruyff sólo jugó de verdad durante seis o siete años y se dosificó de forma casi mezquina; Beckenbauer se refugió en la comodidad del mando y la defensa; Pelé acumuló un prestigio eterno mientras jugaba en un equipo discreto, el Santos, y se rodeaba en la selección de jugadores casi tan grandes como él; el gran Di Stefano lo fue todo en un Real Madrid inmenso, pero nunca se enfrentó de verdad a la prueba de un Mundial. Estamos hablando de jugadores extraordinarios que, además, entendieron que más allá del sudor y el arte había negocio, política.

Alessandro del Piero no es Cruyff, ni Beckenbauer, ni Pelé, ni Di Stefano. No lo es ni cuando sueña. Pero el *calcio* le ha elevado, aún en vida futbolística, a los altares. El contrato que ha firmado esta semana con la Juventus, el club de sus amores, hace de él, además de multimillonario (ya lo era) y paradójico símbolo de sensatez (acepta percibir algo menos en los años sin títulos ni gloria), capitán de por vida y futuro directivo de la sociedad turinesa, con la presidencia como destino probable. De forma menos literal, el contrato convierte a Del Piero en emblema del club más importante de Italia. Cabría decir que, de forma indirecta, el contrato avisa también a árbitros, defensas contrarios y seleccionadores de que están tratando con mucho más que un futbolista.

¿Qué tiene Del Piero? Es un chico guapo, educado y simpático, de familia sin apuros (el padre le construyó un pequeño campo con iluminación artificial para que jugara con los amiguitos), que tiene un hermano igualmente guapo, educado y simpático (y experto en leyes) que le lleva las cuestiones contractuales, y dispone de dos agentes italojaponeses que se ocupan de los derechos de imagen y de la promoción en el creciente mercado asiático. Ale es un gran promotor de Italia en el extranjero, capaz de desenvolverse en cualquier circunstancia.

A Del Piero (28 años) le basta con seguir jugando correctamente y culminar alguna acción más o menos brillante. Porque tiene el talento extrafutbolístico de que gozaban Pelé, Cruyff y Beckenbauer, pero no Maradona, Garrincha o Best. Del Piero será, seguramente, un gran directivo. Pero el hígado de Best o la polio de Garrincha sabían mucho más de fútbol.

PATAPALO

LUNES, 27-10-2003

El Milan tiene un gran jugador brasileño, un tipo alto y flaco que inventa, juega y marca. También tiene en el banquillo a un brasileño triste al que, de pequeño, llamaban Patapalo. El ocaso de Rivaldo, todavía uno de los futbolistas mejor pagados del mundo, es de una amargura especial. Porque, mientras mira el encuentro desde la banda, silencioso y arrebujaado en el chándal, contempla el florecimiento de Ricardo Izacson Santos Leite, llamado Kaká, un chaval insultantemente feliz, insultantemente alegre y sociable, insultantemente distinto al pobre Patapalo. Mientras se hunde, escucha los vítores de la afición milanista a Kaká, el anti-Rivaldo.

Vitor Borba Ferreira, el chico pobre que nació en un suburbio norteño, el muchacho semidesnutrido y de huesos frágiles cuyo padre murió atropellado, el joven jugador rechazado por varios equipos, el tipo al que llamaban Patapalo, el hombre que triunfó en el Deportivo y el Barcelona sin llegar a ser querido, el internacional que salvó mil veces a la selección *canarina* sin que nadie dejara de culparle por el fracaso de Brasil en los Juegos Olímpicos de Atlanta 96, se apaga domingo a domingo en un foso italiano. Ni el pedazo de banco que ocupa es suyo: se sienta ahí de prestado, ya roto su contrato con el Milan, a la espera de que en diciembre, cuando se reabra el mercado europeo, algún club inglés o español confíe todavía en él.

Sobre el césped, mientras tanto, corre Kaká. Un chaval de 21 años, con una novia de 16, para el que todo ha sido fácil. Nació en una familia acomodada de Brasilia, tiene buenos huesos, ha sido la estrella allá donde ha jugado y ahora, ya internacional con Brasil, es la pequeña joya de San Siro. La plantilla rojinegra le adora. Sobre el campo se asocia con cualquier compañero y parece tan integrado como Maldini. Recién llegado y con sólo 21 años. ¿Qué pensará Rivaldo?

Los defectos de Rivaldo se han acentuado con el tiempo. Puede hacer muchas cosas con un balón, pero le cuesta jugar al fútbol: no entiende el complicado tapiz de un deporte colectivo; para él, sólo existe una fórmula simple que relaciona su pie, el cuero y la red. Antes, esa ceguera parcial tenía una importancia relativa. Él, con su pie izquierdo mágico, se bastaba para resolver un encuentro en solitario. Ahora, a los 31 años (hay quien sospecha que tiene alguno más), ya no. El entrenador, Ancelotti, no confía en él, pero le ha concedido ocasionalmente algunos minutos. Han sido minutos breves, irrelevantes, insuficientes. A pesar de eso, han bastado para constatar las limitaciones de un Rivaldo que intenta la proeza, que entra en el área pequeña, que busca el disparo, que gira, que cae, que se levanta, siempre al margen del partido. Parece un espontáneo. Juega solo. Está solo. Pobre Patapalo.

SOPA DE GANSO

LUNES, 03-11-2003

Es día de fútbol en Italia. Se disputa un gran encuentro entre los dos equipos, Juventus y Milan, que encabezan la clasificación. El primer ministro Berlusconi acude al estadio. Y le apetece reunirse con los árbitros antes del partido. Como es el que manda, lo hace. Resulta que además de presidir el Gobierno y de ser el hombre más rico del país, es dueño del club anfitrión, el Milan, pero no pasa nada: ¿quién podría pensar mal? Berlusconi es un hombre de honradez acrisolada, tan empeñado en la regeneración del país que ha despenalizado la falsificación de balances y se ha declarado a sí mismo por encima de la ley.

Berlusconi se despide de los colegiados con grandes sonrisas y abrazos y los equipos saltan al césped. Están repletos de celebridades llamadas Maldini, Nedved, Buffon, Trezeguet o Nesta. Es gente que cuesta mucho dinero. El club del empresario Berlusconi, el Milan, ha cerrado el año con unas pérdidas de 29,5 millones de euros. Pero no pasa nada. El gobierno del primer ministro Berlusconi aprobó una ley llamada «salvafútbol» que permite devaluar el patrimonio en el balance, percibir compensaciones fiscales por esa pérdida contable y amortizarla en diez años. Lo cual le ha ido muy bien al empresario Berlusconi.

El otro club, la Juve, es el único de los «grandes» que no se ha acogido a la «ley salvafútbol». Sus dueños, los Agnelli de Turín, saben que la ley podría vulnerar las leyes europeas de libre competencia, porque constituye una subvención encubierta: entre Milan, Inter, Lazio y Roma se embolsan más de mil millones de euros en fondos públicos.

Los blanquinegros de Turín tienen fama de ser los más serios del país, y han presentado un beneficio de seis millones de euros. ¿Milagro? Sí, milagro contable. La Juve ha vendido propiedades inmobiliarias por una gran suma a una sociedad amiga. La gracia es que ha ingresado en realidad un ínfimo primer plazo de esa suma, que sólo existe sobre el papel del balance: al cabo de unos años, la Juve recomprará a un precio pactado las propiedades inmobiliarias. ¿Qué hará entonces, cuando toque introducir el gasto en las cuentas? Pues repetir la venta de fantasía, seguramente. O inventar algún otro truco. Al final, no pasa nada: en el peor de los casos, falsificar un balance no es delito.

Empieza a rodar el balón y todo cambia. La comedia bufa se convierte en arte y ensayo. Durante 90 minutos, al menos sobre el rectángulo verde, las cosas adquieren una seriedad extrema: todo es tan profesional, tan perfecto, tan estudiado, tan igualado, que el resultado no puede ser otro que el empate. Y empate es, aunque, por una vez, en un Milan-Juve se vive un instante sublime: Di Vaio marca un gol mágico a cinco minutos del final.

Acaba el partido y recomienza *Sopa de ganso*. Un ministro del presidente Berlusconi afirma que el fútbol y la seriedad contable son incompatibles, y que así debe ser. Faltaría más.

LAS PENAS DE VIERI

LUNES, 24-11-2003

El *calcio* se puede mirar desde ángulos muy diversos. Si se mira desde la grada del Olímpico de Roma, es una maravilla: la Champions pierde este año a un equipo que, por talento y exuberancia, recuerda al Ajax de los setenta. Si se mira del lado de la Juve, es un prodigio industrial: la factoría turinesa gana siempre, juegue bien o mal. Si se mira hacia el Inter, es un misterio: su afición parece incapaz de ser feliz. Antes, con Héctor Cúper, sufría porque los jugadores parecían sonámbulos con úlcera; ahora, con Alberto Zaccheroni y el equipo en alza, sufre por Vieri. Y la afición sufre mucho. El mal de Vieri es de los peores que existen.

¿Qué le pasa a Vieri? Nadie lo sabe, y él nunca habla. Está triste, enfadado, ausente. Como peleado consigo mismo. En un partido internacional contra Azerbaiyán montó un drama, pateando una botella de agua, cuando Trapattoni le sustituyó; pateó también una valla publicitaria en el encuentro ante la Roma y un micrófono el domingo siguiente; se negó a celebrar su gol contra el Ancona... El gigantesco ariete recibe todos los mimos del técnico y de sus compañeros, pero no parece suficiente.

El asunto resulta especialmente grave porque Vieri es el tótem de San Siro. De otros futbolistas se escriben biografías; de él se escriben ensayos sobre la pasión, como una obra llamada *Keep on Fighting* (Sigue luchando). Vieri encarna a la perfección la imagen que tiene de sí el *tifoso* interista: luchador, inestable, con rasgos sublimes y tendencias autodestructivas. Los *vieriólogos* más sutiles creen que su desasosiego nació con el despido de Cúper: le sentó mal que algunos le acusaran de haber forzado la marcha del argentino.

El caso es que el sábado, en el estadio milanés, estalló la tensión reprimida durante semanas por un público obsesionado con Vieri. Una parte de la afición silbó al ídolo, quien respondió aplaudiendo ostensiblemente hacia la grada; en ese momento, otra parte de la afición empezó a silbar a quienes silbaban. Se formó un barullo monumental, mientras la esfinge se sacrificaba más que nunca por sus compañeros, corría como un poseso y exhibía en el rostro sus misteriosas penas. Concluyó el peculiar calvario con un gol de firma: corrió hacia puerta con un par de defensas colgando de la camiseta y rompió el balón contra la red. Era el 6-0. Pero Bobbo siguió triste. Nadie se fue feliz de San Siro.

Vieri prometió cumplir sus cinco años de contrato con el Inter. Después de vagabundear por Pisa, Ravena, Venezia, Atalanta, Bergamo, Juventus, Atlético y Lazio, a los 30 años parecía haber echado raíces en Milan. ¿Se quedará? ¿Enfermará de pena? ¿Podrían los interistas vivir sin él?

LUNES, 19-01-2004

Quienes sufren patologías psicológicas suelen ser incapaces de explicarlas. A veces, ni las perciben. Es muy probable que a Massimo Moratti, de 58 años, magnate petrolero y presidente del Inter de Milan, el único club capaz de ser grande sin ganar títulos —su último *scudetto* cayó en 1989—, le parezca normal su afición a vender joyas. Hagamos un repaso: en menos de una década, Moratti ha vendido a Ronaldo, a Roberto Carlos, a Pirlo, a Mutu y a Seedorf. Entre tanto, ha conseguido acumular una deuda superior a los 200 millones de euros.

A Christian *Bobo* Vieri, de 30 años, italoaustraliano, de profesión futbolista errante y de afición beisbolista, también debe de parecerle normal lo suyo. Ha marcado goles para el Torino, el Pisa, el Ravenna, el Venezia, el Atalanta, la Juve, el Atlético, la Lazio y el Inter, y en ninguna parte se ha sentido completamente a gusto. Ahora está a punto de cambiar nuevamente de camiseta. Su relación con Moratti ha sido anormalmente larga: ya más de cuatro años. Nadie esperaba que dos personajes de inestabilidad tan celebrada fueran capaces de soportarse tanto tiempo. Vieri piensa en el Chelsea de Abramovich o quizás en el Milan, cuya camiseta falta en su colección. Moratti ya tiene atado a Adriano, el joven ariete brasileño del Parma.

Vieri y Moratti son ejemplos extremos de un mal que se agrava anualmente en el *calcio*, el de la compraventa compulsiva. Cuanto menos dinero tienen los clubes, más compran y venden. Algo así ocurría en el grupo Parmalat, que ha dejado al Parma en la ruina, y en el grupo Cirio, que hizo lo propio con una Lazio cuya supervivencia —415 millones de euros de deuda— roza el milagro. Parmalat y Cirio vendían un cartón de leche —o una sociedad financiera—, facturaban dos y contabilizaban tres. Por lo que se intuye en los balances del *calcio*, que siempre fueron oscuros y son hoy casi impenetrables gracias a las fantasías contables autorizadas por el *decreto salvacalcio* de Silvio Berlusconi, algo parecido hacen los clubes italianos. Compran y venden a plazos, con derechos futuros de recuperación, sistemas de multipropiedad y otras cláusulas por las que, mágicamente, al menos en apariencia, nadie paga y todos cobran.

La gente de la Lazio no sabe si el imprescindible Stam seguirá en el equipo hasta fin de temporada; la hinchada del Parma ignora si contará aún con Adriano la semana próxima, y lo mismo sucede con Vieri y el Inter. Esto cansa a las aficiones. Y un día, cuando se acabe el juego del «monopoly», terminará en desastre.

ESPAGUETIS PARA EL MILAN

LUNES, 02-02-2004

Las tres grandes sociedades futbolísticas italianas, la Juventus, el Milan y el Inter, son del norte y se hicieron definitivamente fuertes a finales de los cincuenta y principios de los sesenta gracias a la llegada masiva de inmigrantes sureños. Quien más se benefició de ese movimiento demográfico fue el Milan, el club *proletario* de la ciudad, en contraposición al Inter, nacido de una escisión y preferido desde siempre por la burguesía.

El trabajo del pobre *terrone* del sur convirtió a Lombardía en una de las regiones más industrializadas y ricas de Europa; su afán de integración y su entusiasmo auparon los colores rojinegros y los sostuvieron en los *años oscuros*, entre 1980 y 1983, cuando el Milan bajó a la segunda división castigado por corrupción, y subió y volvió a bajar por méritos propios. Luego llegó Silvio Berlusconi, que, por entonces, se limitaba a ser el más rico del lugar, y pasó lo que pasó: el Milan empezó a coleccionar *scudettos* (Ligas) y *orejudas* (Copas de Europa).

A Berlusconi, cuya actividad política pasma y deprime al orbe, nunca se le podrá negar el talento como presidente futbolístico. Gasta fortunas en fichajes, cierto, y maquilla los balances como nadie, cierto también. Pero lo mismo hace Massimo Moratti en el Inter, y no se come una rosca.

El Milan, actual campeón de Europa, se escapa ya en la Liga, tras el bache otoñal. Shevchenko vuelve a ser el de siempre, el joven brasileño Kaká (22 años recién cumplidos) parece dispuesto a convertirse en el jugador de la década (suena fuerte, pero es así) y los platazos de espaguetis que Carlo Ancelotti obliga a ingerir al equipo a medianoche, tras los partidos tardíos, se han convertido en una suerte de poción mágica.

Los *cebras* (los de la Juve) mantienen el habitual oficio, pero su defensa es, cosa rara, muy floja; los *culebras* (el Inter) han comprado a Stankovic a la Lazio para compensar con urgencia el fiasco de Kily González, pero están muy atrás y, además, tienen como siempre la escopeta a punto para dispararse al pie en caso necesario. La Roma, cuyo juego deslumbró en la primera vuelta, ha entrado en crisis y empieza a ver que Emerson, la viga maestra, se irá a final de temporada. Las cosas pintan bien, una vez más, para el Milan.

Qué distinto es todo para quienes no emigraron y se quedaron en Nápoles. Hubo un momento de gloria, aquel de Maradona, y nada más. Los napolitanos siguen venerando a Maradona y añorando la efímera supremacía que les proporcionó mientras asisten al desplome de su equipo.

El Nápoles volvió a perder ayer, frente al Como, y sus *tifosi* violentos volvieron a protagonizar una batalla campal que dejó dos heridos. El club de la gran ciudad del sur cuelga de la cola de segunda y siente en los talones el frío de la tercera, la calamidad definitiva. Pobres napolitanos. Sus primos del Milan tuvieron, y tienen, mucha más suerte.

EL TRIPLE GESTO

LUNES, 16-02-2004

Toda Roma, incluida aquella ajena al fútbol y aquella que *tifa* Lazio, conoce la secuencia. Toda Italia, en realidad. Sólo ha hecho falta una semana para que los tres gestos se convirtieran en tradición. Primero, el índice vertical se acerca a los labios. Segundo, cuatro dedos alzados se agitan suavemente. Tercero, puro romanesco, los dedos juntos con la palma hacia abajo se acercan a la sotabarba y la mano se mueve poco a poco en sentido horizontal. Traducción: silencio, son cuatro goles y a casa. Qué mal le sentó a la Juventus el triple gesto de Francesco Totti, y cuántas quejas durante la semana del 4-0. «La Roma no sabe ganar», protestaron en Turín. «Vale, vosotros nos enseñáis a ganar, y nosotros os enseñamos a perder», contestaron con ironía los romanos.

Lo de Totti, que, como Cassano, había hecho un partido mágico, fue una reacción bastante moderada ante los alaridos de Tudor, a quien iba dirigida la célebre secuencia. El defensa juventino Tudor gritaba a sus compañeros para que hicieran faltas a Totti, para que le frenaran como fuera. Montero, cuya decadencia física degenera en rabia, ya le había hecho caso, agredió a la joya romanista y fue expulsado.

Humillaciones al margen, el 4-0 del estadio Olímpico demostró algo que se intuía desde hacía tiempo: la Juve de este año no es una gran Juve. Tiene un jugador sensacional, Nedved, y futbolistas excelentes como Trezeguet y Del Piero. Mantiene su oficio y su congénita voluntad de ganar, demostrados a media semana con una épica semifinal de Copa frente al Inter, en la que los blanquinegros, tras empatar 2-2, y tras una prórroga sin goles, se impusieron en el último penalti. Pero el fútbol que practica resulta plano y la defensa es normalita, de mitad de la tabla. Sobre todo por el centro.

Para definir el juego de los centrales, Montero y Legrottaglie, se puede usar la frase que emplean los portavoces del Vaticano cuando alguien pregunta qué tal se encuentra de salud el Papa: «Discretamente *bene*». O sea. Y no toda la culpa es suya, porque en el centro del campo falta alguien que desempeñe la función de medio defensivo. Frente al área juventina se abre continuamente un vacío, un *mäelstrom* que atrae inexorablemente a los atacantes contrarios. Buffon, que solía ser uno de los porteros menos goleados y cuya simple presencia intimidaba a cualquier rematador, pasa gran parte del tiempo metido en la puerta, recogiendo cabizbajo el balón.

Con la Liga inalcanzable y dada la escasa entidad de la Copa italiana, los hombres de Marcello Lippi se concentran en la Champions. Quizás eso les haga peligrosos en la competición continental. Lo más posible, sin embargo, es que en algún estadio europeo acaben encontrando a alguien que repita la maldita secuencia, ese triple gesto que empieza por «silencio» y termina por «a casa».

LUNES, 01-03-2004

Ya que hablamos de poesía, de fugacidad inolvidable, recordemos que entre los poetas hay de todo.

Foix vigilaba la caja de la pastelería familiar en Sarrià y Panero era mediopensionista de manicomio. Baudelaire se autodestruyó y Rimbaud destruyó a otros con su negocio de esclavismo.

Hablando de lo mismo, Beckenbauer, que de joven fue el mejor medio centro de todos los tiempos, se refugió después en la cueva del *libero*, donde no se falla nunca porque toda la responsabilidad es de los marcadores; Cruyff, que fue Cruyff, hizo en el Ajax lo que nadie había hecho desde Di Stefano, dio una gran Liga al Barça y luego pasó años pegado a la línea izquierda, presto a sacar de banda; Pelé lo fue todo porque el Gobierno brasileño le declaró intransferible y le reservó para los grandes acontecimientos internacionales.

Los arriba mencionados fueron poetas inmortales, destinados a custodiar la Academia.

Hubo otros que murieron en cuanto perdieron de vista el balón. Best se abrazó al alcohol, como Garrincha. Maradona se sostuvo con cocaína. Gascoigne ni se abrazó ni se sostuvo: se abalanzó a mitad de carrera sobre la cerveza y los triglicéridos.

El *calcio* dispone hoy de dos jóvenes poetas.

Kaká, de 22 años, en el Milan, es guapo, longilíneo, culto, de vida equilibrada y de movimiento vertical sobre el césped; seguramente disfrutará de una larga vida deportiva, ganará títulos, recibirá honores y administrará su gloria con inteligencia.

Cassano, de 21 años, en la Roma, es un delantero decididamente feo y payaso. Viene del sur, de Bari, una zona pobre de tradición griega y albanesa. Los objetivos de los fotógrafos le persiguen durante el partido: pide la botella de agua para remojar al masajista, rompe a patadas el banderín de la esquina, se quita la camiseta o se baja los pantalones, según exija la ocasión, y disfruta el fútbol.

Uno teme que Antonio Cassano, poeta, pertenezca a la estirpe de los malditos. Un tipo como él no puede crear tanta belleza y quedar impune. La poesía es condensación, compresión de códigos en unos pocos signos. Y a eso se dedica Cassano en ese palmo cuadrado del área hacia el que confluyen el portero y un par de defensas y en el que un segundo es una vida.

Cassano no es de los que rematan al bulto: eso es periodismo. Tampoco piensa en cómo ha llegado ahí el balón ni en cómo marcar: eso es novela.

Por supuesto, no busca el penalti: eso es ensayo.

Los pies de Cassano intuyen y sienten: adivinan dónde hay un vacío, cuánto se puede esperar, quién está en cada lugar y por qué. Y, mientras marca, ríe. Además de feo, es cruel y desconsiderado.

A Cassano, poeta, habrá que disfrutarlo mientras dure.

Para los amantes de cosas menos efímeras, también en la Roma está Francesco Totti, que, a día de hoy, es el mejor futbolista del mundo. Aunque quede feo decir cosas tan gruesas de forma tan brusca.

LA GRAN JUGADA INFELIZ DE GANZ

LUNES, 08-03-2004

Los viejos soldados, decía el general McArthur, no mueren: se desvanecen en la distancia. ¿Y los viejos futbolistas? Que se lo pregunten a Maurizio Ganz, que nunca fue general, sino delantero raso, y a los 35 años ejerce aún como único punta y «hombre bala» de su equipo.

Ganz marcó ayer el primer gol del Ancona. Tras el empate del rival, la Reggina, siguió luchando y al inicio del segundo tiempo hizo la jugada del partido: recibió en campo contrario un balón desesperado que alguien, seguramente con los ojos cerrados, había despejado desde el área anconesa; controló con el pecho, burló con la cintura a su marcador y al portero contrario y cuando se dirigía hacia la portería chocó con un defensa y cayó. Era penalti y expulsión del defensa de la Reggina, como último obstáculo entre el delantero y el gol. El árbitro corrió hacia Ganz, en el suelo, y le mostró una tarjeta amarilla por simular. Era la segunda y el pobre Maurizio tuvo que marcharse al vestuario.

El Ancona empató. A estas alturas de la temporada no ha ganado ni una sola vez. Sus siete puntos proceden de siete empates.

Ganz ha jugado en la Sampdoria, el Monza, el Inter, el Milan, el Atalanta, el Brescia, el Parma, el Venezia y la Fiorentina. En este último club vivió el desastre de la quiebra, la liquidación y el descenso a tercera, y escapó hacia el Ancona. «Quiero jugar, divertirme, ganar y ser feliz», explicó en el momento del traspaso, el verano de 2002. Qué vista. El Ancona estaba en segunda y el año pasado ascendió por los pelos, como cuarto clasificado. Este año transita por el limbo de un largo retorno a segunda y todo el mundo le pasa por encima.

Ganz, que lleva dieciocho años en el *calcio* profesional y le ha visto el brillo y las miserias, debería escribir un libro. Cuando debutó, el Milan no era aún de Berlusconi, no existía la televisión de pago y la fuerza de un club se medía por el número de socios. Después de acumular una deuda global de 2.000 millones de euros, 1.500 de ellos en los últimos siete años, la primera división italiana sigue siendo cosa de los cinco con más simpatizantes: Juventus, Milan, Inter, Roma y Lazio. El Parma, que tuvo una época dorada gracias al dinero fraudulento de Parmalat, parece condenado a regresar a la oscuridad. Lo mismo podría ocurrir con la Lazio, que se beneficiaba de los manejos financieros del hoy encarcelado Sergio Cragnotti. La Roma y su dueño, Francesco Sensi, con una deuda total de 648 millones de euros, sueñan con que un archimillonario ruso evite el desastre. El Inter tiene la Pirelli y los petrodólares de Moratti detrás, pero no hace gran cosa. Jugar, juegan el Milan, la Roma y la Juve. Ésta última, con más rabia que talento. Sólo Milan, Roma y Juventus saldrían como favoritos en un teórico encuentro con un equipo mediano español. Tanto gasto para esto.

El baile de los millones aburre. Seguramente lo más futbolístico que se vio ayer en Italia fue la

gran jugada infeliz de un tipo de 35 años en un equipo que no ha ganado ni un partido.

EL RECUERDO DE DANTE

LUNES, 15-03-2004

Dante Chirichini se dio a conocer el 20 de noviembre de 1960 en el viejo estadio Olímpico, recién concluido un encuentro entre la Roma y el Padova. Chirichini, un hombre muy bajito, panzudo y de piernas frágiles, saltó al terreno, ya vacío, con una gran bandera romana y dio la vuelta al mismo saludando y disfrutando de la atención. En aquella época, un *tifoso* era exactamente eso, un tipo pirado por su equipo, con ganas de juerga y sin ánimo de bronca.

Desde aquel día, Chirichini, barrendero de profesión, se convirtió en la mascota de la grada romanista. Era objeto de mil burlas y, a la vez, de un especial respeto. Con los años, su presencia se hizo imprescindible. Llegaba exactamente un cuarto de hora antes del partido a bordo de una Vespino desvencijada y, de inmediato, corría la voz en la curva sur: «Dante ya está aquí». Hasta aquel momento nadie gritaba ni alzaba las pancartas. Había que esperar a que Chirichini, endomingado a su manera con camiseta grana, bufanda y sombrero en mano, llegara a su puesto y alzara el brazo en un gesto papal que hacía enmudecer el estadio.

El escritor Angelo Bocconetti recuerda un ejemplo de la liturgia. Chirichini se alzaba en toda su breve estatura y gritaba: «Hoy es un día bellísimo...», la grada lanzaba un alarido; «esta es la señal...», otro aullido colectivo; «... de que la Roma...», instante de clamor, «... ¡vencerá!». Y surgían las pancartas y los cánticos.

En los desplazamientos, a los que acudía invitado por unos u otros, Dante añadía al discurso un florido elogio a la belleza, la hospitalidad y el alto nivel cultural de la ciudad que recibía a su equipo. Se apasionaba tanto con el fútbol que se desmayaba en los momentos cruciales.

Luego, llegaron décadas de violencia, convulsión y muertes en los estadios. El barrendero Chirichini siguió acudiendo a la grada del nuevo estadio Olímpico, pero perdió gradualmente su autoridad simbólica. En los últimos años pocos hacían caso de aquel anciano bajito que gritaba y se desmayaba.

Hasta que enfermó y se le perdió la pista. Nadie se enteró de su muerte, el año pasado. Su funeral fue íntimo: la familia y unos pocos amigos.

Existe, sin embargo, la memoria colectiva. Un día, en un partido europeo contra el Boavista, alguien desplegó una pancarta que decía: «Atentos, chavales: Dante os observa». Los mayores tuvieron que explicar a los jóvenes quién era ese Dante y el recuerdo revivió.

Unas jornadas después, un grupo de seguidores localizó el último Vespino desvencijado de Chirichini y antes de un Roma-Reggina lo introdujo en el campo. El capitán de la Roma, Francesco Totti, se acercó a él, dejó una rosa sobre el sillín y lanzó un beso al cielo.

La Reggina y la Roma empataron ayer sin goles en un partido triste. Dante, y otros como él, faltaban más que nunca.

COSAS QUE VALEN LA PENA

LUNES, 29-03-2004

Algunas cosas valen aún la pena. El talento alegre de Kaká, por ejemplo. O la increíble longevidad deportiva de Roberto Baggio, que a los 37 años sigue fabricando goles hermosos. O el espíritu de los jugadores de la Lazio, que no se rinden pese a ignorar dónde estarán dentro de unos meses. O el recuerdo de aquella Roma que durante algún tiempo hizo un fútbol de embeleso. Hay que buscar motivos para amar al *calcio* porque lo que pide el estómago es olvidarse del estadio, dejar la prensa deportiva en el quiosco y encender la televisión sólo en casos de emergencia.

El aficionado italiano vive tiempos de asco, estupor y melancolía. El asco lo causan los *ultras*, con sus chantajes, sus amenazas y sus negocietes sucios. Y algunos directivos, con su devoción por derrochar el dinero ajeno cuando se les acaba el propio. Los fiscales sospechan que el ex presidente de la Lazio, Sergio Cragnotti, lanzó de forma fraudulenta una emisión de bonos de su empresa, Cirio, para pagar primas de futbolistas; si eso resulta cierto, miles de pequeños ahorradores perdieron su dinero para que un puñado de millonarios pudiera cambiar de Ferrari. El aficionado, a veces, siente también un secreto asco de sí mismo: ¿por qué ha cerrado los ojos durante tantos años?, ¿por qué pide más y más fichajes estelares sin pensar en quién los pagará?

El estupor es producido por la constatación de que, en efecto, se ha llegado a esto: a una deuda astronómica, a un fraude sistemático, a una colección de banquillos que cuestan oro y valen plomo, a una ultraderecha que no necesita presentarse a las elecciones porque manda en los estadios.

Luego, se derrama la melancolía de las despedidas inminentes. ¿Huirá Totti a la galaxia de Florentino? ¿Quién se quedará con la poesía de Cassano, el despliegue de Emerson, la autoridad de Samuel? ¿Qué será de la Roma y la Lazio? ¿Dónde acabará el Parma? ¿Ha llegado el punto y final del Nápoles? Muchos sueños se romperán las próximas semanas.

Hace falta depurar y sanear a fondo, aunque sea a costa de limitar la competición y retornar al diálogo interminable entre el Milan y la Juve con el Inter como espectador doliente. El Milan perdía ayer por 0-2 y empató en el séptimo minuto del descuento; quizás esas cosas signifiquen algo. Pero llegará el verano y renacerán las ilusiones más disparatadas. Porque hay enfermedades que no tienen remedio. Y porque algunas cosas valen aún la pena.

LOS VENCIDOS

LUNES, 12-04-2004

Ésta es una alineación poco memorable: Marcon; Bolic, Esposito, Baggio, Sogliano; Goretti, Luis Helguera [hermano del madridista, Iván], Andersson, Rapaic; Bucchi y Pandev. Y, sin embargo, habrá quien la recuerde toda la vida. Se trata del Ancona que el sábado derrotó al Bolonia, 3-2, en su primera victoria de la temporada. El Ancona estaba ya matemáticamente descendido tras un curso atroz: cambio casi completo de plantilla en Navidad, fracasos encadenados, deudas y bilis. Eran 28 jornadas sin ganar. Si hubiera perdido de nuevo, habría batido la histórica marca del Varese: 28 naufragios consecutivos en la temporada 1971-1972.

En Ancona no debían de ser pocos los que deseaban, con perversa fruición, el morrazo definitivo, que habría permitido desplazar al Varese y ocupar en solitario la cúspide del desastre futbolístico. No ocurrió. Ese equipo, el de Marcon, Bolic, etcétera, ganó a un rival sólido como el Bolonia. Una emoción fugaz, una de esas jornadas malditas en que un niño sufre la experiencia más inexplicable y sale del estadio transfigurado, con el alma tatuada para siempre con unos colores determinados. El rojo y el blanco del Ancona, esta vez.

Las cosas ocurren así. El gran Manchester United de hoy, la sociedad riquísima y hegemónica del norte de Inglaterra, nació una tarde de 1993 en que al fin, tras veintiséis años de sequía, los *diablos rojos* reconquistaron la Liga. Nadie que estuviera ese día en las gradas de Old Trafford podrá olvidarlo. Las frases de la liturgia, transcritas en negro sobre blanco, suenan banales. «Oh, ah, Cantona», miles de veces. Y una canción, *We are the Champions*, esa pequeña tontería, gritada por miles de gargantas estranguladas por el llanto.

El Ancona, por supuesto, no es el Manchester. Carece de su pasado y, me temo, de su futuro. Pero no hablamos de eso. El caso es que la memoria sentimental se forja en el dolor, aunque cristalice en un segundo de gloria. Quienes sufrieron los años grises en que Riazor no soñaba siquiera con la primera saben realmente lo que valió esa noche mágica en que el Depor destrozó al Milan (y, de paso, llenó de gozo a millones de italianos que soportan mal la *megamacrocosa* de Berlusconi). Y el aguijonazo de aquel gol imposible de Schwarzenbeck, que retorna de vez en cuando como un mal crónico a los riñones del Atlético, tiñó quizá más corazones de rojiblanco que el doblete de los Antic, Pantic y Kiko.

Desconozco el laberinto espiritual de un seguidor del Madrid, del Milan, del Bayern o de la Juve. No sé cómo se funciona a esos niveles, no sé si sus semanas de pasión son como otras. Tiendo a suponer que no. Imagino que el triunfo sólo les proporciona el alivio del pronóstico cumplido y que el fracaso les genera menos dolor que estupefacción.

Que me perdonen. Creo que son más hermosas las victorias de los vencidos.

FANTASISTAS Y AGONISTAS

LUNES, 19-04-2004

Las cosas existen antes que las palabras. Hubo un momento, supongo, en que el fútbol se jugaba sin que se hubiera inventado aún la terminología del oficio. Esa debió ser una época feliz. Porque las palabras pesan sobre las personas, y en el fútbol, a veces, son de plomo. Tomemos un vocablo terrible, como *carrilero*. ¿Con qué ánimo vive quien lo lleva sobre la espalda? Los niños, cuando dan patadas al balón contra un muro, sueñan con ser tal o cual, Zidane o Ronaldinho, o con ser un gran delantero centro; yo aún no he conocido a ninguno que sueñe con ser *carrilero*. Esa palabra mancha, desprestigia una de las suertes más hermosas del juego, la carrera por el exterior, la convierte en una especie de función industrial, de oficio rutinario y sin magia.

Otras palabras son dulcemente engañosas. *Líbero*, por ejemplo. Lo de *hombre libre* suena muy bien, pero sólo sirve para enmascarar la decisión de meter en la cueva a un defensa más, cuando todas las posiciones justificables y razonables están ya ocupadas.

La digresión viene a cuento de dos términos que lastran el *calcio*. Como casi toda la jerga creada por los italianos (menos lo de *catenaccio*, o cerrojo, que suena mal y resulta aún peor en la práctica), son dos términos eufónicos: *agonismo* y *fantasista*. Escuchen una retransmisión italiana, o participen el lunes en una charla de café, y comprobarán que el *calcio* de hoy gira en torno a esas dos palabras, expresivas y venenosas.

Un inciso: yo no creo que el *calcio* esté en crisis. Está en la ruina económica, está agobiado por la presión de la prensa y de la gente, está presionado (como en todas partes) porque el gol cuesta cada vez más millones, pero el juego tiene el interés de siempre. En realidad, este año se ve mejor fútbol en Italia que el año pasado, aunque entonces la Juve y el Milan disputaran la final de la Champions (con toda la mezquindad de que fueron capaces) y este año hayan sido eliminados todos los equipos italianos. Estas cosas van como van, y está muy bien que no ganen siempre los mismos.

Lo del *agonismo* y el *fantasista*, sin embargo, revela que hay en el *calcio* un problema básico, de enfoque, de percepción. El *agonismo* define la lucha, la resistencia, la presión, pero tiñe de oscuro esas funciones vitales para el colectivo. ¿Cómo puede tener matices positivos algo llamado *agonismo*? Desde el momento mismo en que se utiliza, convierte en fatiga, dolor y tedio mortal lo que debería ser vibrante y vivo.

Aún peor, quizá, lo del *fantasista*, que normalmente carece de plural. Según las convenciones que rigen hoy en el *calcio*, cada equipo debe tener un *fantasista*, es decir, un *trescuartista* o un *mediapunta* al que, con gran crueldad semántica, se atribuye en exclusiva la capacidad de inventar; los demás, de forma implícita, quedan condenados al *agonismo*. Ancelotti, que no tiene mala plantilla en el Milan, genera titulares recelosos cuando alinea a la vez a dos *fantasistas* como

Kaká y Rui Costa; en cambio, a todo el mundo le parece bien que juegue siempre Gattuso estrella del *agonismo*.

ROBERTO BAGGIO PIDE UNA OPORTUNIDAD

LUNES, 26-04-2004

¿Quién apostaba por Muhammad Ali? Era impensable que el viejo loco de Louisville derrotara en Kinshasa a un George Foreman mucho más joven y mucho más fuerte. Pero venció Ali, en un combate inolvidable. ¿Y la Dinamarca de 1992? Repescada a última hora para el Europeo de Suecia porque la guerra forzaba la ausencia yugoslava, llena de veteranos en supuesto declive, hizo un fútbol excelente y ganó. En Italia, ahora, hay otro aspirante a lo imposible: Roberto Baggio, de 37 años, quiere jugar con la selección el próximo Europeo. Está salvando al Brescia del descenso, marca goles (ayer otro, de falta), juega 90 minutos sin problemas y sigue siendo, Totti aparte, el italiano que mejor imagina el juego y mejor sabe tratar un balón. ¿Y si Baggio fuera a Portugal? Uno se pregunta por qué no. Aunque uno no es Giovanni Trapattoni. El seleccionador cree en los milagros o, al menos, en la protección divina, y derrama un poco de agua bendita sobre el césped antes de cada encuentro. Pero ahí termina su fe en lo intangible. En materia de *calcio*, se aferra a la tradición nacional de poner un candado en la portería, media Juve repartida por ahí y Vieri en el área contraria, en busca de un rebote. La *hipótesis Baggio* le provoca dolor de estómago.

Trapattoni creía que el asunto del futbolista puñeteramente inmortal había quedado resuelto dos años atrás, en Japón-Corea. *Robi* Baggio renqueaba medio lesionado por entonces, Totti ocupaba su puesto y no hubo que discutir mucho sobre su ausencia. Tenía ya 35 años y resultaba inconcebible que ese tipo tan extraño, hipersensible, budista, solitario, fanático de la caza, siguiera trotando cuando llegaran nuevas ocasiones solemnes. Y, sin embargo, sigue.

Baggio anunció hace un par de semanas que dejaría el fútbol profesional cuando concluyera la presente temporada. Trapattoni consideró que no tenía otra opción que convocar a Robi para el amistoso de esta semana contra España, especificando que se trataba de algo honorífico, de ofrecer al ilustre futbolista una enésima ocasión de despedirse y cerrar el enojoso expediente. El problema es que Baggio no se deja. Recuerda que ha participado en tres Mundiales y en los tres ha sido eliminado sin perder un solo partido; recuerda el penalti que falló el 17 de julio de 1994 y que dio a Brasil su cuarto campeonato mundial; recuerda que a su Balón de Oro de 1993 le falta el acompañamiento de un título con la selección. Y se empeña en pedir una oportunidad.

Lo mejor que le podría pasar al fútbol (y lo peor, seguramente, para Trapattoni) sería que Roberto Baggio hiciera un partidazo en Génova.

Lo más probable es que su actuación resulte discreta. Lo más probable es que Trapattoni no se vea en el apuro de llevarle a Portugal. Lo más probable es que Baggio no disfrute el 4 de julio, en la final de Lisboa, de un momento de gloria. Pero también era probable que el Madrid, el Milan y el Arsenal hicieran algo en la Champions. No era probable, en cambio, que Roberto Baggio

siguiera dando guerra a estas alturas. Y aquí está.

EL CHISTE DE GADDAFI

LUNES, 03-05-2004

Por mal que estén las cosas, pueden empeorar. Véase el caso de la Juve, la Vieja Señora, la sociedad futbolística más prestigiosa del *calcio*. Eliminada de la Champions y relegada a un triste tercer puesto en la Liga, a 16 puntos de un Milan que se ha llevado el *scudetto* por anticipado, estaba dispuesta a cerrar la temporada, empaquetarla y tirarla al río, sin esperar siquiera a la final de Copa. ¿Qué más les podía pasar?

El entrenador, Marcello Lippi, arrojó la toalla y anunció que dejaba el banquillo. Los propietarios, los Agnelli de la Fiat, con la empresa automovilística patas arriba, hicieron saber que no estaban para grandes gastos y que más valía no soñar con refuerzos estelares. Del Piero, que cuando renovó de por vida pagó en la prensa un anuncio en el que proclamaba que «un caballero no abandona nunca a una Señora», resultó un novio bastante canalla: lo suyo con la Juve parece más un braguetazo que un matrimonio por amor y desde que se aseguró el futuro no da golpe. Quién lo iba a decir, un chico tan formal, después de tantos años de noviazgo. ¿Y Nedved, desaparecido desde el Balón de Oro? En fin. Tras una temporada asistiendo a las evoluciones de Legrottaglie, uno que se coló en el equipo haciéndose pasar por defensa central, la afición juventina ya se sentía curada de espantos. Se había agotado el catálogo de las desgracias.

Eso creían. Pero faltaba lo de ayer. El Perugia, un equipo casi descendido, se permitió ganarles con un gol de Ravanelli, un galán maduro de 35 años que lloró de emoción. Y entonces llegó el golpe de gracia. A un cuarto de hora del final debutó en la Serie A italiana, a los 31 años, Saadi Gaddafi, el hijo del coronel, el único futbolista que ha cumplido sanción por dopaje sin jugar un solo minuto, el hombre que ha cambiado las reglas del negocio futbolístico: a Gaddafi no le fichan, él es quien compra el club. La Juve perdió contra un equipo en el que se alineaba Gaddafi, antiguo miembro de su consejo de administración, ex accionista de la sociedad, socio privilegiado de los Agnelli, futbolista de chiste.

Ahora sí. La Juve ha colmado el vaso de las desgracias.

2004-2005

La suntuosa boda de John Elkann, heredero de los Agnelli, reflejó su elección como nuevo jefe del clan. El hermano menor de John, Lapo Elkann, declaró que desconfiaba de Antonio Giraudo y Luciano Moggi, máximos ejecutivos de la Juventus, el club de la familia. El productor cinematográfico Aurelio de Laurentiis adquirió el Nápoles, que tras una quiebra recomenzó a jugar en Serie C1 (equivalente a la tercera división española). La Juventus fue condenada por dopaje y absuelta en apelación. El 2 de abril murió Juan Pablo II, sustituido por Joseph Ratzinger con el nombre de Benedicto XVI. Silvio Berlusconi salió absuelto de un nuevo juicio, esta vez por corromper a un juez: el tribunal consideró que el culpable del soborno era Cesare Previti, «mano derecha» de Il Cavaliere. Andrei Shevchenko, del Milan, fue premiado con el Balón de Oro europeo. El Milan perdió ante el Liverpool la final de la Liga de Campeones, después de adquirir una ventaja de tres goles. Berlusconi, tal vez molesto por el resultado, proclamó que una victoria electoral de la izquierda supondría «miseria, terror y muerte». La Juventus de Capello ganó el *scudetto*, por delante de Milan, Inter y Udinese.

EL MOMENTO DE ADRIANO

LUNES, 20-09-2004

Quien no vio a Bernd Schuster en el Europeo de 1980 no vio jugar al auténtico Schuster. Quien conoció a Franz Beckenbauer en los años setenta descubrió a un gran directivo que se alineaba como defensa libre en el Bayern y la selección alemana, pero se perdió al maravilloso centrocampista que fue antes. A Ronaldo hubo que verle en el Barcelona; a Cruyff, en el Ajax. Y a Adriano Leite Ribeiro, 22 años, hay que verle ahora mismo.

Adriano es un prodigio. Tanto músculo (1,89 de estatura, 91 kilos) no puede moverse con tanta soltura, ni puede tocar el balón (calza un 46) con tanta delicadeza, ni puede colarse como se cuela por los rincones del área. Sobre todo, esa montaña de músculo contra la que, como dice su compañero Toldo, «los contrarios rebotan», no puede ser eternamente indestructible: si un día se rompe, se desmoronará en un chasquido de tendones y ligamentos y, aunque se cure, no volverá a ser lo mismo.

El año pasado, el fenómeno del *calcio* fue el milanista Kaká, un mediapunta delicioso, también brasileño, que esta temporada está arrancando con dificultades. Este año no hay otro rey que Adriano. En verano, siete goles, máximo goleador y mejor jugador de la Copa América. Con el Inter ha marcado siete tantos en los cinco partidos oficiales disputados hasta ahora, ha anotado siempre y ha sido siempre el mejor del equipo. Roman Abramovich, el multimillonario dueño del Chelsea, ofreció al parecer 84 millones de dólares para llevárselo, pero ni el Inter ni el mismo Adriano estuvieron por la labor.

Adriano, como Ronaldo, es hijo de las favelas. Y no ha perdido la modestia. Afirma que el propietario del Inter, Massimo Moratti, le sacó de la chabola (exagera: ya jugaba en el Flamengo y tenía un sueldo decente en 2001, cuando Moratti pagó por él 8,4 millones de dólares) y que nunca le traicionará. En fin, ya veremos. El caso es que Adriano no ha adoptado todavía las maneras de los divos, pese a acudir cada día al vestuario interista, que, junto al del Real Madrid, es probablemente una de las mejores escuelas del mundo en la materia, y se comporta como una fuerza benigna. Ayuda a los compañeros, no se queja, no protesta las decisiones de los árbitros, se lleva bien con Vieri (eso es, seguramente, lo más difícil) y da las gracias por todo.

Cuando murió su padre, unas semanas atrás, viajó a Brasil, acudió al entierro, estuvo un par de días con la familia, regresó a Milan y, tras una noche en blanco, saltó al césped y marcó.

Para Zaccheroni, técnico del Inter la pasada temporada, Adriano «es menos dinámico que el mejor Ronaldo, pero es mejor que el mejor Ronaldo». Adriano Galliani, la mano derecha de Silvio Berlusconi, ya ha dicho que su «ilusión» es alinearle en el Milan junto a Andy Shevchenko. La prensa italiana le ensalza cotidianamente. Antes de que todo esto le pese en los pies, en la cabeza y en el bolsillo, hay que verle jugar. Ahora.

LUNES, 04-10-2004

En Turín nadie sabía gran cosa de aquel tipo renegrido y cabezón que habían fichado los Agnelli. La Juventus de 1957 acababa de cerrar una temporada muy mediocre, con un noveno puesto, y el público exigía a la Fiat que reforzara el equipo. La sociedad automovilística de los Agnelli trajo a una estrella, John Charles, el gigantesco ariete galés del Leeds United. Y a ese otro, argentino, a cuya presentación acudieron unos pocos. Esos pocos hicieron bien. El Cabezón salió al césped arrastrando los pies y con las medias caídas, vio las gradas semivacías, escuchó cuatro aplausos mal contados y decidió presentarse: se colocó el balón sobre el pie izquierdo y dio tres vueltas enteras al campo, corriendo y saludando, sin que el cuero tocara el suelo. Los diarios de Nápoles relataron la hazaña al día siguiente. Y, desde ese día, los napolitanos soñaron con tener para sí a ese genio irreverente y burlón que, como Garrincha, se paraba a esperar al contrario para hacerle otro túnel o para reírsele en la cara.

Omar Enrique Sivori, *el Cabezón*, era un tipo difícil de soportar. Pero el Nápoles le esperó hasta 1965, cuando, ya con un Balón de Oro bajo el brazo y en declive, llegó por fin al sur. Hacía falta. Como hacía falta, dieciocho años después, Diego Armando Maradona, otro *cabezón* genial y teatrero, hecho a medida para la ciudad más histriónica de Italia, que es como decir del mundo. Nápoles ama el espectáculo, los gestos solemnes, la risa, la burla. Por eso amaba al grandilocuente naviero Aquille Lauro, alcalde de la ciudad y propietario del club en los cincuenta, que pagó al Atalanta 105 millones de liras, una barbaridad, por el sueco Hasse Jeppson, quizá sólo para permitirse una broma y presentarle a los suyos como «O Banco e Napule», «el Banco de Nápoles».

El Nápoles, quebrado y adquirido en liquidación judicial por el magnate cinematográfico Aurelio de Laurentiis («vamos a demostrar que el Norte no es mejor que el Sur», dijo), malvive hoy en la mitad de la tabla del grupo B de la tercera división, con la amargura añadida de asistir a un renacimiento del fútbol sureño: Lecce, Palermo, Messina, Cagliari y Reggina, cinco clubes *terroni* en primera, lo nunca visto en el *calcio*.

Los gestos, sin embargo, siguen siendo grandiosos. Al partido de presentación en el estadio San Paolo, acudieron 50.000 personas para decir que estaban ahí pese a todo. De Laurentiis les correspondió a la napolitana. ¿Que ninguna televisión quería emitir en directo los encuentros de un club de tercera? Vale. El productor de cine compró de una tacada los derechos de todos los clubes de segunda, que sí se emiten, y con el paquete en la mano se fue a negociar con Sky, la televisión del magnate de los medios Rupert Murdoch. Desde el próximo miércoles, el Nápoles volverá a las pantallas.

Más allá del gesto, la realidad es cruda. El Nápoles venció ayer, por fin, su primer encuentro de la temporada, un 1-2, agónico en el campo del Lanciano, abarrotado: más de 6.000

espectadores, un máximo histórico.

UNA FRASE INOPORTUNA

LUNES, 18-10-2004

El otro día, Cristiano Lucarelli, delantero del Livorno, se quejó de un mal arbitraje de una forma peculiar: «Nos quieren enviar a segunda por cuestiones políticas —dijo—, quieren que acabemos como el Empoli, el Módena, el Ancona y el Perugia porque nuestra afición es de izquierdas y enarbola retratos del Che Guevara». Lo de Lucarelli fue un poco animal y el futbolista se disculpó de inmediato. Pero abrió un debate muy interesante, esquivado por la prensa (hablar de política y deporte es de mal gusto) e intensísimo en las radios deportivas y, sobre todo, en Internet.

Los clubes italianos solían atribuirse, en otro tiempo, una identidad política. En Turín, la Juventus era de derechas y el Torino, de izquierdas. En Milan, el Milan se consideraba progresista, y el Inter, conservador. En Roma, la Lazio atraía a la ultraderecha (Mussolini era *tifoso*) y la Roma, a los comunistas. El Bologna y casi todos los toscanos, como el Livorno, tendían a la izquierda. Ascoli, Verona, Padova y Triestina eran percibidos como neofascistas.

Las cosas, por supuesto, son mucho más complejas y en cada casa hay de todo. El propietario del Milan, Silvio Berlusconi, no tiene nada de izquierdista. El dueño del Inter, Massimo Moratti, es, en cambio, un magnate petrolero que simpatiza con el antiberlusconismo y el pacifismo, se empeña en numerosas causas sociales y proporciona equipamiento deportivo a los indígenas de Chiapas. En cuanto a la Lazio y la Roma, sus aficionados más ruidosos compiten actualmente en ultraderechismo, quizá con una cabeza de ventaja de los laziales por su irreductible racismo, pero en el estadio Olímpico caben todas las ideologías.

La policía sigue creyendo en las identidades después de investigar a los grupos más violentos. Un informe del grupo policial que trabaja en los estadios establece que entre los 128 clubes de primera, segunda y tercera hay 27 «orientados» a la derecha, 15 más o menos de izquierda y siete *mixtos*. Los demás son, según ese informe, «apolíticos». La policía opina que el Milan y la Roma han virado a la derecha, que la Lazio y el Verona son «feudos de la ultraderecha» y los Ancona, Bologna, Brescia, Génova y Livorno son «zona roja».

Todo eso debe ser más o menos cierto. Pero el fútbol es deporte sobre el césped, negocio en los despachos y fantasía en la grada. Y en los foros de Internet en los que se ha discutido la frase de Lucarelli ha quedado muy clara una cosa: los clubes están cargados de ideología, y ésta corresponde, siempre, a la de cada aficionado. Un tal Antonio aseguraba que su club, la Lazio, era «desde siempre la casa de los socialistas romanos». ¿Y por qué no? Lo que sí puede darse por finiquitado es el antiguo filocomunismo del Milan. Silvio Berlusconi, que nunca se equivoca, rezó antes de la final Milan-Steaua de Bucarest, en 1989. Y explicó luego el sentido de la oración: «He rezado para que pierdan los comunistas».

DESGRACIAS GRANA

LUNES, 25-10-2004

El Torino no ha ganado ninguno de sus últimos cuatro partidos y lleva 273 minutos sin marcar. Después de cinco victorias consecutivas en el arranque del campeonato y cuando parecía tener casi al alcance de la mano el sueño del retorno a primera, el viejo Toro atraviesa una fase triste. Pero esto no es nada. El club más desgraciado de todos los tiempos ha sufrido cosas muchísimo peores. La *tifosería* grana sabe encajar cualquier adversidad.

¿Qué otra sociedad futbolística tiene un santuario como el de Superga? Ahí está el monumento a los muertos de 1949, un maravilloso grupo de jugadores desaparecido en un instante. El avión que devolvía al *gran Torino* de un amistoso en Lisboa —en el que a punto estuvo de viajar Kubala, recién huido del Este y en tratos para fichar por la que era la mejor formación del planeta— se extravió en la niebla cuando iba a aterrizar y se estrelló contra el monte Superga. No hubo supervivientes. Y se abrió un hueco en el corazón de Turín que en parte ocupó la Juventus, el club de la Fiat.

Mi amigo Lorenzo me recordó que hubo otro momento negro en la historia grana. Este mes se cumplen treinta y siete años. Fue un 15 de octubre cuando voló Gigi Meroni, *la Mariposa Grana*. Pocos futbolistas fueron tan amados y criticados como Meroni, un tipo peculiar, irremediamente libre. Quizás en su debut alguien recordó que el piloto del avión de Superga se llamaba también Meroni. Un Meroni rompió el alma del Toro y otro Meroni se la devolvió: con aquel tipo flaco en el extremo —le daba igual la derecha que la izquierda—, los grana parecían destinados a recuperar la primacía turinesa.

Gigi Meroni pertenecía a la categoría de los Garrincha y los Best. Era un genio loco que regateaba tres veces al mismo contrario si pensaba que ese engorro resultaba estéticamente apropiado para un juego que sólo entendía él; que sorteaba de forma humillante al contrario y luego se paraba a consolarle —el insigne Dino Zoff recuerda una de esas ocasiones—; que escandalizaba a la pacata Italia de la época dejándose barba, viviendo amancebado con una chica polaca y pintando cuadros de cierto mérito. Medio país le adoraba y el otro medio le detestaba. Muchos le culparon de la derrota contra Corea en el Mundial de Inglaterra 66 pese a que no jugó. *La Gazzetta dello Sport* desencadenó una furiosa campaña contra Meroni.

Y, sin embargo, quienes le vieron jugar no le olvidan.

El 15 de octubre de 1967, al concluir un partido, Gigi Meroni fue atropellado por un joven de 18 años, *tifoso* del Toro, que acababa de sacarse el carnet. Después de llorar a Meroni, cuyo féretro fue expuesto en el centro del estadio, la afición fue a animar al conductor, hundido en una depresión espantosa. Aquel muchacho que mató a una mariposa de 24 años se llamaba Attilio Romero y es hoy presidente del Torino. ¿Cómo podría parecerle grave una simple racha sin goles?

LA HERENCIA DE TRUENO

LUNES, 08-11-2004

Gigi Riva acaba de cumplir 60 años. Rombo di Tuono, estruendo de trueno, el mejor futbolista italiano del último medio siglo, que jugó siempre en el Cagliari porque no le apetecía dejar la pobrísima Cerdeña para ser empleado de un equipo del norte rico, sigue siendo un tipo de una pieza: áspero, sarcástico y decente. Fuma tanto como cuando jugaba, o sea, mucho, y mantiene los mismos valores. A este hombre, las defensas contrarias le rompieron los dos peronés y sólo se le oyó un lamento: que en el hospital le quitaban los cigarrillos. El fútbol, ha dicho esta semana, es sólo un juego, un entretenimiento sin importancia. Pero si te pagan por jugar eres un profesional del asunto y te dejas el pellejo en el césped. Sin quejas y sin discusiones.

A Riva le gustaba que le trataran como a un adulto. Una noche, en vísperas de un partido importante, el entrenador entró en su habitación y encontró a la mitad del equipo jugando al poker bajo una humareda de espanto. El entrenador sólo dijo una frase antes de irse: «Abrid la ventana». Al día siguiente, Riva y los suyos jugaron como nunca y ganaron.

Valeri Bojinov, un chaval espontáneo y exuberante, se distingue en muchas cosas de Rombo di Tuono. Tiene la sensatez de no fumar, por ejemplo. Y nunca se quedará en su pueblo, porque lo dejó a los 13 años. El Lecce se lo llevó de Bulgaria cuando era un niño y el Tribunal de Menores otorgó su tutela al responsable de los juveniles de la sociedad. Ha vivido desde entonces en una especie de internado futbolístico. Debutó en primera a los 15, ha padecido la agonía del descenso y la euforia del ascenso y hoy, a los 18 años, ya internacional en la selección búlgara del ex barcelonista Hristo Stoichkov, es junto al brasileño Adriano el máximo goleador de la Liga italiana.

Bojinov está ahora a las órdenes de Zdenek Zeman, el héroe romántico que denunció el dopaje en el *calcio* y pagó por decir la verdad. Zeman es de la escuela de Riva: un fumador enamorado del sur y del fútbol de ataque, un tipo serio y severo que no gasta dos palabras si le basta con una. El otro día, en el Olímpico, Bojinov marcó e hizo lo impensable: corrió hacia el banquillo y le estampó un beso a Zeman. Los demás jugadores dieron por supuesto que Bojinov sería despellejado. Pero a Zeman sólo se le escapó algo que pareció una sonrisa.

El jueves, durante el partidillo de entrenamiento, Zeman le pegó un grito a Bojinov y éste respondió mal. Zeman se hizo el sordo. Al día siguiente, el joven búlgaro se presentó en su oficina para pedir perdón y leyó en público una nota conmovedora en la que agradeció al entrenador todo lo que le estaba enseñando y en la que dio por supuesto que sería «mercidamente» relegado al banquillo.

Pero Zeman sacó ayer a Bojinov como titular ante el Palermo. Y el chaval se lo agradeció con dos goles.

Bojinov es un gran futbolista. Quizá llegue a ser también un hombre. Como Riva, Zeman y otros especímenes similares, cada vez más raros.

DERROTAS Y HUMILLACIONES

LUNES, 15-11-2004

La ciudad alta de Bérgamo, una plácida maravilla del Renacimiento lombardo y veneciano, está protegida por una muralla intacta. Nunca nadie, en siete siglos, se molestó en asaltar o sitiar la ciudadela. La ciudad baja, en la llanura, no es menos tranquila.

En Bérgamo, a unos cuarenta kilómetros de Milan, se vive bien; quizá con un punto de sopor. Los jóvenes bergamascos huyen cada fin de semana hacia las discotecas de la vecina Brescia en busca de un poco de animación. Lo cual no explica para nada la furia que caracteriza a los *tifosi* del Atalanta, el equipo de Bérgamo, y su odio ancestral al Brescia.

Toda esa rabia de la ciudad tranquila se debe tal vez a una sobredosis de derrotas. El Atalanta, otrora ilustre, es un figurante del *calcio* que esta temporada, recién ascendido a primera, no ha ganado aún ningún partido y cierra la cola de la clasificación.

Las derrotas y la furia engendran humillaciones. Como aquélla sufrida hace pocos años en San Siro. Los bergamascos, llamados *motorini* por los milaneses porque viajan a la gran ciudad en manadas de ciclomotores, quemaron el autocar del Inter en su estadio. El Inter es otro de los demonios del Atalanta. La razón, dicen, es que ambos equipos comparten colores, azul y negro, y lucen camisetas idénticas. Así de tontas son esas cosas. Los interistas, en la segunda vuelta, intentaron quemar el autobús bergamasco, pero la policía, advertida, lo impidió. Entonces tuvieron una idea. Se les ocurrió una barbaridad que dio la vuelta al mundo: introdujeron en la tribuna un ciclomotor y lo arrojaron sobre el césped. Fue casi un linchamiento simbólico de los *motorini*, una burla grotesca.

Ayer se disputó el derbi Atalanta-Brescia, uno de esos encuentros de alto riesgo en los que suele verse de todo menos fútbol. La estación de tren de Bérgamo y el estadio municipal fueron tomados por la policía y aun así no se pudo evitar la violencia. Dos horas antes de que empezara el juego ya había porrazos. Dos horas después del final seguían los disturbios. Entre tanto, el partido había concluido con un miserable empate a cero. Entre ambos equipos sumaron un tiro a puerta, flojo y a las manos del portero.

El entrenador del Atalanta, Andrea Mandorlini, dice pertenecer a la larga lista de discípulos del gran Zdenek Zeman y, como otros muchos técnicos modestos del *calcio*, proclama que la regeneración pasa por el juego de ataque. Es la moda de este año. Si Zeman hace maravillas en el Lecce alineando tres puntas, la solución a todos los males debe ser ésa. Zeman, sin embargo, sólo hay uno. Y sólo él dispone de un atacante como Bojinov. Sus presuntos discípulos diseñan unas tácticas ofensivas que no tienen nada que envidiar al viejo *catenaccio*. Y eso lo reconoce el propio técnico de Lecce: en Italia se está volviendo al cerrojo, con el ridículo añadido de las ínfulas de vistosidad.

Debe de tener razón Zeman cuando dice que la Liga de 20 equipos, máxima expresión del negocio futbolístico, sólo produce tedio y amargura. El tedio se ve en partidos como el que ayer enfrentó al Lecce con sus enemigos de la Juventus sobre un césped impracticable por la lluvia. En otro tiempo se habría aplazado. Ahora no se puede: el calendario está lleno. Hubo que jugar y ganó la Juve de Fabio Capello, aburrida y mortífera a partes iguales.

La amargura es la de quienes no ganan nunca, como el Atalanta. En Bérghamo, casi todo el mundo es del Milan. El pobre Atalanta acaba siendo poco más que una excusa para liar la bronca y salir en televisión. Una lástima.

LUNES, 22-11-2004

El sentido de la medida es tan ajeno a la Roma como el pluscuamperfecto del subjuntivo a los concursantes de *Gran Hermano*. La *Mágica* funciona por un sistema de leyes no escritas basadas en el tremendismo, la exageración y el desprecio por lo relativo. El romanista está en el cielo o en el infierno, es víctima o verdugo, lo tiene todo o no tiene nada. Este tipo de mentalidad resulta frecuente en el fútbol —con excepciones: el Inter de Adriano lleva diez empates en doce jornadas de Liga y en la grada se limitan a suspirar—, pero el caso de la Roma es agudo.

Cuando se trata de animar al equipo y mortificar al adversario, el romanista es único. Una vieja historia vale como ejemplo. El 16 de marzo de 1978 fue secuestrado el presidente de la Democracia Cristiana, Aldo Moro, y fueron asesinados los cinco miembros de su escolta. Italia vivía un momento crítico. El país se asomaba al abismo. Tres días después, sin embargo, se jugaba el derbi Roma-Lazio y los romanistas estaban por lo que estaban. O sea, por el partido.

Hacia meses que los *tifosi giallorossi* planeaban un gran golpe para ese día: querían dibujar sobre la tribuna un gran *Forza Roma* con 400 bengalas gigantes. El problema, con el país casi en estado de sitio, consistía en hacerse con las bengalas. Alguien sabía de un genio de la pirotecnia, más o menos clandestino, que podía proporcionar el material. El pirotécnico, sin embargo, era tifoso de la Lazio. ¿Qué hacer? A un joven fascista se le ocurrió la idea. Un miembro del grupo se disfrazó de sacerdote y acudió al taller del *laziale* para suplicarle que le vendiera a buen precio todo lo necesario «para iluminar en estas jornadas tristes la fiesta patronal de Marzafora». El otro no cayó en que Marzafora, un nombre construido con las letras de *Forza Roma*, no existía. Y, claro, le vendió los cohetes.

Ese domingo, mientras el país sufría una angustia profunda, el estadio Olímpico fue todo luz. El inventor de las fiestas de Marzafora se llama, por cierto, Francesco Storace, y hoy, reconvertido en posfascista, preside la región del Lazio.

Cuando se trata de maldecir al equipo, el espíritu es el mismo. El viernes pasado, antes del encuentro copero con el Siena, grupos de *tifosi* instalaron en el Olímpico dos grandes pancartas dirigidas a los jugadores. «Sois indignos», decía una de ellas. «Hemos venido sólo para despreciaros», decía la otra. Este era el ambiente antes del partido. No cuesta demasiado imaginar cómo fue después, con la victoria del Siena por 1-2. El técnico, Del Neri, quiso dar un descanso a Totti y le dejó en el banquillo para recuperar al *castigado* Cassano y el resultado fue una orgía de mediocridad. En la segunda parte, Del Neri echó mano de Totti, que marcó un gol y estrelló un balón en el palo. Al final, lo de costumbre. Vergüenza e improperios.

La Roma quedó clasificada en el segundo puesto la temporada pasada y durante unas cuantas semanas, allá por noviembre y diciembre, practicó un fútbol excelso. Suena raro relacionar el

adjetivo *excelso* con un equipo entrenado por Fabio Capello, pero era así: aquella Roma fue realmente mágica. Luego llegó la *stregatura*, la maldición, el mal de ojo o lo que fuera que fuese. Se fueron Samuel, al Madrid, y Capello, Emerson y Zebina, a la Juventus. Llegó Prandelli al banquillo, pero abandonó antes de la primera jornada para atender a su esposa, enferma. Chivu se rompió el meñique de un pie y lleva meses en el dique seco. Ferrari, que había sido un central más que correcto en Parma, se convirtió en un pisabolas. Y al imprevisible Cassano le entró la pájara.

Queda Totti, tan niño y tan buen futbolista como siempre. Tan fundamental para la Roma que el importe de los derechos de televisión depende de que sea alineado: si Totti no estuviera, el club, según estipula el contrato, cobraría mucho menos. Y, sin embargo, alguien debería sacarle de ahí y meterle en un equipo competitivo. La Roma se hunde. Un día de estos va a arder Marzafora.

LUNES, 06-12-2004

El 26 de septiembre, en Udine, a 13 minutos del final del partido que enfrentaba al equipo local con el Brescia, Daniele Mannini marcó su primer gol en la primera división. Si hubiera hecho caso de los comentarios de la prensa, Mannini, de 21 años, se habría retirado del fútbol al día siguiente. Aquél fue un gol maldito. «Una bajeza» para unos; «una desgracia» para otros. Mannini, el debutante del Brescia, marcó desde fuera del área cuando el portero rival, De Sanctis, estaba en el suelo quejándose de un golpe. Vergüenza eterna para Mannini. Su equipo, el Brescia, ganó 1-2, pero Mannini se fue al vestuario con lágrimas en los ojos.

Repetición de la jugada, a cámara lenta. Minuto 32 de la segunda parte. Un balón cuelga sobre el área del Udinese. De Sanctis sale y choca con un contrario, pero el balón es despejado. El guardameta, en pie, sigue la trayectoria del balón hasta que éste cae cerca de Mannini, en el *pasillo del 8*. Justo en ese momento, cuando comprueba que no se genera un contraataque sino que continúa el acoso sobre su área, De Sanctis se desploma. Mannini tira y, a puerta vacía, marca. ¿Vergüenza eterna para Mannini?

Morgan de Sanctis había sido la enésima víctima de una enfermedad endémica entre los futbolistas italianos: el desmayo repentino. No parece que se trate de un mal contagioso, porque no se ha propagado a otros países. En Italia, en cambio, hace estragos. El desmayo debe de ser doloroso, a juzgar por los gestos del afectado, pero dura muy poco tiempo: el justo para que un rival, alertado por los gritos de los compañeros de la víctima, demuestre su *fair play* lanzando fuera el balón. Entra el masajista, el caído se alza trabajosamente, cojea hasta la banda, bebe un trago de agua y salta de nuevo al césped en plena forma.

El desmayo italiano es muy característico porque sólo ataca en situaciones tácticamente convenientes. Jamás se ha desvanecido nadie que estuviera a punto de marcar. En cambio, cuando el contrario roba un balón y monta un contragolpe, el desmayo está asegurado.

O quizá ya no. Porque el doctor Capello ha descubierto una cura. Fabio Capello, el gran dictador del *calcio*, el hombre que lo ha ganado todo, que ha escrito todos los manuales de gramática parda y conoce todos los trucos del libro, pegó el sábado un golpe de mandíbula al aire e hizo un anuncio *urbi et orbi*: «A partir de mañana —dijo—, los jugadores de la Juventus no lanzarán el balón fuera de banda cuando un adversario esté caído. Se ha pasado de la falta táctica a la falta de desvanecimiento. Sólo pararemos si alguien se hace daño en la cabeza. Lo demás es asunto del árbitro, que puede parar el juego cuando lo juzgue conveniente».

Las palabras de Capello fueron acogidas con aplausos por los demás técnicos del *calcio* (menos Roberto Mancini, el Adonis del Inter, tan chulo como Capello y por tanto obligado a llevarle siempre la contraria). Es decir, los propios creadores del misterioso virus decidieron

producir una vacuna. Ya inventarán otra cosa. El desmayo italiano tiene tanto futuro como el paludismo en Puerta de Hierro. Se acabó, afortunadamente.

Seguirá habiendo quien caiga al suelo, con un problema de verdad. Y seguirá existiendo el *fair play* de verdad. Como el que exhibió Paolo di Canio hace cuatro años, cuando vestía la camiseta del West Ham inglés. Estaba a punto de marcar y vio al portero del Everton sobre el césped, fuera de combate. Se detuvo, cogió el balón con las manos y llamó al árbitro. Todo un señor. Aquello fue juego limpio. Ojalá tenga oportunidad de hacer algo así el pobre Mannini, para olvidarse de aquel maldito gol de debutante y de aquel maldito *desmayo italiano* de De Sanctis.

EL SUEÑO DE UN NIÑO DE LIVORNO

LUNES, 13-12-2004

Dinero, celebridad y comodidad son las tres llamadas irresistibles de los tiempos que corren. Existe, sin embargo, un tipo que no cedió al reclamo y prefirió, en cambio, un sueño. Se llama Cristiano Lucarelli, tiene 29 años, juega como delantero centro y en su ciudad será recordado por muchas generaciones. Pagó mil millones de liras, digamos cien millones de las antiguas pesetas, por una oportunidad: la oportunidad de realizar sus sueños y pasar a la historia. Y no falló.

Entre quienes guardarán en la memoria las gestas de Lucarelli no figuran, seguramente, los aficionados del Valencia, que le soportaron durante una temporada mediocre en 1998-1999. Tampoco tendrá monumentos a la entrada de los estadios del Perugia, el Cosenza, el Padova, el Lecce y el Torino, todos los equipos por los que pasó en diez años de carrera profesional. Ni quedará en los anales de la selección italiana. Su carrera internacional terminó en 1997, cuando, con la Sub-21, marcó un gol a Moldavia y se quitó la camiseta *azzurra* para mostrar a las cámaras de televisión, en riguroso directo, la que llevaba debajo: una con la efigie del Che Guevara. Por alguna razón, aquello molestó a la Federcalcio. No volvió a ser convocado, ni con los jóvenes ni con los mayores.

Lucarelli es de Livorno y comunista, lo que equivale, casi, a decir de alguien que es de Osaka y tiene los ojos rasgados. El Partido Comunista Italiano nació en Livorno, el puerto industrial de la Toscana, en 1921. Y la ciudad siempre ha sido de izquierdas. Como Lucarelli, que se ha puesto en el móvil la melodía de *Bandiera Rossa*. Nació en un barrio marítimo de mala fama conocido como *Shanghai*, hijo de un estibador portuario militante del partido y del sindicato. El niño Cristiano estuvo rodeado desde el principio de banderas rojas, por el PCI, y granas, por el Livorno. De mayor quería ser el delantero del Livorno que marcara el gol del ascenso a primera. Hoy recuerda que, pese a su pasión total por el Livorno, tenía una esquina del alma con los colores del Inter, «porque ellos tampoco ganaban nunca». Lo cual da una idea del personaje y del Livorno, una de las sociedades con menos historial del *calcio*. Ganó una Copa en 1987, y ya está. Por resumir: desde 1949 merodeaba entre segunda, en las temporadas triunfales, y regional, en las normales.

En la primavera de 2003, Lucarelli estaba en el Torino y su representante, el abogado Carlo Pallavicino, le buscaba nuevo equipo. Las ofertas, todas de clubes de primera, eran razonables: casi un millón de euros por año. Pero resultó que el Livorno subió a segunda. Y Lucarelli le encargó a Pallavicino que le encontrara un puesto en su equipo del corazón, donde no había jugado nunca. El Livorno no podía pagar más que unos cientos de miles. Lucarelli aceptó, renunciando a sueldos que ascendían a más del doble, a la fama televisiva de otros clubes y a la comodidad de un puesto secundario. El propio Carlo Pallavicino ha publicado un libro sobre esa decisión y sobre lo

que ocurrió después. *Quedaos con los mil millones*, se titula.

Lo que ocurrió después fue que Cristiano Lucarelli volvió a su ciudad y vistió el grana de su equipo convertido en el jugador mejor pagado del Livorno y en símbolo del sueño secreto de decenas de miles de livorneses: poner el pie en primera, cincuenta y cinco años después. Lucarelli, un hombre con más pasión que capacidad reflexiva, se echó la responsabilidad a la espalda como si nada y jugó como nunca en busca del sueño de su infancia.

El día en que marcó el gol número 25 de la temporada, el milagro estaba hecho. El Livorno ascendió.

Lucarelli anotó ayer otros dos tantos que valieron tres puntos. El presidente de la República, el impecable Carlo Azeglio Ciampi, livornés y livornista, debió de celebrarlo por todo lo alto. El Livorno se acercó un poco más a la mitad de la tabla y al objetivo de la permanencia.

Cristiano Lucarelli es un tipo que ha cumplido sus sueños, que vive entre los suyos y que será recordado por muchísimo tiempo en su ciudad. Y sólo ha pagado mil millones de liras por todo eso.

LUNES, 20-12-2004

De Silvio Berlusconi pueden decirse muchas cosas buenas. Nunca ha sido procesado por homicidio. Ama tiernamente a su madre. Cuenta historias divertidísimas. Toca un poco el piano. La lista de sus virtudes se haría casi interminable. Pero, si hubiera que elegir sólo una de sus cualidades, habría que hablar del Milan. Berlusconi tiene un equipo de fútbol estupendo, el mejor de Italia, sin ninguna duda, y uno de los mejores del mundo.

El *calcio* se fue ayer de vacaciones navideñas hasta el 6 de enero y, a estas alturas, ya está casi todo claro. La Juventus y el Milan se han quedado solos en la disputa por el *scudetto* y la Vieja Señora, tan peligrosa siempre, se mantiene en cabeza.

Después de lo visto el sábado en el estadio de los Alpes, sin embargo, hay que apostar por el Milan. El Diablo rojinegro bailó como quiso con la Señora y sembró la semilla del miedo en los corazones juventinos. Empataron a cero, sí, pero fue uno de esos empates en los que uno de los equipos, la Juve, suspira de alivio, y el otro, el Milan, bufa de rabia. El propio Fabio Capello reconoció que se habían salvado por los pelos.

Por más que Capello aproveche la pausa para repasar el manual con su plantilla, la Juventus no puede jugar mucho mejor que hasta ahora. Sus cartas están sobre la mesa: pelea, rabia, talento para aprovechar los fallos del adversario y una defensa numantina.

El Milan, en cambio, progresa partido a partido. Kaká, que empezó la temporada como ausente, está recuperando el nivel del curso pasado. Crespo ha resultado un óptimo acompañante de Shevchenko. Y falta todavía que vuelva Stam. El Milan de Carlo Ancelotti crece y, además, tiene un banquillo mucho más potente que el de sus rivales.

Berlusconi compró un Milan decaído, que atufaba a segunda división y a quiebra. El día de la presentación del equipo para la temporada 1986-1987, la primera de la era berlusconiana, Il Cavaliere hizo que los jugadores llegaran al estadio en helicóptero mientras la megafonía emitía a todo volumen *La cabalgata de las Walkirias*. Hubo grandes carcajadas, pero Berlusconi se las esperaba. «Sabía que la gente se reiría y no me importó. Sólo quería demostrar que las cosas habían cambiado y que el Milan había dejado de ser como los demás», explicó.

En efecto, el Milan no volvió a ser como los demás. Fue Berlusconi quien empezó a reservar hoteles de máximo lujo para los desplazamientos del equipo —luego le siguió el Madrid—, quien inventó el rollo *galáctico* con Van Basten, Gullit, Baresi, Maldini, Rijkaard, Dessailly, etcétera —luego le siguió el Madrid— y quien empezó a apurar los contratos televisivos y publicitarios.

Pero Berlusconi no se quedó ahí. Creó el MilanLab, un centro de altísimo nivel en el que se sigue el pulso físico de los jugadores y se diseñan métodos de preparación personalizados. Y estableció un código de disciplina profesional en el vestuario y en el campo que sirve igual para el

patriarca Maldini que para el último suplente: el comportamiento de todos resulta modélico.

Si le preguntan a Puyol dónde querría jugar si dejara el Barcelona, responderá que en el Milan. Cuando el Inter le hace una oferta a Kompany, el jovencísimo y prometedor central del Anderlecht, éste responde que le hace mucha ilusión, pero que «lo máximo sería ir al Milan».

El Milan de Berlusconi brilla. Y no parece que tanta gloria vaya a prescribir en un futuro próximo.

LUNES, 10-01-2005

Las gradas de los estadios italianos abundan en símbolos fascistas. Los cánticos racistas y las pancartas antijudías no son ninguna novedad. Hasta ahora, sin embargo, no se había conseguido trasladar el espíritu fascista al terreno de juego. El primero en lograrlo, con éxito rotundo, fue Paolo di Canio, que el pasado jueves jugó con la saña de un matamoros y redondeó la épica guerrera del derbi Lazio-Roma saludando brazo en alto a la afición. El público lazial, de gran tradición *negra*, se derritió de júbilo. Y desde entonces le llueven bendiciones a Di Canio, homenajeado por muchos como salvador del entusiasmo y la pureza viril en el *calcio*. Se trata de un fenómeno alarmante, que acaso dice alguna cosa sobre la situación general del país.

Di Canio ha sido siempre un tipo pintoresco. El viejo delantero, de 36 años, ya demostró durante sus años en Inglaterra que era capaz de cometer grandes barbaridades (le cayeron 11 partidos de sanción por agredir a un árbitro) y de mostrar reacciones de gran generosidad (se negó a marcar un gol cantado cuando vio que el portero se había hecho daño, lo que le valió un Premio Fair Play de la UEFA), pero el carácter disparatado se le ha acentuado con los años. Esta temporada ha regresado al club de sus amores, la Lazio, con una rabia que va más allá de la simple competitividad de los futbolistas profesionales.

El hombre simpatiza con el fascismo. En su autobiografía se define como nacionalista, patriota y admirador de Benito Mussolini, y, para dejar las cosas más claras, lleva la palabra *Dux* tatuada en el brazo. En Roma ha encontrado un ambiente ideal. La Lazio, considerada el club más filofascista del *calcio*, padece una grave crisis financiera y deportiva desde que quebró su anterior propietario, el holding lácteo-financiero Cirio, y la nueva gestión ha optado por una retórica agresiva y belicista como fórmula para conectar con los aficionados. A los jugadores, por ejemplo, se les llama *gladiadores*. Y se les exige que «salgan a morir».

No puede extrañar que Paolo di Canio preparara el siempre paroxístico derbi romano viendo *Braveheart*. Ni que llevara bajo la camiseta albiceleste otra con una inscripción *ad hoc*: «Existen sólo dos formas de volver del campo de batalla, con la cabeza del enemigo... o sin la propia». Se reventó durante el partido, marcó un gol extraordinario, provocó a los contrarios (él les llama *enemigos*) hasta exasperarles, dirigió como un caudillo a unos compañeros de equipo sobrerrevolucionados (los gemelos Filippini debían haber sido expulsados y quizá procesados por agresión) y al final, en el momento de la victoria, hizo lo previsible. Saludó brazo en alto.

En el estadio Olímpico puede pasar de todo. Se ha convertido en un estadio sin ley. El tipo que le abrió la cabeza al árbitro Frisk en el primer encuentro europeo nunca ha sido identificado, lo que abona la sensación de impunidad de quien traspasa las puertas de un recinto en el que subsiste un obelisco con el nombre de Benito Mussolini. En el derbi del jueves alguien arrojó un petardo al

césped que dejó aturridos a Totti y al árbitro. No pasó nada. No pasó tampoco nada el año pasado, cuando los *ultras* de ambos bandos se pusieron de acuerdo para obligar a suspender el partido como demostración de que allí mandaban ellos, no el árbitro o la policía. En realidad, sí pasa, porque tanto la Roma como la Lazio han sufrido esta temporada sanciones europeas. Las sanciones, sin embargo, abonan los sentimientos de injusticia y persecución que, a su vez, refuerzan a los fascistas.

La Federación Italiana ha abierto una investigación sobre el gesto de Di Canio. Por el momento, lo más perceptible es una admiración difusa por parte de los clubes rivales, que envidian de forma más o menos explícita el carisma y la capacidad de liderazgo del capitán de la Lazio. Y se alza un coro de elogios y palabras comprensivas hacia el «gesto espontáneo» y de «entusiasmo viril» de Di Canio, por parte de personalidades como el ministro de Comunicación, el presidente regional o el director de los servicios informativos de la RAI. Todos ellos pertenecen a Alianza Nacional, un partido que se definía fascista hasta que descubrió la elegancia social del llamado *posfascismo* y las ventajas de formar parte del Gobierno. Di Canio podrá alegar, ante la Federación, que lo suyo fue un saludo posfascista, perfectamente inocente en una época posmussoliniana.

CUENTOS DE HADAS

LUNES, 17-01-2005

En el fútbol existe una categoría profesional desconocida en otros sectores de la actividad económica. Es la del *modesto*. Hay clubes modestos, equipos modestos y jugadores modestos, aunque cualquier definición de la *modestia* resulte vaga. A más de un *modesto* se le ha visto conduciendo un Ferrari. En todo caso, se puede decir que el Udinese es la encarnación misma de la mesocracia más modesta del *calcio*. El club, uno de los veteranos en Italia (se fundó en 1896 dentro de un gimnasio de esgrima), ha tenido rachas pretenciosas, como cuando en los ochenta fichó a un Zico ya bastante baqueteado, y ha disfrutado de momentos de relativa brillantez, como en los noventa con el goleador alemán Bierhof, pero se mantiene en el grupo de los permanentemente amenazados por la segunda división.

Esta temporada, con toda su modestia, el Udinese juega bien y ocupa la tercera posición en la tabla. El técnico, Luciano Spalletti, dispone a su gente de una forma poco habitual, que sobre la pizarra parece un 3-5-2 y que en el césped se resume en un bloque muy compacto de ocho, organizado por un chileno talentoso llamado Pizarro, y en dos atacantes sueltos, Di Natale e Iaquina. Ayer plantaron cara al Milan en San Siro y marcaron primero, aunque la cosa acabara en 3-1. A la gente le gusta que los *modestos* tengan sus momentos de gozo y sus cuentos de hadas. La de Iaquina, por ejemplo, es una historia tierna. Hasta en Udine se calientan el corazón con el interés del Barça por Iaquina, un delantero fortachón y cumplidor, muy querido por sus compañeros, que cumpliría el sueño de su vida si llegara a jugar en un estadio como el Camp Nou.

Los más bonitos cuentos de hadas, sin embargo, ocurren en los palacios. Las cenicientas necesitan príncipes y mucho boato para realizarse. Y en el *calcio* no hay nada más regio y lujoso que el Milan, el reino encantado de *Il Cavaliere* Berlusconi. Es justo ahí, bajo las almenas de Milanello, donde se desarrolla la más hermosa y edificante fábula del año.

En Zamora recordarán, sin duda, a Harvey Esajas, un holandés grandullón que en 1999 recaló en el equipo de la ciudad. Esajas había sido de niño una promesa juvenil del Ajax y pasó por el Groningen y el Feyenoord, pero la suerte no le sonrió. Ni siquiera en Zamora, donde se rompió el tendón de Aquiles y dejó de jugar al fútbol. Se quedó por allí, entre la depresión y la sonrisa, consiguió un empleo como lavaplatos y engordó hasta más allá de los 100 kilos. En un campeonato de modestia, Esajas tendría medalla segura.

En 2002 viajó a Milan para visitar a un viejo amigo de cuando el Ajax juvenil, Clarence Seedorf, surinamés como él. Y Seedorf decidió rescatarle. Le llevó a Turín y le arregló una semana de prueba en el Torino, donde le dijeron, con toda franqueza, que su talento como centrocampista de contención era inservible con tanta grasa encima y una lesión mal curada. Le consideraron «irrecuperable». Seedorf no cejó y le colocó, a los 27 años y con 101 kilos, en la

sección *primavera* (o sea, gente bastante joven) de la sociedad milanese.

Esajas trabajó, trabajó y trabajó. Perdió 15 kilos, jugó de vez en cuando con los *primavera* y recuperó la autoestima. Esta semana, en el minuto 87 de un partido de Copa que el Milan de verdad, el de Shevchenko y Kaká, tenía ya ganado, Harvey Esajas, 30 años, debutó en uno de los equipos más poderosos del planeta y casi dio un pase de gol. «Esajas lleva un año trabajando con una dedicación absoluta y merece un premio: hay que felicitar al chico por su fuerza de voluntad», dijo el técnico Carlo Ancelotti. Esajas no figura en la plantilla oficial del Milan y es improbable que asome de nuevo en las alineaciones. Pero nadie le quitará a esa cenicienta sus tres minutos de gloria, ni a Seedorf y Ancelotti el momento en que se portaron como hadas buenas.

GLORIAS DEL INTER

LUNES, 24-01-2005

Mienten quienes dicen que el *calcio* es aburrido. Porque en el *calcio* está el Inter, el club más fascinante del mundo. Esta temporada ha conseguido empatar 14 de sus 20 partidos y alinear dos veces un equipo con diez extranjeros, hazañas estadísticas al alcance de pocos. Pero sus méritos van mucho más allá. No existe ninguna otra sociedad futbolística que haya gastado más de 650 millones de euros en una década para comprar unos ciento veinte futbolistas y ganar sólo una Copa de la UEFA, ni se conoce asociación humana tan desafortunada como el Inter. Se podría poner en la directiva a cualquier gobierno argentino del siglo xx, al capitán del *Titanic* como entrenador y al Mahatma Gandhi como delantero centro, y los resultados no serían peores. El Inter constituye un misterio de la naturaleza.

El Internazionale de Milan, también conocido como La Bienamada (los rivales deberían llamarlo siempre así, por las alegrías que les proporciona), es una institución simpática. El propietario, Massimo Moratti, es un petrolero multimillonario, bondadoso y progresista que financia decenas de campañas sociales e invierte fortunas en fichajes y en técnicos de lujo. Los socios son fieles y entusiastas. Los colores de la camiseta, azul y negro, son elegantes. Posee dos Copas de Europa en sus vitrinas, no ha descendido nunca de categoría (sólo la Juventus puede decir lo mismo) y tiene un pasado glorioso. Con estos mimbres, el Inter construye cada temporada una decepción de dimensiones colosales.

Con el Inter se podría escribir una enciclopedia del fracaso. Para atenernos a espacios más modestos, hagamos un breve *hit parade* de las barbaridades e infortunios más recientes.

1989. El Inter gana su título de Liga número 13, el último hasta la fecha, tras nueve años de sequía. Dos semanas más tarde, sus vecinos del Milan ganan la Copa de Europa y les arruinan la fiesta.

1996. Roberto Carlos, lateral izquierdo del Inter, 23 años, es traspasado al Real Madrid por carecer de futuro futbolístico. Para sustituirle, son adquiridos sucesivamente Centofanti, Pistone, Macellari, Gresko y Georgatos, a los que el lector hace muy bien en desconocer. Ante la falta de resultado de esos talentos, en 1999 el Inter adquiere el recambio definitivo: Gilberto, fenómeno del Alcantarilla de Murcia, un club de fútbol sala. El directivo Sandro Mazzola explica que Gilberto «es mucho más ofensivo que Roberto Carlos». Gilberto juega en total 21 minutos, luego es despedido.

1996. El presidente Massimo Moratti declara: «Sé que la Juventus va a comprar a Zinedine Zidane, un buen jugador que a nosotros no nos hace ninguna falta».

1999. Diego Simeone, uno de los jugadores interistas más queridos por la afición, es vendido a la Lazio. Inmediatamente, la Lazio de Eriksson gana la Liga con Simeone como motor.

2001. El centrocampista Andrea Pirlo es traspasado al Milan, porque se considera que el turco Emre es mucho mejor. Pirlo se recicla en mediocentro, se convierte en el director de orquesta milanista y, la temporada siguiente, en campeón de Europa. Emre sigue siendo Emre.

2002. Tras cuatro temporadas y dos roturas de rodilla, Ronaldo abandona el Inter y se marcha al Real Madrid, que gana la Copa de Europa. El Inter ficha a Morfeo.

2003. El Inter cede a Adriano al Parma y le vende la mitad del jugador. Al año siguiente recupera a Adriano, pagando el doble.

Por último, un chiste que cuentan los milanistas. Gattuso apuesta con Ancelotti y sus compañeros que él solo se basta para ganar a todo el Inter. La plantilla del Milan se va de vacaciones durante el derbi y no puede ver el encuentro, por lo que llaman a Gattuso y le preguntan cómo ha ido. Gattuso, irritadísimo, responde que ha empatado a uno. «¿Y por qué estás enfadado? —le pregunta Maldini—. Un empate, uno contra once, es grandioso.» «No —responde Gattuso—, si el resultado no es malo, lo que me molesta es que me hayan expulsado por protestar a mitad de la primera parte.»

CONSIDERACIONES SOBRE EL ARTE

LUNES, 31-01-2005

Los dos entrenadores de aquella final de Wembley, Johan Cruyff y Vujadin Boskov, están retirados. Varios jugadores, como Mancini, Koeman y Stoichkov, se han convertido en entrenadores de cierto prestigio. Sólo un protagonista de aquella final de 1992 entre Sampdoria y Barcelona sigue haciendo lo que hacía entonces, y haciéndolo muy bien. Gianluca Pagliuca, 38 años, en la actualidad portero del Bolonia, detuvo ayer todos los balones parables y un par de imparables y arruinó la tarde al Milan, y quizá la temporada. Pagliuca y sus compañeros vencieron 0-1 en San Siro y pusieron las cosas un poco más fáciles a la Juventus, que ganó e incrementó hasta ocho puntos su ventaja sobre el Milan.

A Pagliuca le quedan estas pequeñas satisfacciones. En materia de grandes disgustos puede considerarse un experto. Perdió la Copa de Europa de 1992 en la prórroga, por aquel disparo de Koeman que sigue alimentando los sueños más dulces del barcelonismo y agria los insomnios de los genoveses. Perdió en los penaltis, con la selección, la final del Mundial de 1994, contra Brasil. Y en el Mundial siguiente perdió de nuevo por penaltis un encuentro de cuartos de final contra Francia, la selección anfitriona que alzó finalmente el trofeo.

Con un poco más de suerte, Pagliuca podría haber pasado a la historia como uno de los mejores porteros de todos los tiempos. No le ayudaron ni sus clubes, Génova, Bolonia, Sampdoria, Inter y de nuevo Bolonia, sociedades con aspiraciones limitadas o, en el caso del Inter, excesivas, ni los recurrentes fracasos de la selección italiana, ni su propio carácter: la vida de Pagliuca apenas ofrece material de interés periodístico, es decir, carece de escándalos, tragedias, heroicidades y romances sonados. Pagliuca es, simplemente, un tipo que trabaja de portero y ha mantenido durante dos décadas la categoría de maestro en su oficio. En cierta forma, podría ser definido como un futbolista modélico.

Aquí, sin embargo, topamos con unas cuantas cuestiones complicadas. ¿Qué significa el fútbol? ¿Puede contener elementos comparables a los que definen una obra de arte? Y si fuera así, ¿cuáles son los méritos que distinguen la artesanía del arte?

Simplifiquemos: mientras Pagliuca exhibía su oficio en San Siro, un puñado de niños caprichosos, propensos a las rabietas violentas y a los gestos antideportivos, fabricaban arte en el Olímpico de Roma. Totti, Cassano, Montella, De Rossi y Mancini dieron patadas y empujones, simulaban faltas, provocaron al contrario, discutieron con el árbitro y, entre tanto, jugaron 45 minutos maravillosos. La Roma perdía 0-2 en el descanso. Acabó ganando 3-2 al Messina gracias a un fútbol de trazos fulgurantes que parecían carecer de sentido vistos uno a uno y, en conjunto, poseían toda la expresividad que se le puede extraer a un balón golpeado con el pie.

Las jugadas de Totti y Cassano en el área son como los animales que dibujaba Picasso, o como

las maderas pintadas de Brancusi. Tienen todos los atributos de la realidad y uno más, misterioso, que las eleva por encima de lo real. Son cosas que no se pueden describir y que hay que ver.

Pagliuca es un ejemplo para los futbolistas jóvenes. Fabio Capello, cuando entrenaba a la Roma, intentaba que los jóvenes se apartaran de Totti y Cassano porque su comportamiento nunca fue un buen ejemplo para nadie. Pagliuca cumple siempre con solvencia. El dúo romanista, en cambio, ofrece de vez en cuando una jornada infame.

Pagliuca y el Bologna ganaron en Milan, se alejaron de la cola y decidieron quizá la temporada: hicieron grandes titulares para los anuarios. Totti y Cassano sólo se llevaron tres puntos predecibles frente al Messina y dejaron un rastro de magia sobre la hierba. Pagliuca hizo algo importante. Totti y Cassano hicieron algo esencial.

LUNES, 14-02-2005

Lapo Elkann dice que a la Juventus le hace falta una sonrisa. Y «jugadores simpáticos que alivien un clima demasiado tenso». El sabrá. Lapo Elkann es, además de joven, multimillonario y consejero de la Fiat, nieto de Gianni Agnelli, hermano del vicepresidente de la Juve y copropietario de la sociedad. A Lapo le apetece ser presidente de la empresa futbolística de la familia, lo que hace suponer que lo será pronto. Por eso resultan especialmente graves sus palabras, que atentan contra el espíritu mismo de la Vieja Señora del *calcio*. En la Juventus no se sonríe, se trabaja. Ahí está el lema fundacional: *Delectando fatigamur*. Por el sufrimiento al placer.

Y ahí están Antonio Giraudo y Luciano Moggi, el administrador delegado y el director general de la Juventus, dos tipos de aspecto tan siniestro que parecen elegidos en un casting. Giraudo no está para ñoñerías. «Sin ninguna sonrisa, la Juventus ha ganado en estos diez años cinco títulos de Liga, ha disputado 16 finales y ha vencido en ocho, ha obtenido dos balones de oro y es, según *L'Equipe*, el primer equipo de Europa por sus resultados deportivos», masculló tras leer los comentarios de Lapo.

Y añadió: «Nuestro estilo sin sonrisas es típico de los turineses: me viene a la mente Vittorio Ghidella [el gran patrón de Fiat Auto en los años setenta y ochenta], que sonreía poquísimo pero dominaba el 60% del mercado italiano y generaba beneficios inmensos».

Ése no fue el único sarcasmo de Giraudo a costa de la familia Agnelli. Como Lapo Elkann había sugerido la conveniencia de fichar a Antonio Cassano, «que tuvo una infancia difícil y es difícil de manejar, pero hace sobre el césped cosas extraordinarias y es muy simpático», el administrador delegado soltó todo el buen humor que llevaba dentro. «La Juventus es una de las sociedades más sólidas económicamente, sin que los Agnelli se hayan visto obligados a invertir durante una década. Las declaraciones de Lapo Elkann, miembro autorizado de la familia, nos ayudan de hecho a sonreír, porque al referirse a programas tan ambiciosos como el que incluiría la adquisición de Cassano nos permiten suponer que la familia pondrá dinero en el club, como han hecho todos estos años los Berlusconi, los Moratti o los Abramovich.»

Si Giraudo trata así a uno de los propietarios, no cuesta demasiado suponer cómo tratará al resto del mundo. Disciplina piamontesa y mala leche a raudales. *Delectando fatigamur*. Ese es el auténtico espíritu juventino, el que se viste de blanco y negro porque no está para chorradas de colores.

Y, sin embargo, podía haber sido de otra forma. La Juventus comenzó jugando con camiseta rosa, gorrito blanco y corbata. Cuando las primeras camisetas se gastaron (y las coñas de los rivales empezaron a hacerse insufribles), los dirigentes juventinos eligieron como color definitivo

el rojo, vibrante, agresivo y optimista. Y pidieron a un amiguete inglés, John Savage, delantero del Nottingham Forest, que hiciera llegar a Turín un paquete de zamarras de su club. Savage traspasó el encargo a un comerciante local, quien, presumiblemente, pensó que aquellos italianos no iban a viajar a Inglaterra para quejarse y les remitió un cargamento de camisetas que no vendía ni a tiros: las blanquinegras del Notts County, el segundo equipo de la ciudad. Cuenta Renato Tavella, uno de los fundadores de la Juve, que aquel equipamiento suscitó «poco entusiasmo». En cualquier caso, el tendero de Nottingham acertó en su intuición. Lo pagado, pagado estaba. Y las franjas negras y blancas quedaron para siempre.

Luego, unas semanas antes de que Benito Mussolini tomara el poder, Edoardo Agnelli se hizo con la presidencia de la Juventus. Organizó el club como una dependencia de la Fábrica Italiana de Automóviles de Turín, hizo ver a los jugadores que la camiseta era un mono de trabajo y dio paso a la primera edad de oro juventina. Ahora, por más que diga Lapo, es tarde para cambiar. La Vieja Señora nunca ha estado de humor para sonrisas.

PREGÚNTELE A LUCIANO

LUNES, 21-02-2005

La dietrología es, como se sabe, una ciencia estrictamente italiana que estudia las causas ocultas de los acontecimientos. En Italia nada es evidente y nada ocurre porque sí, y a partir de cualquier nimiedad se puede reconstruir una trama conspirativa que se hace más y más oscura hasta desembocar en el misterio. Quizá porque se trata de una sociedad dominada por un puñado de familias, quizá porque el interés privado prima sobre el colectivo, quizá porque la estética prima sobre la ética o porque el italiano ama la fantasía y el secreto, este es un país abundante en claves ocultas y casos nunca resueltos.

El *calcio* es, en este sentido, un reflejo de la vida nacional. La gente hablará hoy del partidazo de Totti frente al Livorno, del enésimo empate del Inter en el último minuto, del *sorpasso* del Milan a la Juventus y de la situación peligrosa de la Fiorentina; pero esos asuntos serán desmenuzados como epifenómenos, porque lo que ocurre sobre el césped tiene la misma entidad que las sombras en la cueva de Platón: es sólo un reflejo de la verdad. Y la verdad, en el *calcio*, es sólo una. La verdad se llama Luciano Moggi y es un señor calvo residente en Turín.

Moggi es una de las pocas personas que saben por qué ocurre lo que ocurre. Muchos aficionados del Ascoli se asombraron, el 24 de noviembre de 1979, por el parcialísimo arbitraje que habían sufrido en su encuentro liguero contra la Roma. Tenían que haber preguntado al asesor del presidente de la Roma, un tal Luciano Moggi, que había cenado la víspera, en un reservado discreto, con el trío arbitral. Algunos rivales del Nápoles en la Copa de la UEFA de 1989 se extrañaban también de la benevolencia de los árbitros hacia el equipo blancoceleste sin pararse a pensar en quiénes serían las bellas señoritas que acompañaban a su hotel a los responsables de dirigir el partido. ¿Por qué no preguntaron al director deportivo del Nápoles? Era Luciano Moggi, un hombre muy conocido en la ciudad.

Entre 1991 y 1993, los árbitros parecieron mirar con especial cariño al Torino. Cuando la sociedad propietaria del club quebró, los jueces se interesaron por ciertos gastos no identificados y el contable, con el rigor propio del oficio, dio detalles: había que pagar las prostitutas y los regalos para los árbitros, y de todo eso se encargaba el director general. Los jueces no tuvieron más remedio que preguntar, por una vez, al director general, Luciano Moggi, quien expresó gran extrañeza al descubrir todo aquello: él siempre había estado convencido de que las señoritas que contrataban eran «traductoras-acompañantes». Y qué menos podía hacer el Torino que traducir-acompañar a los árbitros, sobre todo los extranjeros. Luciano Moggi fue condenado a cuatro meses de arresto y una multa de tres millones de liras.

En la Lazio de 1980, condenada al descenso porque varios de sus jugadores estaban implicados en un negocio de apuestas sobre los resultados de los partidos, también había un director deportivo

llamado Luciano Moggi.

La Juventus fue condenada hace unos meses por dopar a sus jugadores, pero ha recurrido la sentencia. El actual director general del club es un antiguo empleado ferroviario, calvo, feo e inteligentísimo, que posee la habilidad suprema de ironizar sobre sí mismo riéndose al mismo tiempo de los demás. «Cuando negocio —dice—, prefiero el puñal; la pistola hace demasiado ruido.» Se trata, obviamente, de Luciano Moggi.

EL HOMBRE IMPASIBLE

LUNES, 28-02-2005

Dino Zoff parece a punto de recitar el monólogo de Kurtz en *El corazón de las tinieblas*: «El horror, el horror...». Es un hombre impassible, correctísimo, con un orgullo frío que se intuye sin verse y con un velo de tristeza sobre los ojos. Siempre fue así. Quizá por genes, quizá por educación, quizá porque nació en la atormentada Gorizia en un momento, el 28 de febrero de 1942, en que la comarca estaba a punto de dejar de ser italiana para convertirse en un reducto nazi-fascista acosado por los partisanos de Tito y escenario de matanzas atroces. El niño Zoff tuvo que contemplar cosas tremendas.

Fue un portero de una especie, la de los *Iríbar* y los *Yashin*, hoy prácticamente extinguida. Tipos altos y secos que situaban una barrera con un arqueado de cejas, que no movían las dos manos si les bastaba con una y que aparecían como por casualidad en la trayectoria del balón. A Zoff no le fue nada mal como futbolista. Ganó unos cuantos títulos con la Juventus, ganó el Campeonato de Europa de selecciones en 1968 y en 1982, a los 40 años, alzó en el estadio Bernabéu el trofeo de campeón del mundo.

Le quedó, sin embargo, una amargura. En el Mundial de México 70, uno de los momentos supremos de la historia del fútbol, le sustituyó Albertosi, que formaba parte del Cagliari de Gigi Riva y parecía más *participativo* que el hombre impassible. También sufrió la bochornosa derrota frente a Haití en Alemania 74. En cualquier caso, cuando se retiró había batido todas las marcas posibles (no encajó ningún gol en partidos internacionales entre septiembre de 1972 y junio de 1974) y figuraba para siempre entre los más grandes.

Era normal que acabara siendo seleccionador. Lo anormal fue lo que ocurrió. Toda la historia acumulada por Zoff se le desplomó encima en la final del Europeo de 2000, Francia-Italia. Los italianos habían mantenido el empate a un gol hasta el minuto 90 frente a la Francia del mejor Zidane y en la prórroga llegó el *gol de oro* de Trezeguet. Mala suerte. Zoff no perdió la compostura en la desgracia, felicitó al rival y se comportó como de costumbre. *Il Cavaliere* Silvio Berlusconi, que carece de las virtudes de Zoff y aquel día tuvo necesidad de demostrarlo, hizo unas declaraciones furibundas contra aquel seleccionador «aficionado» que no había sabido «frenar» a Zidane. Zoff, dijo Berlusconi, era «una vergüenza».

Esas cosas no se le dicen a Zoff. «Me han faltado al respeto como trabajador y no puedo consentirlo», explicó el hombre impassible a la mañana siguiente. Y se fue. Berlusconi, como de costumbre, negó haber dicho lo que había dicho, pero el asunto fue portada de todos los periódicos, incluyendo uno tan ajeno al fútbol como el *Financial Times* de Londres.

La mala suerte persigue a Zoff desde entonces. Hace seis jornadas se hizo cargo de la Fiorentina y sufrió cinco derrotas consecutivas. El sábado, frente al Udinese, el equipo en el que

debutó en 1961, la Fiorentina se adelantó por 2-0. Y entonces se rompió Bojinov, que es, junto a Rooney, el mejor delantero joven europeo, recién fichado al Lecce para dar al equipo la agresividad que le faltaba. Luego, como era de esperar, el Udinese empató y dejó a la Fiorentina a dos puntos del descenso.

El club violeta, que en 2002 descendió por quiebra a la tercera división y en mayo pasado regresó a la máxima categoría, se asoma de nuevo al borde del abismo. Y con la Fiorentina está Zoff, que justamente hoy cumple 62 años, con la impasibilidad de siempre y esos ojos que parecen haber visto de cerca el horror.

IMPUNIDAD

LUNES, 07-03-2005

El sábado había un chaval dolorido en la tribuna del estadio Olímpico. Se llama Filippo Calipari, tiene 13 años y es hijo del agente secreto muerto el viernes en Bagdad, por disparos estadounidenses, cuando protegía con su cuerpo a una rehén recién liberada.

A Filippo, que no debía de tener conciencia todavía de su orfandad y que, a sólo 24 horas de la terrible noticia, necesitaba un momento de olvido y una pequeña alegría, su querida Roma y su —es de suponer, siendo romanista— detestada Juventus le ofrecieron un espectáculo horrendo: la habitual carnicería previa —cuatro heridos por arma blanca a las puertas del campo—, faltas, golpes, provocaciones y sólo algún instante de algo que, desde un punto de vista forense, podría ser calificado, a falta de una mejor definición, de fútbol.

Quizá Filippo tenía ya la intuición de que los soldados norteamericanos que dispararon primero y preguntaron después, casi tan jóvenes como él mismo, jamás responderían por ello. Son las leyes de la guerra. No se desmoraliza a la tropa por un pequeño incidente colateral. Cualquier acción en caliente queda para siempre impune.

Si Filippo pensó en algo tan terrible, acaso estableció un paralelismo con lo que ocurría sobre el césped: la Juventus venció con dos goles que no debían haber subido al marcador —aunque le anularon uno que sí era legal—. Cualquier romanista podía sospechar que el árbitro Racalbuto y sus asistentes llevaban una camiseta a franjas blanquinegras bajo el uniforme amarillo.

Pero no. Racalbuto es sólo un mal árbitro, muy malo, desde siempre, y los jugadores de ambos bandos se lo pusieron muy difícil. Racalbuto se equivocó y basta.

Si Filippo quisiera ahondar en los misterios de la impunidad, debería preguntar a los políticos que le representan en el Parlamento italiano. Esos mismos que ayer desfilaban cariacontecidos ante el féretro de su padre.

Podría empezar por el honorable diputado Salvatore Buglio (Demócratas de Izquierda), que el jueves pidió una investigación parlamentaria sobre el fiscal Guariniello y el juez Casalbore, responsables de haber condenado a la Juventus por dopar a sus jugadores entre 1994 y 1998.

También debería charlar con el honorable Maurizio Paniz (Forza Italia), que secundó la petición.

Los dos honorables tendrían ocasión de explicarle, como ya hicieron en la Cámara de Diputados, que la Juventus está por encima de la ley «porque es un nombre conocido en todo el mundo y arruinar su imagen es arruinar la imagen de Italia». Ese fiscal y ese juez, por tanto, culpables del delito de lesa patria, deben ser acosados y forzados a buscar otro oficio.

A Filippo le convendría también charlar con los honorables Zanetti, Sanza, Galtaldi y Napoli (Forza Italia), Ruggeri (La Margarita), Gallo (Alianza Nacional), Rossi (Liga Norte), Zunino

(Demócratas de Izquierda) y Belillo y Nessi (Comunistas Italianos), que firmaron una moción dirigida al ministro de Cultura y Deportes en la que reclamaban que se cerrara de inmediato un expediente abierto por el Comité Olímpico y la Federación de Fútbol. El expediente debe concluir si han de ser devueltos los muchos títulos obtenidos por la Juventus drogada con EPO. ¡Les a patria!

Resulta fácilmente deducible que todos los diputados citados anteriormente son juventinos. Y grandes patriotas, aunque su esfuerzo fuera vano: el presidente de la Cámara rechazó ambas iniciativas en nombre de la independencia judicial. El ministro de Justicia, Castelli, no se enredó en principios legales: «Que me dejen tranquilo —dijo—; yo soy milanista».

Así, Filippo, se forja la impunidad: en nombre de grandes ideales que esconden intereses particulares y mezquinos. Nunca sabrás del todo por qué murió tu padre. Pero no te será difícil descubrir por qué en Italia pasa lo que pasa.

UNA JORNADA SOBRENATURAL

LUNES, 11-04-2005

Pocos partidos de fútbol tienen como exordio una invocación a la paz efectuada por un Papa difunto. Tampoco son muchos los estadios que saludan la entrada del presidente en el palco al grito de «Duce, Duce». Ni abundan las aficiones que animan a su equipo con la canción *Bandera roja* y vivas al socialismo. Son rarezas que ocurren cuando se enfrentan la SS Lazio, club decano de Roma, fundado por el suboficial de Infantería Luigi Bigiarelli y simbolizado por un águila (en el ventenio mussoliniano también lucía en el escudo los símbolos fascistas, luego los quitaron porque no era plan); y el AS Livorno, club portuario y obrero de la Toscana, caracterizado por una afición que enarbola retratos del Che Guevara y celebra los goles puño en alto.

Los Lazio-Livorno suelen acabar en escabechina. Pero la idea de proyectar en el marcador electrónico imágenes de Juan Pablo II hablando de la paz fue mano de santo. No hubo mucha más bronca callejera que en cualquier otro partido en el estadio Olímpico: el reglamentario apedreamiento de la policía, los tradicionales gases lacrimógenos y el ritualizado intercambio de palos entre antidisturbios y muchachada lazial. En fin, lo mínimo. Los peritos milagristas del Vaticano deberían tomar nota, porque la ausencia de víctimas en Roma no fue el único elemento extraordinario de una jornada que pareció tocada por lo sobrenatural.

Era la jornada 30, la que debía disputarse el pasado fin de semana y quedó suspendida por la muerte del Papa. Partía ya, por tanto, con un aleteo celestial. Luego se acumularon otras muchas peculiaridades. Demasiadas. No pudo ser casualidad.

Primera: la Fiorentina y la Juventus empataron a tres, con un juego vibrante y emocionantes alternativas. La Vieja Señora, célebre por su usura, se comportó como si fuera el juvenil del Ajax, jugó y dejó jugar y encajó tres tantos por primera vez en lo que va de temporada. El corazón de Fabio Capello sobrevivió al disgusto de los goles y el buen juego.

Segunda: el Inter ganó fuera de casa y además tuvo suerte, una conjunción que sólo suele darse cuando el cometa Halley pasa sobre la curva norte de San Siro en año bisiesto.

Tercera: Udinese y Roma fabricaron otro 3-3 de ensueño, algo parecido a un derbi inglés que enfrentara al Brasil de Pelé con la Holanda de Cruyff (permítase la exageración sensacionalista), y Cassano, el *curroromero* del *calcio*, tuvo una de esas tardes de gloria que justifican que todavía nadie le haya estrangulado en cualquiera de las otras tardes. Bruno Conti, el técnico romanista, contribuyó a la sobrenaturalidad del hecho haciendo debutar a tres chavales de 17 años.

Cuarta: Rui Costa regaló al Milan un gol imposible, un beso a la escuadra desde una esquina del área. Los comentaristas aseguraron que tardaría en verse una cosa igual. Se tardó lo que tardó Taddei, del Siena, en colocarse en la misma esquina derecha y en marcarle al Lecce un gol idéntico al de Rui Costa.

Quinta: fue una jornada de 33 goles, 3,3 por partido, un frenesí de marcadores que debió de poner de los nervios a los puristas del *calcio*, para los que sólo un immaculado empate a cero refleja un encuentro en el que ambos equipos juegan a la perfección; consideran, por tanto, que los tanteos abultados son síntoma de relajación, desestructuración familiar, laicidad y procaz iluminismo.

Los abogados del diablo dirán que todo esto no es tan extraño, porque no ven mucho fútbol italiano. Pero algo de milagro hubo, seguro.

TARDE DE TREGUA

LUNES, 18-04-2005

Los apartamentos papales estaban vacíos y sellados, el despacho de Berlusconi podía quedar desocupado en cualquier momento y los fascistas futboleros no incendiaron los estadios. Qué plácido domingo italiano, el de ayer. La momentánea paz del fútbol, después de tanta violencia y tanto bochorno, no se quebró ni en el derbi toscano, que dejó a los *comunistas* del Livorno en mitad de la tabla y a la Fiorentina resbalando de regreso a segunda, ni con la derrota en casa de la Roma ante la Reggina.

La primera jornada de *tolerancia cero* en el *calcio* movilizó una tremenda cantidad de policía. Y ofreció noticias sensacionales. Como el procesamiento (con libertad condicional) del célebre Matteo Saronni, el carpintero interista de 26 años que cuatro temporadas atrás arrojó un ciclomotor desde la grada de San Siro y el miércoles, durante el penoso derbi europeo Inter-Milan, se hartó de lanzar bengalas. La lógica judicial no quedó clara. ¿Era peor tirar una bengala que tirar una moto? ¿Había cambiado la ley entre 2001 y 2005? ¿Era la mecha el elemento delictivo? ¿Podrá Saronni lanzar un Fiat Panda cuando vuelva al estadio?

En el Olímpico de Roma, los espectadores tuvieron que pasar dos, tres, cuatro o hasta cinco controles. Y, al menos al principio, la cosa se afrontó con buen humor y con mucho *ahó*, la interjección arquetípicamente romana. «¡Ahó, escíbeme cuando llegues!», le gritó uno a su compañero, que iba ya un par de controles por delante. «Ahó, no me han pillado las lentillas de contacto. En cuanto empiece el partido, las tiro al campo», le susurró otro a un amigo. Los registros se hacían a fondo: gorros, bufandas, banderas... «Ahó, perdone la inexperiencia, señor policía; es mi primera visita a Bagdad», comentó alguien con cierto sarcasmo.

Ya dentro, en la grada, el ambiente era más oscuro. Un reportero del diario *La Repubblica* enviado al corazón de la curva violenta se sorprendió por las cantidades industriales de porros que se consumían y la escasa atención que se prestaba al partido. Todo eran coros contra la policía (los *sbirri*) y contra Cassano (definitivamente caído en desgracia), canciones sobre heroicas batallas campales y planes para otras jornadas con menos vigilancia. La nueva normativa antiviolencia, que preveía la suspensión del encuentro y la derrota local por 3-0 en cuanto cayera una bengala sobre el césped, excitaba miles de imaginaciones: bastaba esperar al próximo partido de la Lazio, colarse en el Olímpico con un cohete y arrojarlo sobre el portero para hundir al *enemigo* en la miseria.

Todo indicaba que la tarde de calma no suponía paz, sino tregua, y breve.

Una lástima, porque el *calcio* seguía deparando instantes hermosos. Como el segundo gol de Lucarelli, el tótem del Livorno; o los ocho goles, uno anulado, marcados en Turín (en el paraíso todos los equipos son entrenados por Zeman y juegan sin defensa); o la rabia de Calderoni, el

portero del Atalanta, que en el último minuto del derbi con el Brescia, y con un 0-0 en el marcador, paró un penalti que hubo que repetir porque sus compañeros pisaron el área antes de tiempo (el segundo entró).

Veremos qué pasa en lo que queda de temporada. Italia, en cualquier caso, es sabia y saldrá del paso. Sabe manejar a los fascistas. Nótese que desde hace años los tiene en el Gobierno, en los estadios y donde haga falta, con tal de que se entretengan y no anden por ahí haciendo lo que mejor se les da: asaltar librerías.

LA TARDE EXTRAORDINARIA DE ALBERTO Y CRISTIANO

LUNES, 02-05-2005

El padre de Alberto Gilardino pensó que el niño estaba predestinado. Nació el 5 de julio de 1982, a la misma hora en que Paolo Rossi marcaba el tercero de sus goles y daba a Italia una inolvidable victoria sobre Brasil. El tiempo vino a dar la razón al señor Gilardino, pero poco a poco, porque Alberto no fue un fenómeno como futbolista adolescente. Se hizo profesional a los 17 años y en su primera temporada, con el Piacenza, anotó tres tantos; tuvo un paso discreto por el Helias Verona, con cinco goles en dos campañas, y su llegada al Parma, en 2002, proporcionó una modesta renta de cuatro en 24 partidos. El curso pasado reventó las costuras: 23 goles. Es, con Cassano, lo más prometedor del *calcio* y el Milan parece tener ya apalabrada su incorporación dentro de unos meses. Ayer, con 17 tantos en su cuenta y el Parma en situación muy apurada, saltó al césped para disputar un encuentro decisivo contra el Livorno. E hizo algo extraordinario.

El padre de Cristiano Lucarelli, sindicalista portuario, no esperaba nada especial del niño. Que no diera la lata por las noches —el matrimonio y los dos hijos dormían en la misma habitación porque las otras eran para los abuelos y los tíos— y que, como él mismo, fuera fiel al Livorno hasta la muerte. Cristiano tuvo hambre de balón desde pequeño y en 1993, a los 17 años, convertido en un delantero gigantón y voluntarioso, inició una carrera profesional errática y con pocos momentos de gloria. Pasó por el Perugia, el Cosenza, el Padova, el Atalanta, el Valencia, el Lecce y el Torino; y en 2002, harto de vagabundear, decidió que antes de jubilarse debía cumplir el sueño de su vida y llevar su Livorno, el club *comunista* del *calcio*, hasta la primera división. Rechazó el millón de euros al año que le ofrecía el Torino y se quedó con los 500.000 que podía pagarle el Livorno, eligió la camiseta con el número 99, el año de la fundación de su peña, las Brigadas Autónomas Livornesas, y se puso a ello. Consiguió el ascenso y, obviamente, la condición de héroe local. Ayer, con 16 tantos anotados esta temporada y el Livorno en la zona cómoda de la clasificación, Lucarelli no se jugaba más que el honor y un pulso personal con Gilardino. E hizo algo extraordinario.

Alberto Gilardino, *el Bambino de Oro*, marcó en el minuto 3 (1-0). Cristiano Lucarelli, el mercenario redimido, en el 22 (1-1). Y otra vez en el 25 (1-2). En el 27 empató Pisanu (2-2). En el 37, otra vez Gilardino (3-2). En el 47, Pisanu (4-2). Inmediatamente después, penalti en el área del Parma y gol de Lucarelli (4-3). Minuto 72: otra vez Gilardino (5-3).

El Parma parecía a salvo. Gilardino había anotado ya tres veces y cojeaba. Se había acercado al banquillo para pedir el cambio cuando Lucarelli marcó de cabeza su cuarto gol (5-4). Otra vez peligro para el Parma. Gilardino desoyó al técnico, Gedeone Carmignani, que le ordenaba con gestos que abandonara el campo, y volvió a la pelea. En el minuto 85 quebró con un regate seco al portero rival y dejó el marcador en 6-4. Cuatro goles Gilardino, cuatro goles Lucarelli.

Ante Gilardino se dibuja un futuro de éxitos en un equipo importante. Si no va al Milan, en la cola están el Arsenal, la Juventus y el Madrid. Lucarelli, que en octubre cumplirá los 30 años, seguirá en el Livorno y cuando se retire ocupará su puesto en la grada, bajo retratos del Che Guevara y banderas rojas.

Quedará en la memoria el recuerdo de aquel 1º de mayo de 2005 en que, después de marcar cuatro goles cada uno, Gilardino y Lucarelli se dieron la mano en Parma.

LAS JAURÍAS DE CAPELLO

LUNES, 16-05-2005

Fabio Capello, dicen, tiene fama de sacar de los futbolistas todo lo que pueden dar y un poco más. Les somete a un tratamiento basado en el viejo mecanismo del palo y de la zanahoria con una pequeña aportación personal: el palo se da por supuesto y la zanahoria es sólo una dulce posibilidad, una esperanza que permite resistir el castigo. Cuando Capello llega a un club y asume la función de macho alfa, no queda espacio para otros ejemplares dominantes: la plantilla se convierte en una jauría de cimarrones hecha para perseguir y morder a la orden del jefe.

Es cierto que Capello siempre saca de sus patrones lo que quiere. Cuando una noche del pasado verano huyó de Roma para hacerse con la Juventus, obtuvo de los Agnelli y de Luciano Moggi un mastín inteligente como Emerson, un dogo como Ibrahimovic y un boxero curtido como Cannavaro: los colmillos que hacían falta para que el grupo de Turín fuera realmente temible. Los refuerzos, sin embargo, no bastan para explicar los resultados de Capello, porque ha sacado un gran rendimiento de gente tan discreta como Olivera y Zalayeta. El truco está en el poder. Capello piensa y manda. Los demás actúan.

La Vieja Señora turinesa, tan achacosa en la última temporada, parece ahora una culturista búlgara: no es guapa ni distinguida, se mueve con la gracia de un tractor, tal vez no sea ni señora, pero no hay quien se pase un pelo con ella. Tras el empate del Milan en Lecce y la victoria fácil de la Juventus ante el Parma, la banda de Capello goza de una ventaja de cinco puntos a falta de dos partidos. El campeonato italiano está listo. En la imponente vitrina blanquinegra, con 27 Ligas, dos Copas de Europa, tres Copas de la UEFA, una Recopa y dos Intercontinentales, ya han hecho lugar para el *scudetto* tricolor número 28.

De Capello dicen también que, cuando se va, deja atrás una jauría exhausta, resabiada y rabiosa. Debe de ser verdad. No hay más que echar un vistazo a la Roma, que ganó el título en 2001 y en la temporada pasada disputó el triunfo al Milan hasta el final con gestas como el vapuleo a la Juventus (4-1 en una exhibición suprema de Totti) y momentos de una brillantez furiosa, enloquecida. La Roma, ahora, está a tres puntos del descenso. Ayer disputó el derbi frente a la Lazio y sólo fabricó una ocasión, a los 28 segundos de juego. Debió de ser un error porque los dos rivales romanos se limitaron a pasear, tomar el sol y renquear como podencos viejos. El público silbó lo que tenía todas las trazas de un tongo, un empate a cero que acercaba a la Lazio a la tranquilidad y demoraba la catástrofe que desde hace semanas amenaza a la Roma. La grada intentó espolearles por la vía de la humillación, llamándoles *buffoni*, payasos (de lo peor que se puede decir en Italia, el país en el que mostrar una *bella figura* es tan esencial como respirar), pero la jauría que Capello exprimió durante años no daba para más.

La Roma, tan nerviosa y consumida, tiene por delante dos adversarios muy peligrosos. Son el

Atalanta y el Brescia, que, como la Roma, van por ahí con el pellejo roído por las garrapatas y necesitan un milagro para no descender. El Atalanta, que en diciembre era dado por muerto, ha resistido sin desplomarse y aún es capaz de morder. Ayer empató a domicilio con la Fiorentina, otro saco de pulgas. Jugárselo todo en la última jornada con el Brescia, que ayer venció en casa del Bologna, será como robarle el hueso a un rottweiler: a veces se consigue, pero es más normal dejarse el brazo en el intento.

Son días de angustia en Roma y de miel en Turín. Los romanistas ya conocen el sabor de la resaca después de los paroxismos capellianos. Habrá que ver la Juventus que dejará el gran dictador del *calcio* cuando, ganado lo ganado, se marche en busca de carne joven.

SOLDADOS

LUNES, 23-05-2005

Mucho antes de que se inventaran el *catenaccio*, el libero, la defensa de tres que es de cinco y el doble pivote, en el *calcio* existía ya la más antigua de las disposiciones tácticas italianas: el 10+1. Diez que juegan al fútbol, y otro que también, pero no del todo. Quien ejerce de *más uno* suele ser bajito, feo y peleón, siente más amor por los colores que el hincha más fanático del gol sur y cumple hasta la última gota de sudor las órdenes del técnico; en su caso, el talento para entenderse con el balón no resulta imprescindible: las suyas son virtudes militares. El 10+1 mantiene su vigencia y para demostrarlo ahí están Gattuso, un titular del Milan por el que ningún club en sus cabales ofrecería dinero, o el viejo Pessotto juventino. Son tipos que no aportan fútbol, sino carácter.

El mejor *más uno* de los últimos veinte años se llama Angelo di Livio y los memoriosos tal vez recuerden que en la final de la Copa de Europa de 1998, Juventus-Real Madrid, fue sustituido a mitad de encuentro por Tacchinardi. Por entonces tenía ya 32 años y estaba a punto de cerrar una carrera de cinco años en las filas de la Vieja Señora. Su currículum dibujaba el perfil del perfecto gregario. Nació en Roma en 1966 y a los 15 años era el chaval más valorado en el equipo de su barrio, la Polisportiva Bufalotta; la Roma le contrató, pero ningún entrenador se atrevió a hacerle debutar y después de cuatro temporadas en blanco fue cedido a la Reggiana, al Nocerina, al Perugia y al Padova. En 1993, ya tenía 27 años, Trapattoni le llevó a la Juventus. Esa fue la gran época de Di Livio: lo ganó todo al lado de los Zidane y Del Piero y alcanzó la internacionalidad. Y el apodo de Soldadito.

Cuando la Juventus le despidió, en 1998, la Fiorentina le acogió con los brazos abiertos. Soldadito jugaba de *más uno*, pero sabía pasar un balón y en el centro del campo, ese sitio donde todo queda lejos, cumplía estupendamente. El club de Florencia aún era el de Batistuta y ganaba títulos. En 2001, sin embargo, sobrevino la catástrofe. El Fiorentina fue liquidado por deudas y refundado, como Fiorentina Viola, en tercera B. Todos los jugadores, por supuesto, recibieron la carta de libertad y se largaron. ¿Todos? No, se quedó uno. Soldadito aceptó un salario de regional y asumió un papel insólito para un *más uno*: el de jefe. Acompañó la resurrección de la Fiorentina en las tres temporadas de ascensos agónicos que devolvieron el club a la Serie A, mantuvo la internacionalidad (Trapattoni le llevó al Mundial de 2002) y, con la misión cumplida y 38 años en las piernas, se le ofreció un puesto en el cuadro técnico florentino. Soldadito dijo que no, que prefería seguir trabajando como *más uno*.

La Fiorentina ha tenido un retorno desgraciado a la categoría máxima. Ayer acudió al Olímpico como antepenúltimo de la tabla, para jugarse media vida frente a una Lazio también en peligro de descenso. Era uno de esos partidos en los que hace mucha falta el *más uno* y ahí estaba

Soldadito Di Livio, casi cuarentón, para cumplir órdenes. Con el marcador 1-1 ocurrió un desastre: un remate florentino a puerta vacía, un paradón con la mano del defensor *laziale* Zauri y un tremendo error del árbitro, que no vio nada. Ni penalti, ni expulsión. La cosa acabó en empate. A la Fiorentina le haría falta un milagro para salvarse en la última jornada.

El general McArthur decía que los viejos soldados no mueren, sino que se desvanecen en la lejanía. La frase vale para *Soldadito* Di Livio, cuya última batalla, la del domingo próximo, está casi perdida.

DOS FINALES FELICES

LUNES, 30-05-2005

Andrea Galliani debe de añorar muy poco su antiguo oficio de antenista. Ha pasado mucho tiempo desde que Silvio Berlusconi le contrató para que instalara los repetidores de sus primeras televisiones locales; Galliani es hoy millonario, hombre de confianza de Il Cavaliere y vicepresidente ejecutivo del Milan. También es presidente de la Liga Profesional y, como tal, se vio ayer obligado a acudir al estadio de los Alpes para entregar a la Juventus la copa de campeón 2004-2005. En ese momento sí habría preferido seguramente seguir siendo un anónimo antenista. La grada le gritó de todo y más. Los insultos rebotan sobre el pellejo de los paquidermos del fútbol, pero la burla duele, y en ese terreno la afición juventina se empleó a fondo.

Miles de banderas del Liverpool flameaban entre el público, que coreaba hasta la afonía «Forza Liverpool» y, evocando el clamor del funeral de Juan Pablo II, exigía la canonización inmediata del portero del equipo británico con el grito «Dudek, santo subito». Una pancarta en la Curva Scirea sacaba jugo de aquellos tres goles consecutivos que hundieron al Milan en Estambul y reducía a los de Berlusconi a la humilde condición de macarrones: «Milan, tiempo de cocción: seis minutos». Y el pobre Galliani allí abajo, sombrío, más Nosferatu que nunca, dando a la Juventus la copa por el triunfo liguero y tragando sapos.

Toda esa alegría por el éxito propio y la desgracia ajena sirvió para un buen fin. Ayer, justamente ayer, se cumplieron veinte años de la tragedia de Heysel, aquella final europea en la que 39 *tifosi* juventinos perdieron la vida a raíz de una carga de *hooligans* británicos. ¿Quién podía haber previsto una conmemoración turinesa con vítores al Liverpool? El buen comportamiento de las dos aficiones en los cuartos de final ya había sellado la paz. Y la humillación infligida por la gente del Mersey al Milan fue interpretada por los juventinos como un signo de fraternidad eterna. Los Diablos Rojos y la Vieja Señora caminan hacia el futuro cogiditos de la mano y riéndose de Galliani.

Otras explosiones de jolgorio fueron menos sarcásticas que la de Turín. El grito de Florencia no salió de la garganta, sino de las visceras. La Fiorentina llegó antepenúltima a la jornada final, castigada por su propia incompetencia y por un tremendo error arbitral que el domingo anterior le privó de la victoria. Enfrente tenía al Brescia, penúltimo. Era un partido a vida o muerte, del que el Brescia salió con los pies por delante para acompañar a segunda al Atalanta y al futuro vencedor del desempate entre Bologna y Parma.

La afición florentina, descontenta con el equipo, optó por dedicar una pancarta gigantesca a Angelo di Livio, el fiel Soldadito, que, a sus 39 años, después de haber vestido el color violeta durante todo el ascenso desde los abismos de la regional y de haber luchado más que nadie por no recaer en segunda, meditaba la posibilidad de jubilarse de una vez. «Gracias, capitán; serás

siempre uno de nosotros», decía la pancarta.

Cuando la Fiorentina marcó su tercer gol y la permanencia quedó asegurada, Di Livio fue sustituido y sacado a hombros del terreno de juego por sus compañeros mientras 45.000 personas puestas en pie le aclamaban. La mayoría de los finales son menos hermosos.

2005-2006

La temporada de las grandes convulsiones comenzó con la dimisión de Antonio Fazio, gobernador del Banco de Italia, acusado de favorecer ilegalmente a un grupo de financieros corruptos. A principios de 2006 se supo que la Fiscalía de Nápoles investigaba la sociedad General Athletics (GEA), a través de la que el director general de la Juventus, Luciano Moggi, ejercía como representante de numerosos futbolistas y entrenadores. La policía grabó conversaciones telefónicas en las que resultaba evidente que Moggi, el hombre más astuto del *calcio*, manipulaba la Federación y las asociaciones arbitrales. Las conversaciones fueron filtradas a la prensa y estalló un escándalo monumental.

A falta de los procesos penales, la justicia deportiva condenó a la Juventus a descender a la Serie B con una penalización de 30 puntos (luego reducida a nueve), más la pérdida de los títulos de 2005 y 2006. Milan, Lazio, Fiorentina y Reggina, las otras sociedades implicadas en los manejos de Moggi, mantuvieron la categoría pero sufrieron penalizaciones. Dimitieron los máximos dirigentes federativos y arbitrales y la familia Agnelli renovó la junta de la Juventus. Tras las condenas, el *scudetto* fue atribuido al Inter, seguido de Roma, Milan y Chievo.

Entre tanto, otro vuelco: Silvio Berlusconi perdió las elecciones y el centro-izquierda de Romano Prodi accedió al Gobierno.

La selección italiana llegó al Mundial de Alemania en las peores condiciones posibles. Italia, lógicamente, fue campeona del mundo. Cannavaro, traspasado por la Juventus al Real Madrid, ganó el Balón de Oro.

LA LIGA MÁS DEMENCIAL

LUNES, 29-08-2005

Ha concluido el verano en la Liga más demencial del planeta. Resumen de lo acontecido:

El Génova, un histórico del *calcio*, celebró en junio el ascenso y acto seguido fue condenado a seguir penando en los abismos, por amañar un partido con el Venezia; los aficionados, como es de ley, incendiaron la ciudad. El Torino, otro histórico, fue también enviado a las mazmorras clasificatorias por falsificación grosera de balances; los aficionados intentaron linchar al propietario después de incendiar la ciudad. La Lazio, con una deuda fiscal de 23 millones de euros, fue perdonada: a nadie le pareció buena idea que los laziales incendiaran Roma. El Treviso y el Ascoli fueron ascendidos por orden administrativa. El presidente de la Federación fue sometido a una investigación policial (aún en curso) por favorecer a la Reggina frente a la Salernitana.

Sigamos. El mejor árbitro del mundo, Pierluigi Collina, fue dispensado de la obligación de retirarse a los 45 para que siguiera dirigiendo grandes partidos otra temporada; luego, tras pensarlo 10 minutos, la autoridad competente le relegó a la división B por compartir patrocinador (Opel) con el Milan. La UEFA impuso a la Roma la prohibición de comprar o vender jugadores hasta el año próximo, pero un tribunal italiano levantó la sanción y no pasó nada. En la división B fueron clausurados ocho estadios por incumplir las normas de seguridad y varios alcaldes, como el de Brescia, prohibieron que se disputaran partidos el sábado como ordenaba la Federación: el sábado, dijeron, es día de mercado; todo el mundo simuló entender el razonamiento.

Mientras se desarrollaban todos esos ritos tradicionales de pretemporada, ocurrió algo que heló la sangre al mundillo del *calcio*: Massimo Moratti, propietario del Inter y cabecita loca del *calcio*, el hombre que cambió a Roberto Carlos por Pistone, malvendió a Simeone y renunció a contratar a Zidane porque le pareció «innecesario», tuvo un momento de debilidad e hizo un buen fichaje. Intentó disimularlo quedándose a la vez con unos cuantos saldos del Real Madrid, pero no tardó en descubrirse que había comprado también a Pizarro, la joya chilena del Udinese. Con Adriano, Pizarro en el medio centro y Cambiasso (ese que no quiso Florentino) en todas partes, el Inter (que alineó a Figo, pero no a Solari) empezó a parecer un equipo. Adriano marcó ayer sus primeros tres goles. Los interistas, acostumbrados al fracaso, esperaban una desgracia inminente.

Moratti, además, pagó seis millones de euros a Vieri con tal de que se largara. Vieri fue contratado por el Milan y lo celebró con una botella de champán de 16.000 euros. La incorporación de Vieri (está mal decirlo, pero Vieri trae desgracia) hizo caer la cotización milanista en las casas de apuestas, y ayer el Milan no pasó del empate con el milagrosamente ascendido Ascoli. La Juventus, con Ibrahimovic, Emerson y Vieira, arrancó la temporada como principal aspirante al título.

Y en Livorno, la *ciudad roja* de la Toscana, la gente agradecía al cielo una de esas lecciones que le enseñan a uno lo que es la vida. Lucarelli, el hombre que con una frase célebre («tenetevi il miliardo») renunció al dineral que le ofrecían varios clubes y aceptó un sueldo normalito para cumplir el sueño de jugar en su amado Livorno, fue máximo goleador de la pasada temporada y volvió a marcar el sábado. Fue el primer gol, y seguramente el último porque el club quiere vender al héroe. La vida es así, amiguitos. Incluso en Livorno.

EL REFUGIO DE MESSINA

LUNES, 12-09-2005

No hay en Italia, ahora mismo, estadios como los de Sicilia. Rugen, sufren y gozan más que los otros. El San Paolo de Nápoles tiene un carácter similar, pero, con el equipo en tercera, pesa sobre la grada la sombra de un luto. Palermo y Messina, en cambio, viven los mejores momentos de su historia. El Palermo le dio el sábado un baño al lujoso Inter y el Messina remontó ayer un 0-2 y empató con la Fiorentina de Prandelli, un equipo elegante y prometedor.

El fútbol siciliano nunca lo ha tenido fácil. El grito feroz, «¡Terroni!», con que se acoge en los estadios del norte a los equipos del sur, se complementa en su caso con inevitables invocaciones a la mafia y a la tradición sangrienta de la isla. Claro que hay mafia en Sicilia. Mucha y aparentemente eterna. Y a los mafiosos les gusta el fútbol. Claro que les gusta.

Que se lo pregunten a Giuseppe Morabito di Africa, uno de los grandes *capos* de la mafia calabresa. Morabito fue perseguido por los *carabinieri* durante doce años, sin éxito. Se sabía que su refugio estaba en la zona del Aspromonte, pero no había forma de localizarlo. Hasta que un policía listo ató cabos. El nieto preferido del jefe mafioso, un chaval llamado Giuseppe Sculli, jugaba bien al fútbol y formaba parte de la selección italiana sub-21. ¿Cómo podía Morabito, un apasionado del fútbol, resistir la tentación de asistir a los partidos del muchacho? De forma discreta, varios agentes se hicieron seguidores fieles de Sculli y de su equipo, el Verona. Y la cosa funcionó. Morabito fue identificado entre el público y detenido el 18 de febrero del año pasado. A su nieto, joven promesa del *calcio*, se le vino el mundo encima: un abuelo es un abuelo, aunque se dedique a la extorsión y el asesinato.

La Juventus, que acababa de fichar a Sculli, se encontró de pronto con un jugador deprimido y casi inservible. ¿Qué se puede hacer con un futbolista en estas circunstancias? Enviarle a Messina, porque allí tienen ya experiencia en estas cosas. Sculli, un delantero finísimo, se ha incorporado esta temporada al equipo local. A sus espaldas tiene un centrocampista casi de su edad, Gaetano d'Agostino, con más complicaciones familiares que las del propio Giuseppe Sculli.

El centrocampista es hijo de Giuseppe d'Agostino, un *arrepentido* de la Cosa Nostra que colaboró con los fiscales antimafia y sobre el que pesa, por tanto, la condena a muerte de sus antiguos colegas. Las condenas mafiosas se extienden a la familia inmediata. Eso obligó al hijo futbolista a dejar Sicilia e instalarse en la capital, donde a la policía le resultaba más fácil protegerle. La Roma le contrató, pero no es fácil jugar con soltura cuando debes entrenarte solo, con una escolta permanente y con miedo a que detrás de la próxima esquina te espere un sicario para arreglar cuentas. D'Agostino no hizo nada en Roma. A mitad de la pasada temporada le llamaron del Messina, y no dudó. Regresó a la isla, convencido de que el calor de los aficionados constituía la mejor protección, y en pocas semanas alcanzó la titularidad. Volvió a jugar

estupendamente. Como Sculli ahora.

Nunca se sabe cómo acaban estas historias. Por ahora, todo va bien. El público del estadio San Filippo les mima y los dos *refugiados*, el nieto del mafioso y el hijo del *arrepentido*, gozan con el balón. Seguiremos informando.

LAS RAZONES DEL ÉXITO

LUNES, 26-09-2005

En la guerra cultural planetaria, el fútbol es el producto europeo con más éxito. Estados Unidos no ha conseguido exportar ni el béisbol ni la versión del rugby que allí llaman *football*. El balón jugado con los pies, en cambio, rueda por los descampados suramericanos, por las calles africanas y por las esquinas de Asia. El invento británico no dejó de crecer durante el siglo xx y sigue expandiéndose en el xxi sin que las razones aparezcan del todo claras.

¿Es por la brillantez del juego? Esa respuesta se desploma a los pies de cualquiera que vea fútbol con cierta regularidad. El juego en sí sólo tiene el mérito del espacio abierto conjugado con la ocasional emoción en las áreas. ¿Es porque cada vez se juega mejor? Sigán con atención un partido normal de cualquier liga normal, la japonesa, la colombiana o la polaca, y comprueben lo que da de sí. ¿Es por el brillo del césped? ¿Por el talento de los grandes futbolistas?

Un par de economistas, Stefan Szymanski y Andrew Zimbalist, han publicado un libro titulado *National pastime* (Pasatiempo nacional) en el que comparan la organización administrativa del béisbol y el fútbol y sugieren una posible respuesta.

El béisbol, como todos los deportes estadounidenses, se organiza sobre un sistema limitado de franquicias. Los clubes pueden cambiar de ciudad, pero son siempre los mismos. No hay ascensos ni descensos, se regula el mercado de fichajes de forma que favorezca a los débiles y se limitan tanto los sueldos de los jugadores como el presupuesto de los clubes. El resultado, en teoría, es una competición casi perfecta.

El fútbol, en cambio, se mueve en el caos. Cuando una junta directiva se fija el objetivo de ascender de categoría gasta todo lo que puede y lo que no puede en fichajes; si el equipo no logra ascender, no mejoran los ingresos y todo ese gasto, convertido en deuda, supone un paso hacia la quiebra. Aunque todo depende al final del juego y de los marcadores, las grandes instituciones disponen de un margen de ventaja: su importancia social las hace en la práctica inmunes al colapso económico. Pueden gastar y gastar y son cada día más fuertes frente a una *clase media* proletarizada ante el carísimo envite de los torneos continentales. El resultado, en teoría, es una competición desigual, previsible, imperfecta.

¿Saben qué sugieren Szymanski y Zimbalist? Que la gracia del fútbol está justamente ahí. La Juventus tiene que ganar al Parma y gana; el Milan tiene que ganar al Treviso y gana. Pero no siempre. La fluidez de la escala futbolística permite que un club de un barrio de Verona, el Chievo, pueda medirse hoy con las superpotencias. Cualquier otro club de barrio, en Ucrania o México, tiene derecho a soñar en unos cuantos años mágicos, en una escalada desde las categorías regionales hasta la primera división y en una fabulosa victoria internacional. ¿Por qué no? El truco es ése. El fútbol acoge todas las pasiones personales, sociales y nacionales porque en él nada es

imposible. Llevado al extremo, resulta que el éxito del fútbol tiene más que ver con las normas federativas de ascensos y descensos que con la inspiración de Kaká.

Todo el mundo sabe que el Livorno no puede ganar la Liga. De momento, sin embargo, ese pequeño club de provincias ha decidido no vender a su héroe, Lucarelli, y está ahí, a rebufo de la Juventus. Tras toda una vida en la oscuridad, disfruta de una época dorada. Quizás efímera, pero real. Olvídense de la belleza, del desmarque y del toque prodigioso. Lo que cuenta es otra cosa. El fútbol, como el halcón maltés, es del material con que se fabrican los sueños.

LOS DEFENSAS DE CAMPO DEI FIORI

LUNES, 03-10-2005

La plaza de Campo dei Fiori contiene el alma de Roma. Campo, donde la Inquisición quemó en la pira al monje-filósofo Giordano Bruno, es una de las pocas plazas romanas sin ninguna iglesia y sin ningún obelisco. La tradición del lugar es laica y un poco golfa: por la mañana aloja un mercado de verduras al aire libre, por la tarde propicia el paseo, por la noche se llena de bares y de ruido.

Cuando cierran los bares, ya de madrugada, no es extraño que alguien arroje al aire un balón. En cuanto asoma el cuero (o la bolsa llena de papeles, da igual) los antidisturbios se ponen el casco con un gesto desganado y se colocan en sus puestos: la rutina es bien conocida. Antes de que comience la carga policial y de que se rompan las primeras litronas (la coreografía está muy ensayada, no falla nunca), se permite que el balón ruede por la plaza y que se celebre el breve partidillo ritual que enfrenta a dos equipos arbitrarios (cada uno chuta hacia donde quiere) y sobradísimos de gente. Puede haber cien o doscientas personas involucradas en el juego-mogollón, carente de reglas y objetivos porque no hay porterías, y siempre acaba igual: la policía despeja la zona, hace alguna detención simbólica y los vecinos, con un poco de suerte, consiguen dormir por fin.

Lo fascinante de esa ceremonia ética y deportiva consiste en que siempre hay alguno que se queda atrás, a defender, con toda la atención puesta en cortar cualquier posible contraataque. Portería no hay, marcador tampoco, la juerga dura pocos minutos y el principal objetivo, se supone, consiste en abrirse paso entre la multitud y tocar el balón al menos una vez. Pero la defensa está ahí.

Parece como si el fútbol, en Italia, resultara inconcebible sin marcajes, presión y una defensa muy alerta. Incluso en la juerga de Campo. El *calcio* se paladea de forma distinta al fútbol de otros lugares: la tensión y el esfuerzo son más apreciados que la filigrana y la idea central, por encima del gol, es mantener la propia puerta a cero. Hagan la prueba y miren un partido italiano y luego uno inglés o español: en el segundo encuentro se tiene la impresión de que faltan jugadores, porque hay un montón de espacios libres por ahí: el centro del campo está lleno de aire y de tiempo para pensar. En Italia, el agobio invade hasta el último palmo de hierba.

Marcello, un amigo *romanista* (ayer debió de sufrir mucho en el Olímpico, con la enésima empanada mental de la Roma y la victoria del Siena), sostiene que las razones del defensivismo futbolístico italiano tienen raíces históricas. Durante unos quince siglos, casi hasta el xx, la península Itálica ha sido un no parar de invasiones y ocupaciones (desde los godos hasta los austrohúngaros, pasando por normandos, árabes, españoles, franceses y alemanes varios) y eso, según él, ha grabado en la memoria colectiva la necesidad de atrincherarse, resistir y buscar el

golillo al contragolpe.

Es posible. El *calcio*, en cualquier caso, es un fútbol aparte. Esta temporada no hay ningún entrenador extranjero en la Serie A, una circunstancia única en las grandes ligas europeas. Tampoco existen en otros países defensores como Maldini, que ayer, a los 37 años, jugó un partidazo y marcó dos goles. Es extraño, pero con el tiempo, y sin saber por qué, uno acaba entregando el corazón al fútbol italiano. Y entendiendo a esos juerguistas de Campo que se alejan del gran barullo y se quedan atrás, con la mirada fija en el balón, cubriendo su zona, por si acaso.

EL EQUIPO DEL BARRIO

LUNES, 24-10-2005

La cabeza de la clasificación de la Serie A suele ser tan previsible como una ensalada ilustrada: Juventus, Milan e Inter, rey, caballo y sota del *calcio*, como casi siempre. Justo detrás, Fiorentina: era de esperar, dado que los nuevos propietarios, los De la Valle, no querían revivir las angustias del curso pasado y contrataron a un ariete estupendo (Toni), a un buen técnico (Prandelli) y a unos cuantos gregarios finos. Lo insólito es lo que viene luego. En el pelotón de los aspirantes a arañar una competición europea está el Chievo, uno de los más curiosos fenómenos futbolísticos de este hemisferio.

Chievo no es una ciudad. Es un barrio periférico de Verona, una urbe mediana del noreste italiano. Para entendernos, hablamos de 2.500 habitantes en un área unas veinte veces más pequeña que Getafe y cien veces menos divertida. La gente va a Verona por el lago Como, por los espectáculos de la Arena o para enternecerse con la tragedia de Romeo y Julieta. No se conocen corrientes turísticas hacia el estadio del Chievo, que, sin embargo, está casi al lado de la estación de ferrocarril. El Chievo es un prodigio surgido de cuatro calles y del entusiasmo de un sacerdote. Y, aunque su historia arranca de lejos, seguía siendo un club de aficionados cuando, en 1982, Italia ganó su última Copa del Mundo.

La primera imagen del Chievo es de 1929: unos cuantos entusiastas del barrio disputan el primer partido de fútbol en un campo que no es una pradera, sino un descampado lleno de arbustos, con el centro del terreno marcado por unos matorrales de singular altura. La segunda imagen, de 1931, corresponde al primer encuentro oficial. Uno de los jugadores del Chievo luce una redcilla en la cabeza con el fin de no estropearse el peinado.

Las demás secuencias son igualmente modestas. En 1948 las penurias económicas son tan grandes que el equipo tiene que cambiar los colores tradicionales, blanco y celeste, por el azul y el amarillo de unas camisetas que le salen gratis. En 1950 juega tan mal que en un encuentro con el Bardolino opta por retirarse del campo después de recibir el séptimo gol, para no prolongar la humillación del puñado de seguidores.

Pero en 1958 el párroco, Silvio Venturi, logra que la diócesis preste fondos al club para crear un campo por fin llano y sin matojos, construido enteramente por gente del barrio. Se establece además una sede oficial en el bar La Pantalona. El cura Venturi marca un antes y un después. En 1966 el campo es destruido por el desbordamiento del río Adige, pero los vecinos lo arreglan en un par de meses. En 1975 se alcanza un éxito sin precedentes y el Chievo asciende a primera regional.

En 1990 el Chievo sube a tercera división. En 1994, a segunda. En 2000 llega al barrio un entrenador de la zona llamado Luigi del Neri y en el último partido de la temporada, contra la

Salernitana, conquista una plaza en la Serie A, la cúspide del *calcio*.

Del Neri, ahora en el Palermo, ha hecho carrera desde entonces. El presente entrenador se llama Giuseppe Pillon, que en septiembre definió su proyecto con una sola frase: «Suframos lo menos posible». El equipo del barrio tiene a veteranos como Lorenzo d'Anna, de 33 años y diez en el equipo, y a muchachos como el nigeriano Obinna. Los dos marcaron ayer para vencer al Cagliari (2-1) y aupar al Chievo hasta la mejor posición de su historia. Fue un partido infumable, malísimo, sobre todo la primera parte; si la plantilla hubiera sido la de 1950, quizá no habría saltado al césped tras el descanso para no seguir aburriendo a la hinchada. El caso es que el Chievo ganó y lleva cuatro jornadas invicto.

Lo normal es pensar que no durará. Pero lo mismo se pensó cinco años atrás, cuando un pobre equipo de barriada se coló en la élite. Y ahí sigue el Chievo.

LA «CUCHARA» DE TOTTI

LUNES, 07-11-2005

«Mo je faccio er cucchiaio», dijo Totti. Y a Maldini le sonó tan raro como a cualquier lector español. Luego, cuando el tótem milanista tradujo mentalmente del romanesco al italiano, la cosa le sonó aún más marciana. En aquellas circunstancias, lo último que podía uno esperar era un *cucchiaio* del romano más castizo desde Alberto Sordi. Maldini se quedó lívido.

Era el 29 de junio de 2000 y la semifinal Italia-Holanda del Europeo acababa de terminar en empate. Se jugaba en Holanda y los italianos, encerrados en el círculo central, hablaban de quién tiraba los penaltis. Di Biagio fue el primero en reconocer que la cosa imponía. «Francesco, yo tengo miedo», dijo. Y Francesco Totti, en su romanesco cerrado: «¿A quién se lo dices? ¿Has visto lo grande que es aquél?», resopló, señalando al portero Van der Saar. Di Biagio: «Pues sí que me animas». Entonces llegó la frase inmortal: «Nun te preoccupá, mo je faccio er cucchiaio». O sea, «No te preocupes, yo le hago la cuchara».

El gran jefe Maldini tenía la oreja puesta y al cabo de unos segundos, cuando lo comprendió, se dirigió con gran alarma hacia Totti. «¿Pero estás loco? Esto es una semifinal del Europeo.» Pero Totti ya tenía la idea clavada en el entrecejo: «Sí, sí, le hago la cuchara».

Er cucchiaio, «la cuchara», es la marca de fábrica del mejor futbolista italiano. Un toque suave, por debajo del balón, que eleva la trayectoria unos metros y luego la deposita en el suelo, dentro de la portería. Una de esas jugadas caprichosas que pueden hacerse cuando se gana por mucho y queda muy poco partido. Una burla amable al contrario y un guiño al público. Una broma, algo que no se hace en el momento más crucial del año. Lo que pasa es que Totti es Totti. El capitán de la Roma tendría poco de qué hablar con Einstein, pero la inconsciencia le da a su juego el toque de locura y genio de los grandes idiotas del fútbol: Totti forma parte de la dinastía de Garrincha, Best, Gascoigne, Cassano. Con la ventaja de no ser cojo, ni alcohólico, ni paranoico.

Cuando le tocó lanzar a *Francé* Totti, caminó hacia el punto de lanzamiento, miró a aquel portero holandés tan grande, se aproximó al cuero y lo acarició en el vientre. El balón partió en cámara lenta, como un globo de feria, hacia el centro del marco. Van der Saar, en cámara rápida, se había lanzado ya hacia un costado. Y el penalti entró como un suspiro, dulce, desmayado, con la miel de un beso y el ritmo preciso de un buen chiste.

Totti publicará el año próximo un manual de fútbol que se titulará, cómo no, *Mo je faccio er cucchiaio*. Será su tercera obra, tras las memorables *Los chistes sobre Totti contados por mí mismo* y *Los nuevos chistes sobre Totti contados por mí mismo*. No los escribe él, pobrecito, pero en este caso no importa, porque los beneficios (una millonada) se destinan a beneficencia. Totti es, seguramente, el futbolista que más dinero ha aportado a obras de caridad, el que ha visitado más asilos y hospitales y el que más ha hecho por su ciudad.

LA LAZIO SALVAJE DE COLLINA

LUNES, 28-11-2005

Pierluigi Collina, recién retirado después de años como símbolo del mejor arbitraje, ha desvelado un secreto: es *tifoso* de la Lazio. Lo cual no tiene nada de extraño porque todos los árbitros, como todos los jugadores, simpatizan con un equipo u otro. Collina explicó el otro día que, de pequeño, seguía al Bologna, el equipo de su ciudad natal, y que su epifanía lazial se produjo contemplando a un defensa implacable llamado Wilson, un jugador por el que enloquecía el futuro árbitro.

Hay quien ha recordado el 14 de mayo de 2000 y ha montado un poco de bronca. Ese día, última jornada del campeonato, Collina arbitró el partido Perugia-Juventus. La Juventus tenía 71 puntos. La Lazio, la segunda clasificada, con 69, jugaba en su campo contra la Reggina. En Perugia caía un diluvio, el césped estaba imposible y se preveía la suspensión. Pero Collina, tras una larga espera y contra la opinión de los juventinos, hizo rodar la pelota. El encuentro fue una parodia sobre barro y venció el Perugia por 1-0. En Roma ganó la Lazio, que se llevó por sorpresa el *scudetto*.

Cosas que pasan. También es cierto que la Lazio no fue capaz de ganar en los diez primeros partidos que le arbitró Collina.

No; la confesión de Collina no obliga a revisar resultados. Sí arroja, sin embargo, nueva luz sobre el carácter de un hombre célebre por su ecuanimidad, por su vida ordenada —buen padre de familia e intachable asesor financiero— y por la simpatía de su imagen pública.

El jugador del que se enamoró el joven Collina, Joseph *Fino* Wilson, era un personaje peculiar. Y la Lazio a la que entregó su corazón, la de principios de los años setenta, fue la única banda armada que ha conseguido un *scudetto*, el de 1974, en la historia del *calcio*.

Lo de banda armada no es una metáfora. Casi todos los jugadores de aquella Lazio tenían licencia de armas y llevaban encima la pistola. Eran chulos, duros, insensatos, feroces, autodestructivos. Cuando Chinaglia, Wilson, Martini, Luciano y los demás pasaban los controles para embarcar en el avión, iban sacando del bolsillo revólveres Magnum y pistolones de gran calibre. Practicaban el paracaidismo, pregonaban sus ideas fascistas y se llevaban tan mal entre sí que todos los partidillos de entrenamiento acababan en drama. O no acababan. Dice la leyenda que la plantilla estaba dividida en dos facciones, la de Chinaglia y la de Martini —hoy, parlamentario de la posfascista Alianza Nacional—, y que ambas se enfrentaban en los entrenamientos. Como nadie aceptaba la derrota, y dado que en el vestuario había armamento pesado, los partidillos duraban hasta bien entrada la noche si antes no se había llegado a un empate honorable que satisficiera a ambas partes.

Wilson, nacido en el Reino Unido e hijo de un oficial de la Marina británica establecido en Nápoles, compartía las ideas y las aficiones peligrosas de sus compañeros, pero tenía un poco más

de cabeza dentro y fuera del campo. Dentro, compensaba su estatura moderada (1,73 metros) con una colocación y una rapidez de reflejos extraordinarias. Fuera, se licenció en Derecho y se hizo un futuro al margen del fútbol.

Otros se organizaron peor. Luciano Re Leconi, el *motor* de aquel Lazio, murió en 1977, tres años después de ganar el *scudetto*. Le acribilló un joyero cuando el futbolista entró en su local con una pistola falsa en la mano, se supone que para gastar una broma. Luciano y aquella Lazio eran así.

Resulta curioso que aquel grupo salvaje, temido por todos los árbitros, siga siendo el arquetipo futbolístico de Pierluigi Collina.

LUNES, 12-12-2005

La gente grita muchas burradas desde la grada. La costumbre del grito de estadio es tan vieja como el fútbol y tiene, en general, virtudes catárticas y terapéuticas. La mayoría de los gritos, espontáneos o corales, son irreproducibles. Se oyen barbaridades y ha sido así desde siempre. ¿Es razonable limitar ese repertorio de agresiones verbales? Hoy se tiende a pensar que sí, al menos en lo que toca a los insultos racistas. La cuestión racial constituye una falla tectónica de las sociedades europeas y los gruñidos simiescos de ciertos sectores no sólo producen vergüenza ajena: a estas alturas, causan alarma.

Existe, por supuesto, un *Más Allá*. Se encuentra en Italia y aflora a la superficie en encuentros como el Livorno-Lazio de ayer. Comparados con ese *Más Allá*, los gruñidos simiescos y otras consideraciones estúpidas sobre el tono de la epidermis ajena parecen pucheritos de guardería.

Ayer, en el estadio Armando Picchi, livornés, la muchachada lazial animó la salida al campo de los suyos con gritos de «¡Mussolini, Mussolini!» y con un vistoso despliegue de cruces célticas. Los hinchas locales esgrimieron las habituales pancartas con la efigie del Che Guevara y cantaron *Bandera roja*. Un poco antes, el autocar que trasladaba a los futbolistas de la Lazio había sido atacado con una granada lacrimógena y algunos porrazos y un destacamento policial que controlaba una entrada sufrió el ataque de un grupo de *tifosi* livorneses: a un agente le abrieron una brecha en la cabeza y hubo que aplicarle ocho puntos de sutura.

Hasta ahí, normal. Cosas que suceden todos los domingos en el *calcio*. El auténtico *Más Allá* abrió sus fauces al cuarto de hora de la segunda parte, después de que el Livorno marcara el primer gol. Di Canio, que lleva tatuada en el brazo la palabra *Dux* y cuyas simpatías fascistas son tan notorias como su Ferrari azul eléctrico, fue sustituido. Di Canio corrió hacia la grada de los seguidores de la Lazio y se despidió con el brazo tieso, igual que en un Roma-Lazio del curso pasado. La muchachada respondió con entusiasmo al gesto de su ídolo. Cientos de brazos se alzaron en el saludo fascista, delicadamente realizado con el grito «¡Boia chi molla!», una vieja consigna mussoliniana que, traducida libremente, significaría «¡perro el que afloja!».

Desde el resto del estadio se elevó, como un aullido, la frase «Piazzale Loreto», repetida hasta el infinito. Piazzale Loreto es una plaza de Milan sin gran atractivo estético. Aún está ahí la gasolinera de cuya cubierta, el 28 de agosto de 1945, colgaron los cadáveres de Benito Mussolini y su amante, Clara Pettacci, en compañía de otros jefes del régimen. El espectáculo de aquel 28 de agosto fue penoso. Los ensañamientos con cadáveres suelen serlo.

No sé si se puede ir más lejos. En cualquier caso, lo ocurrido en Livorno pone los pelos de punta. ¿Saben lo más grave? Que hoy, como en anteriores ocasiones, algún comunista encallecido como Sandro Curzio, antiguo responsable de propaganda del PCI, director del diario *Liberazione* y

diputado de Refundación Comunista, dirá que Di Canio es un chico excéntrico, pero simpático, y que se le malinterpreta. Curzio es comunista, pero por encima de todo es *tifoso* de la Lazio. También justificaría los gritos de «Piazzale Loreto» un fascista livornés si tal personaje existiera, que lo dudo. Las banderas del *calcio* están por encima de la fe política, de la decencia y del sentido común. Si hay que dar «vivas» a la muerte, se dan.

En los estadios italianos se incuba una bestia muy desagradable.

EL HÉROE Y SU MEJOR AMIGO

LUNES, 09-01-2006

Cuando habla de su impresionante currículum, Fabio Capello suele subrayar el *scudetto* ganado con la Roma. Ese vale más que otros títulos, porque la Roma carece del carácter simple y recio de otras instituciones más familiarizadas con la victoria. Roma es Roma: teatro, exageración, fantasía, victimismo, simpatía y un concepto peculiar del trabajo. El vestuario de Trigoria, el campo de entrenamiento romanista, suele tener la temperatura emocional alta.

Cuando la Roma contrató a un muchacho caprichoso y genial llamado Antonio Cassano, en 2001, no sólo tuvo que buscarle un lugar en el campo. Eso fue relativamente fácil. Lo complicado fue encontrarle un papel en el imaginario colectivo. Ningún club del mundo tiene en sus filas un jugador tan influyente como Francesco Totti; para encontrar algo similar habría que remontarse, salvando las distancias, al Santos de Pelé. Totti es *giallorosso* de nacimiento, sólo ha jugado en la Roma, es con mucho el mejor futbolista de su equipo y de toda Italia y su contrato le ata a la Roma hasta la jubilación. Por otra parte, un jugador tan competente como Totti carece de la opción de ganar algo importante en una Roma en crisis que, para satisfacer sus exigencias salariales, ha tenido que ir vendiendo año tras año el resto de sus figuras. Todo eso crea un ambiente especial. En el vestuario de Trigoria sólo se es alguien con relación a Totti.

Cassano, alocado pero no tonto, decidió enseguida lo que quería ser: el mejor amigo del protagonista. Compró su casa al lado de la de Totti. Quería bromear con Totti, salir a cenar con Totti, inventar jugadas con Totti y dejar claro que por detrás del héroe Totti sólo estaba él. Incluso en materia de ingresos. Cuando comenzó el tortuoso y fallido proceso de renovación de su contrato, Cassano insistió en que deseaba un salario ligeramente inferior al de Totti pero claramente superior al de los demás.

La tormenta magnética generada por la relación entre Totti y Cassano fue controlable mientras permaneció en el vestuario un grupo de profesionales empeñados en entrenarse con seriedad, ganar todos los partidos posibles y volver temprano a casa: eran tipos como Capello, Emerson, Samuel, Aldair, Cafú. Pero esa gente se fue. La Roma perdió competitividad y estabilidad emocional, cada vez más volcada en la dependencia de Totti y en los caprichos de un Cassano que, sin la autoridad de Capello, desbarraba con creciente frecuencia.

Cassano quería ser el centro de la atención y ya no le bastaba serlo gracias al reflejo de Totti. También quería ganar, algo fuera del alcance de una Roma en desguace. Cassano ya no se limitaba a meter el dedo en el café ajeno o a mojar las camas de los demás: se quejaba, insultaba, molestaba, arrastraba los pies. No había quien le aguantara y Totti hizo lo único que podía hacer, se puso del lado de las víctimas, es decir, de sus demás compañeros. Cassano se sintió víctima de una traición colosal: ¿cómo podía Totti darle la espalda?

Estos últimos meses, todo se redujo a encontrarle un nuevo equipo al enfurruñado Cassano. Podían ser la Juventus o el Inter, pero al final fue el Real Madrid. El chico de Bari Vecchia se largó sin despedirse y echando pestes de sus ex compañeros. De ellos, quien se mostró más amable fue Taddei, llegado en verano: «Yo apenas le traté, no tengo nada contra él», dijo. El último día de Cassano en Roma, el veterano Panucci organizó una cena con toda la plantilla para mejorar las relaciones y empezar a superar la pesadilla *cassanesca*. Cassano no acudió, evidentemente. No hizo falta. A Panucci se le ocurrió contratar a un imitador para amenizar la sobremesa, y el imitador resultó estar especializado en Cassano.

COYOTES Y CORRECAMINOS

LUNES, 16-01-2006

Esto parece una aventura del Coyote y el Correcaminos. Pasa la Juventus, *bip, bip*, y se pierde de vista en el horizonte. Inter y Milan, emboscados tras un recodo a la espera de un rival que ya ha pasado de largo, se turnan para zancadillearse unos a otros y despeñarse por un barranco que viene a medir unos diez puntos. La distancia entre el líder y sus perseguidores, a mitad de temporada, es exageradamente amplia. Y eso no es lo peor. Si se advirtiera la posibilidad de un tropezón juventino, de una incertidumbre, de algo, los diez puntos de desventaja resultarían psicológicamente asumibles por los que van detrás. Lo peor es que la Juve parece destinada a irse cada vez más lejos. Fabio Capello ha creado por fin su obra maestra, un *golem* indestructible que ha ganado 17 de 19 partidos.

El único interés que le queda al asunto, no en sentido deportivo, sino de entretenimiento, son las desgracias de los *coyotes*. Roberto Mancini, el técnico interista, estuvo muy gracioso la semana pasada cuando aseguró que a Capello y los juventinos les temblaban las piernas. «En cuanto pierdan unos cuantos puntos se vendrán abajo, y ellos lo saben», dijo. Al día siguiente fue el Inter el que empató a cero con el Siena y se vino abajo, dos puntos más abajo. La Juventus ganó tranquilamente en Palermo. Como ayer en casa frente a la Reggina: bastaron el golito de Del Piero y la industriosisidad de Emerson.

Ahora es cuando los *coyotes* echan mano de los milagrosos productos Acme. El Inter, una de las sociedades más tontamente gastonas del mundo, espera recibir un delantero del Udinese, Di Natale, este mismo mes, para compensar la ausencia de Martins (Copa de África), y planea contratar en junio a Ballack, la joya cesante del Bayern. Es fascinante ver cómo una entidad con uno de los delanteros más prestigiosos del mundo, Adriano, una plantilla valorada en 188,5 millones de euros y unos recursos financieros casi ilimitados gracias al petróleo del patrón, Massimo Moratti, tiene que echar mano cada enero de la tarjeta de crédito para remendar el equipo y seguir sin ganar nada.

El Milan suele ser más astuto que el Inter. Ésa es la fama, al menos. Nadie lo diría después de la *operación Vieri*. En verano, el Inter hizo uno de los mejores negocios de su historia reciente al pagarle a Christian Vieri seis millones de euros con tal de que se largara. Ciertamente que el Inter sufre la compulsión de librarse de sus mejores futbolistas (los Ronaldo, Roberto Carlos, Pirlo, etcétera), pero el Milan tenía que haber sospechado: ni siquiera Moratti paga mil millones de las antiguas pesetas para perder de vista a un buen jugador. El Milan, sin embargo, contrató a Vieri. Le ha durado seis meses. La sociedad de Berlusconi, no se sabe con qué malas artes, ha conseguido colocarle en el Monaco. Veremos cuántos partidos gana el Monaco a partir de este momento.

Vieri fue un futbolista importante. Con el Inter llegó a marcar 24 goles en 23 partidos, un

promedio sensacional. Pero hace tiempo de eso. Poco a poco se ha convertido en un tipo grandote, cargado de hombros y con las rodillas frágiles, que ataca la portería contraria con el entusiasmo del Coyote y se deja caer en el área como quien se arroja al precipicio. Ya ni Acme lo incluye en el catálogo.

Por el bien del espectáculo, el Inter debería recomprar a Vieri. Es sólo una idea. Pero o alguien hace algo divertido, o nos quedan meses de rutina.

LUNES, 23-01-2006

Hay un tipo de entrenador que puede ganarse en un minuto el respeto de sus jugadores: le basta tocar el balón y demostrar que, pese a los años, la barriga y en su caso el pitillo, aún lo hace mejor que cualquiera. Hay otro estilo, el del entrenador que nunca fue futbolista, que sólo alcanza a darle al cuero con la punta del zapato y que desde niño soñó con esquemas, métodos y pizarras llenas de flechas. Ése suele ser un pesado. Dentro de la escuela del técnico vocacional, plasta y pedante, la figura señera se llama Arrigo Sacchi.

Quienes sufrieron sus clases teóricas aún las recuerdan como un galimatías interminable. En televisión, con su tonillo displicentemente didáctico y su retórica pseudocientífica, resultaba insufrible. Gianni Brera, uno de los mejores periodistas deportivos italianos de todos los tiempos (y un tipo que, además, sabía servir un balón a 30 metros), emitió sobre Sacchi un juicio negativo cuando fue nombrado seleccionador italiano: «En el Milan tuvo tres grandes ases holandeses. Me temo que sin ellos su fútbol parecerá caprichoso».

Sacchi no volvió a triunfar como en aquel quinquenio, 1987-1992, en el que el Milan se declaró inventor de cosas que llevaban tiempo inventadas, como la presión, el marcaje en zona, la disposición compacta, la rapidez, el 4-4-2 y demás. El maestro Brera atribuyó el mérito de aquellos años de gloria rojinegra al talento de Van Basten, Gullit y Rijkaard y a la seriedad de Baresi, y uno tiende a compartir esa opinión.

Y, sin embargo, algo muy especial ocurrió en 1987 en el vestuario milanista. Entre quienes se sentaron aquel año ante la pizarra y aguantaron desde entonces el maniático detallismo teórico de Sacchi había cuatro centrocampistas, los cuatro titulares, Ruud Gullit, Frank Rijkaard, Carlo Ancelotti y Roberto Donadoni, que debieron de entender algo. También el delantero centro, el formidable Marco van Basten, sacó algún provecho de aquellas horas tediosas. Porque Rijkaard, Ancelotti, Donadoni y Van Basten y, en menor medida, Gullit (por cuestiones de carácter) constituyen una generación de técnicos imaginativos, hábiles y amantes del fútbol ofensivo.

El Milan parece estar cerrando un ciclo. Ancelotti ha ganado su *scudetto* y su Copa de Europa y ahora, pese a la victoria de ayer y pese a la ocasional brillantez, los Maldini, Cafú, Costacurta y Stam se han hecho viejos y el juego de ataque se despliega de forma bastante previsible. Lo más probable es que Ancelotti no siga la próxima temporada. Corresponde reconocer que ha sabido manejar un vestuario en el que no es él quien manda, sino el totémico Maldini; que ha sabido fichar por cuatro chavos talentos como Kaká; que ha sabido reconvertir a trescuartistas irredimibles como Pirlo; que ha defendido el fútbol bonito, y que lo ha hecho con el propietario Berlusconi siempre en la chepa.

Berlusconi piensa en dos ex compañeros y amigos de Ancelotti, Van Basten (selección

holandesa) y Rijkaard (Barcelona), para sustituirle. Como alternativa dispone de Donadoni, otro fruto de aquella excelente cosecha rojinegra del 87: está manejando muy bien al Livorno y goza de gran predicamento en la profesión. Fabio Capello, el anti-Sacchi surgido también del cuadro técnico milanista, le considera el entrenador italiano con más futuro.

Parece mentira que todo ese talento saliera de las clases de un entrenador que ya en 1985, al frente del Rimini, proclamó el más mezquino de los principios como base de sus teorías: «La magia en el fútbol es una fábula que convendría prohibir».

LOS COLORES SAGRADOS

LUNES, 20-02-2006

David Mellor fue uno de los últimos retoños de la *revolución thatcherista*. Dirigió varios ministerios a principios de los noventa y alcanzó una notable influencia en el Partido Conservador. Quizá llegó a soñar con instalarse en el 10 de Downing Street, aunque su físico irremediablemente viscoso causara dentera a gran parte de los británicos. La prensa descubrió que tenía una amante y eso suele ser fatal en Westminster, pero habría sobrevivido de alguna forma (como Paddy Ashdown, que tras un lío con la secretaria fue nombrado virrey en los Balcanes) si la amante en cuestión no hubiera revelado un secreto terrible: en sus momentos de pasión sexual, Mellor vestía la camiseta del Chelsea. Eso desbordó la tolerancia del electorado. La cosa resultaba demasiado ridícula incluso para los curtidos lectores del *Sun* o el *News of the World*.

No se sabrá nunca, probablemente, si el presidente de la República italiana, el anciano y respetado Carlo Azeglio Ciampi llevaba bajo el frac la camiseta del Livorno el día que asumió el cargo, o si alguna vez retozó vestido de ariete livornés. Da igual: si se supiera, su popularidad sería aún más alta. En Italia, la devoción por los colores futbolísticos está por encima de todo y llega a la alcoba, a la tumba y más allá.

No hay ideología que valga cuando se trata de *calcio*. Ahí está el ejemplo de Ignazio La Russa, uno de los dirigentes de la posfascista Alianza Nacional. La Russa fue uno de esos jóvenes fascistas que, allá por los setenta, merodeaba por la plaza Euclide, en el Parioli romano, con un pastor alemán y una porra en el bolsillo, y organizaba expediciones punitivas contra los *rojos*. Ahora está en la derecha de la derecha y mantiene las viejas fidelidades. Fue uno de los asistentes al entierro de Romano Mussolini, el último hijo del dictador. Su perilla mefistofélica y su vozarrón rasposo no podían faltar en la ceremonia. Pero La Russa es del Inter. El otro día le preguntaron si no le dolía que su equipo jugara en más de una ocasión sin alinear a un solo italiano. «Con tal de que ganen, pueden ser todos extranjeros, negros y comunistas», respondió.

Ese espíritu se extiende a casi todos los dirigentes políticos. Walter Veltroni, alcalde de Roma y gran esperanza de los Demócratas de Izquierda (antiguo PCI), es de la Juventus (hasta cierto punto, eso equivaldría a un Gallardón *culé*) y nadie se lo recrimina, porque lo primero es lo primero. El presidente de su partido, Massimo d'Alema, es de la Roma, y ya pueden aparecer en el Estadio Olímpico pancartas a favor del Duce, de los hornos crematorios o del fin del mundo: su fe no titubea.

Lo mismo pasa con Berlusconi y el Milan. O con el líder de los posfascistas, Gianfranco Fini, que, pese a una remota afinidad con el Bologna, el club de su ciudad natal, levanta la bandera de la Lazio. Lo de Fini tiene poco mérito: el núcleo duro de la afición lazial es mussoliniano, el delantero Di Canio lleva tatuajes fascistas y saluda brazo en alto, y una de las jefas de las bandas

de *tifosi* del Lazio, una mujer que guarda siempre una pistola en el bolso, resulta ser la señora Fini.

Queda la excepción democristiana, un magma centrista y clerical que se alinea a la izquierda de la derecha y a la derecha de la izquierda y guarda distancias con el *calcio*. Los Rutelli, Casini y Follini no son futboleros. Como Romano Prodi, que se dedicaba al ciclismo y ahora corre maratones. Prodi sigue encabezando los sondeos y quizá, tras las elecciones del 9 y el 10 de abril, se convierta en el nuevo presidente del Gobierno. Es posible. Pero cuesta imaginarlo. ¿Un líder sin colores? ¿Uno que no ha vestido nunca la camiseta de sus amores en el momento del éxtasis? Habrá que ver si los italianos confían en un tipo tan raro.

TEORÍA DEL GOLPE

LUNES, 27-02-2006

Habrá quien se acuerde de Fernández, Montero Castillo y Aguirre Suárez, que allá por los setenta fueron antecesores de los Latin Kings y otras bandas violentas hispanoamericanas. Aunque su condición de futbolistas les impedía portar armas en el campo, resultaban de lo más peligroso. Su equipo, el Granada, daba miedo. Amancio no debe de haberse olvidado de aquel Granada. Una tarde de 1974, en Los Cármenes, Fernández le mandó al hospital de una patada. El parte médico indicó que la puntera había entrado tan hondo en el muslo que la herida parecía una cornada de toro.

Quien se acuerde de aquellos dos uruguayos y de aquel paraguayo se acordará también de Goikoetxea, el centrocampista del Athletic que cumplió 23 partidos de sanción por romper a Maradona y aún tuvo tiempo de romper además a Schuster.

Estos días, en Italia, se teoriza en abundancia sobre golpes, patadas y codazos. Desde que el peroné de Totti dijo basta, el domingo pasado, no hay quien carezca de ideas propias sobre la peligrosidad de la entrada por detrás o el manotazo en los ojos. El maestro Gianni Mura explicaba ayer en *La Repubblica* que la última moda es el rodillazo en los riñones cuando se salta de cabeza: limpio, doloroso y difícilmente visible para el árbitro.

Una opinión valiosa y autorizada es la de Pietro Vierchowod, *el Zar*, un defensor espléndido que ganó un *scudetto* con la Roma (1983), otro *scudetto* y una Recopa con la Sampdoria (1991) y, a los 37 años, una Copa de Europa con la Juventus (1996). Jugó hasta los 40 y se dice que los tobillos machacados de Marco van Basten, prematuramente jubilado, llevaban la marca indeleble de los tacos de Vierchowod. Maradona le llamaba Hulk y procuraba evitarle. Vierchowod jugaba bien y pegaba fuerte. Él mismo lo reconoce: «En mi época se daban más patadas que ahora. Quien quería hacer daño hacía daño y, como máximo, se llevaba una amonestación».

Sin embargo, el Zar —el apodo salió del origen ucraniano y de lo mucho que mandaba en el área— considera que, pese al laxismo arbitral de años atrás, pese a las cornadas del trío suramericano del Granada y pese a todas las brutalidades que se veían en los campos, incluidas las suyas propias, antes el fútbol era menos peligroso. La teoría del golpe de Vierchowod propone incluso un culpable de todos los males contemporáneos: Arrigo Sacchi. ¿Por qué? Por la defensa zonal que Sacchi y el Milan pusieron de moda.

Antes, explica Vierchowod, se marcaba al hombre. El marcador intentaba no despegarse de su víctima en todo el partido y, cuando hacía falta pegar, le tenía a mano. Podía apuntar bien y controlar la fuerza de la patada o, mucho más a menudo, poner una simple zancadilla. Ahora no funciona así. Los defensas cubren una zona determinada, con bastante frecuencia cercana al centro del campo, y cuando se les escapa alguien «arrancan desde lejos para interceptarlo», explica el

Zar, por lo que, «cuando alcanzan al adversario, le caen encima a gran velocidad». «Si estás lejos, careces de alternativas y, cuando pegas, las consecuencias son ruinosas», añade.

Podría ser que Vierchowod tuviera razón. Uno prefiere no pensar, en ese caso, qué habría ocurrido si Aguirre Suárez, Goiko o el propio Vierchowod hubieran tenido que ganarse la vida haciendo defensa zonal. Van Basten usaría muletas. Y Amancio habría acabado como Manolete.

LA REVOLUCIÓN DE EPAMINONDAS

LUNES, 06-03-2006

Los espartanos disponían de la mejor infantería de la antigua Grecia. Sus soldados eran valientes, austeros y disciplinados y dejaron en la memoria el sacrificio de las Termopilas. Tenían un defecto, sin embargo: cargaban con un tradicionalismo casi congénito que les impedía innovar sus tácticas. Lo hacían todo como siempre. Sus propios orígenes míticos establecían un orden eterno: decían haber sido un pueblo levantisco y caótico hasta que el rey Licurgo les dio unas leyes inmutables. Según Plutarco, Licurgo adivinó el punto débil de Esparta y «prohibió que se realizaran frecuentes campañas militares contra un mismo enemigo para evitar que éste aprendiera el arte del combate».

Tebas fue enemiga de Esparta. En 371 ya había aprendido todo lo necesario de los espartanos y, bajo el mando de un genio llamado Epaminondas, realizó sus propias invenciones: creó una unidad de élite compuesta por ciento cincuenta parejas homosexuales, la colocó a la izquierda de la formación de falanges —el flanco derecho era hasta entonces el más fuerte— y se habituó a atacar con columnas de 50 filas de profundidad. En la batalla de Leuctra, Tebas acabó con Esparta.

El ejemplo de Esparta ha sido siempre tenido en cuenta por los estrategas. Fabio Capello, leído e informado, sabe que la mayor flaqueza de su Juventus, una *máquina de guerra* que juega de memoria y ataca sin respiro, es la previsibilidad. Tiene grandes dificultades cuando el contrario le imita y añade un poco de imaginación.

Cuando Capello abandonó la Roma para mudarse a Turín, hace casi dos años, dejó un equipo espartano. Estaba lleno de genios, pero se había habituado a moverse de manera determinada. Ni el efímero Prandelli, ni Voeller, ni Del Neri, ni Conti hallaron el truco para reordenar una herencia envenenada: la Roma era una peña de tipos locos que podían cometer cualquier disparate, pero no imaginar un juego sin tres puntas y medio centro, el que, con Capello, les había dado su único *scudetto* contemporáneo. Hasta cierto punto, la suya fue una crisis *espartana*.

Hasta que llegó Luciano Spalletti para ejercer de Epaminondas. La primera mitad del curso presentó las mismas dificultades, agravadas por la ruptura con Cassano, que añoraba la tradición *capellista*. Cuando se fue, sólo quedó un delantero decente en la plantilla, Montella. Pero Montella se rompió. La crisis era tan grave que cualquier experimento, por peligroso que fuera, estaba justificado. En su revolución, Spalletti no echó mano de parejas homosexuales, sino de centrocampistas. ¿Había dejado Capello la herencia de las tres puntas? Pues se acabaron: portero, cuatro defensas y seis medios. En la pizarra, la posición teórica de ariete le tocó al gran Totti. En la realidad, la Roma adoptó el mecanismo de un motor de seis cilindros, con los pistones subiendo y bajando continuamente y sin dar al contrario puntos de referencia.

El fantasma de Capello quedó olvidado, el juego volvió a embelesar y la Roma encadenó once

victorias ligueras consecutivas, batiendo las marcas del *calcio*. La última, la mejor: a domicilio, en el derbi contra la Lazio, pese a la ausencia de Totti. *La Gazzetta dello Sport* decía ayer que el prodigioso magma *centrocampístico* de Spalletti disponía de un precedente en el mítico Honved, húngaro, de los cincuenta. Nada más y nada menos.

Este texto fue cerrado antes de que se disputara el Roma-Inter de anoche. Fuera cual fuese el resultado, Spalletti-Epaminondas se había convertido ya en el entrenador del año y en la única alternativa auténtica a Capello-Licurgo.

LAS TRES HERMANAS

LUNES, 13-03-2006

Aquí están otra vez *las tres hermanas del calcio*. Juventus, Milan y posiblemente Inter, si el martes supera su partido pendiente con el Ajax, pisan por enésima vez los cuartos de final de la Liga de Campeones. *Las tres hermanas* viven junto a los Alpes y llevan un vestido con franjas negras. Por lo demás, no hay en el mundo hermanas menos parecidas.

La mayor, la Vecchia Signora, blanca y negra, se hace pasar a veces por la reina de Turín. No lo es. La Juve es más italiana que turinesa. Si trasladara su sede a Palermo o a Roma, tendría quizá más espectadores que en el gélido estadio de los Alpes. A diferencia de otras sociedades, crecidas en un ámbito geográfico determinado y ligadas a un cierto paisaje, la Juventus fue desde joven un equipo de empresa. La empresa, Fiat, era de Turín. Pero era también el estandarte industrial de toda Italia y recogía a personas de todas las procedencias, mayormente del Sur.

Pese a todos sus esfuerzos, nunca alcanzó una hegemonía indiscutible en los sentimientos de sus convecinos, que hoy siguen amando aún el sueño romántico del Torino. Los sucesivos magnates Agnelli educaron al equipo de la empresa familiar en la disciplina, el esfuerzo y el orden, todo ello de tradición piamontesa, y lo uncieron al yugo de Fiat. Luego alzaron la bandera blanquinegra e invitaron a todos los italianos a cobijarse bajo ella. Si alguien tuviera interés en descubrir no cómo son los italianos, sino cómo querrían ser, haría bien en escudriñar el alma ambiciosa, tenaz, seca y prepotente de la Juventus.

La hermana mediana, roja y negra, nació en 1899, dos años después que la Signora, y salió medio extranjera. Como la fundó un inglés, Alfred Ormonde Edwards, fue bautizada con un nombre inglés, Milan, acento en la primera sílaba, y no con el nombre italiano de su ciudad, Milano. No está muy clara la razón, pero desde el principio —avasallador, con un primer *scudetto* en 1901 que rompió el dominio del Génova— prefirió la compañía de los obreros. En la ciudad más burguesa de Italia, el Milan, como sus colores, se convirtió en símbolo del proletariado. Hasta los años cincuenta, cuando el dinero empezó a marcar diferencias entre un club y otro, no tuvo como presidente a un patrón, a un empresario o, por utilizar el término local, un *potente*.

El carácter de la hermana mediana definió, por exclusión, el de la hermana menor. El Internazionale, más conocido como Inter, azul y negro, nació en 1908 de una *costilla burguesa* del Milan. Un grupo de patrones y profesionales, hartos de no mandar en el club de su ciudad, lo abandonaron y fundaron otro. Si el Milan era alegre, optimista, pobretón y un poco hortera, el Inter se convirtió de forma inexorable en casi lo contrario: lo suyo fue el dinero, malgastado; el pesimismo, la derrota elegante y una especie de permanente angustia existencial que reflejaba, acaso, las dudas de una clase dominante o las dudas de todo un país: si el Inter es también conocido como la Bienamada será por algo.

El Milan, la hermana *proletaria*, ha pasado por la segunda división, una tragedia que las otras dos nunca han vivido. También ha pasado por las manos de Silvio Berlusconi, lo que alguno podría considerar no menos trágico. Hay que reconocer, sin embargo, que el hombre más rico de Italia se ajusta como un guante a la tradición milanista y que su gestión como presidente del Milan —otra cosa es la presidencia del Gobierno— muestra pocos fallos. Berlusconi es optimista, chistoso y un pelín farsante, como la peña de currantes que constituyeron la primera masa social. Impuso desde el principio de su mandato una norma fundamental: si él ponía dinero, y lo ponía, el técnico y los jugadores debían poner de su parte un fútbol bello y agresivo. Esa ley interna ha funcionado durante más de un cuarto de siglo y ha dado, además de éxitos, continuidad a la tradición milanista.

El Milan, que pasó meses muy malos tras la desgracia del año pasado en la final de Estambul, vuelve a intentarlo. Por su pasado, por su estilo y por su indestructible ánimo proletario, sería hermoso que dispusiera de una nueva oportunidad.

LUNES, 20-03-2006

Para muchos aficionados españoles, en general para quienes no *tifan* por el Barcelona o por el Villarreal, la Liga de Campeones se ha convertido en una cuestión estética, en un asunto más filosófico que pasional.

Hay quien se traga el sapo y, en nombre de la patria, apoya al equipo español que sigue vivo. Hay también quien no se traga nada y desea que el rival eterno sufra una eliminación de lo más dolorosa.

Patrias y rencillas al margen, la actitud contemplativa de quien está ya fuera puede inducir al zapping en las próximas eliminatorias.

Nuestro afán de servicio nos impele a ofrecer una pequeña guía sobre las situaciones en las que resulta aconsejable detenerse en un partido disputado por la Juventus de Fabio Capello, el Milan de Carlo Ancelotti o el Inter de Roberto Mancini.

— La Juventus pierde por 1-0. La Juve tiene algo de Mae West: cuando es buena, es muy buena; cuando es mala, es mejor. Y saca toda su maldad cuando le toman ventaja.

La Vieja Señora no está habituada a perder y con un gol en contra se eriza, araña, patalea y padece una agonía. Ningún equipo sufre de una forma tan carnal como la Juventus. Tiembla el mentón de Capello, Nedved cae muerto al borde del área por un soplido del defensa, Emerson y Vieira sudan y empujan como posesos...

La Juventus suele acabar remontando —por pura chiripa si hace falta, como ante el Werder Bremen—, pero, mientras pierde, ofrece un espectáculo de los que cortan el aliento.

Muy aconsejable para sadomasoquistas.

— El Milan gana por 2-0. El Milan dispone de un mecanismo interno muy sencillo: un compás, Pirlo; un muelle, Kaká, y dos percutores, a elegir entre Shevchenko, Gilardino e Inzaghi.

Pero el equipo es grandote, culón, de timón lento. Le cuesta frenar si adquiere ventaja, por lo que suele arrollar por goleada a los adversarios —los cuatro goles al Bayern Múnich—, pero también le cuesta virar cuando las cosas se tuercen —la remontada del Liverpool en la final de Estambul.

Más que del entrenador, el problema procede de la defensa, muy veterana, muy acostumbrada a marcar el centro de gravedad y con tanto peso específico que atrae hacia sí al resto del equipo.

El Milan tiene talento para regalar y una cierta carencia de agilidad, física y mental. Con un 2-0 a favor, puede marcar tres más o puede acabar perdiendo.

Muy aconsejable para los amantes de los marcadores sensacionales.

— El Inter gana por 1-0. El Inter sabe jugar al fútbol. Mancini no ha inventado nada, pero cuenta con un buen ventilador, Verón, que da oxígeno a las alas, Figo y Stankovic, y al poderoso, ciclótico e imprevisible Adriano.

Lo que pasa es que el Inter es más auténtico cuando duda, cuando se fía porque va con ventaja, cuando descubre sus flancos. En esos momentos le vienen los suspiros y las melancolías y puede ocurrir de todo. Puede marcar otros dos goles con dos zarpazos lánguidos o puede complicarse muchísimo la vida.

En ese momento del 1-0, de luz incierta, resalta además el juego como medio centro del argentino Cambiasso, una *madraza* generosa que lo hace todo sin decir nada, que cubre todos los huecos y perdona todos los errores.

Para el Inter, Cambiasso es casi una señal del cielo: después de tanto tiempo vendiendo joyas y comprando churros o caballeros venidos a menos por la edad, el pivote de la selección albiceleste llegó regalado del Madrid y resultó una maravilla.

El partido en el que el Inter va un paso por delante en el marcador resulta, en definitiva, muy aconsejable para los aficionados al suspense.

LUNES, 10-04-2006

Isaac Luria, un rabino del siglo XVI, acuñó uno de los conceptos más enigmáticos de la Cábala. Según Luria, Dios tuvo que contraerse para hacer un hueco externo en el que crear el universo. Luego vinieron la rotura de los vasos, las chispas divinas y la purificación, acontecimientos esotéricos ajenos a lo que nos ocupa.

Lo más interesante de la teoría cabalística luriana es una paradoja pesimista: cuanto más se expande el universo, más se contrae la divinidad, forzada a un exilio autoimpuesto en los límites exteriores de su propia creación. La conclusión lógica consiste en que Dios es cada día más pequeño y está cada día más lejos. A eso se le llama *tsimtsum*.

Quizás el concepto del *tsimtsum* sea el único capaz de explicar el misterio del Inter, cada año más rico, cada año más caro, cada año más caótico y cada año más lejano del *scudetto* y de la copa orejada de los campeones de Europa. Algún tipo de maldición mística pesa sobre la Bienamada de Milan, la sociedad más patética del *calcio*.

Hasta la semana pasada, ser interista constituía una desgracia leve y relativamente llevadera. Los *lenguas bronceadas* —a los interistas se les llama así porque cada verano están convencidos de que la próxima temporada es la suya y no dejan de hablar de los múltiples trofeos que ganarán de calle— se organizaban la vida bastante bien, de acuerdo con el ritmo de la naturaleza: felicidad con el calor, incertidumbre con las primeras lluvias de otoño, escepticismo con el frío y atroces disgustos en la primavera, sepultados de inmediato por la adrenalina de algún fichaje veraniego destinado a cambiar de forma definitiva el destino del Internazionale.

Esos buenos tiempos concluyeron en El Madrigal. La gente del Inter quedó condenada a vagar en pena, felicitando por los siglos de los siglos al Villarreal y pidiendo perdón al mundo por haber hecho lo que hizo en esa noche aciaga. No por el codazo de Materazzi, que también, sino por la bochornosa renuncia a jugar al fútbol frente a un equipo que sí jugó.

El Inter ganó el sábado en Ascoli (1-2), pero dio lo mismo. En Milán esperaban su vuelta unos cuantos desquiciados —hasta en eso la desgracia es azul y negra: los grupos violentos interistas son comparables a los de la Lazio— para atacar a los jugadores. A las tres de la madrugada, en el aeropuerto de Malpensa, el pobre Cristiano Zanetti, que no ha jugado apenas y en junio se larga a la Juventus, fue el que corrió más lentamente y se llevó un golpe en la cabeza. Al amanecer, parecía imposible que el Inter pudiera caer más bajo.

Cualquier situación, sin embargo, es siempre susceptible de un empeoramiento. Lo peor llegó a las tres de la tarde, cuando los futbolistas del Milan acordaron saltar al campo con diez minutos de retraso como muestra de solidaridad con sus colegas del Inter. Sólo faltaba eso: la piedad del rival y las cuchufletas de la afición milanista.

El Milan estuvo a punto de caer frente al Lyon, pero logró el milagro en los últimos diez minutos. El Inter hizo un milagro distinto: arruinar el verano a cientos de miles de *lenguas bronceadas* y alejar hasta lo inconcebible el sueño de un título, una copa, una alegría.

Han pasado diecisiete años desde el último *scudetto* y cuatro decenios desde la última Copa de Europa. El *tsimtsum* se lleva cada vez más lejos la esperanza y abandona al Inter en la continua expansión de su miseria. Es imposible explicar la vergüenza que sienten los interistas. La vergüenza que sentimos.

LA RESURRECCIÓN DEL NÁPOLES

LUNES, 17-04-2006

En el caserón donde vivo ocurrió, el 16 de marzo de 1583, una resurrección de ida y vuelta. Estaba Felipe Neri celebrando misa cuando le trajeron aviso de que Paolo, uno de los chicos de la familia Massimo, agonizaba. El futuro santo corrió hacia la cama del enfermo. Le encontró, sin embargo, ya muerto. En tales circunstancias, no podía hacer otra cosa que resucitar a Paolo: le puso la mano en la frente durante unos minutos, rezó, regó el cadáver con agua bendita y el chico volvió a la vida. Pero no volvió muy conforme, según parece, porque le dijo a san Felipe que muchas gracias, pero que prefería la muerte. Y murió otra vez.

El extraño milagro del palacio Massimo tiene algo que ver, quizá, con la fiesta de Nápoles. El equipo de la ciudad abandonó el sábado la Serie C, equivalente a la tercera española, después de dos años negros, y logró el ascenso a la B con una victoria sobre el Perugia ante su público y en su propio estadio, el San Paolo, justo el fin de semana de la Pascua de Resurrección. Todo encajó al fin. Empezó a terminarse la pesadilla iniciada en 2004 con la quiebra, el descenso a la C y la refundación como Napoli Soccer.

Como en los días de gloria, la grada del San Paolo invocó a su *santo* particular, el más reverenciado en el golfo y la costa amalfitana después de san Genaro, el de la sangre licuada: sonó el triple silbido del árbitro, y la gente, desenfundando las bengalas, se desgañitó a gritos de «¡Maradona, Maradona, Maradona!».

El actual propietario del Nápoles es Aurelio de Laurentiis, un productor cinematográfico con una filmografía larga y perfectamente prescindible. De Laurentiis acudió a la cabecera del Nápoles cuando la sociedad estaba muerta; no le puso la mano en la frente, sino 40 millones de euros en el bolsillo, y resucitó al cadáver en poco tiempo. Hasta ahí, todo un señor.

Para realzar el ascenso a la B, De Laurentiis concedió una entrevista telefónica desde Hollywood a *La Gazzetta Sportiva*. Y envió un mensaje a Franco Carraro, el presidente de la Federcalcio: «Le pido que haga, como el caballero que es, un gran gesto y devuelva a los napolitanos aquello que merecen, la Serie A». La cosa no quedaba aquí: «Por parte de Carraro sería un gesto distensivo que cancelaría estos años de tensión. Porque algún error ha cometido: meter al Nápoles en la Serie C fue un gran error de marketing por todo lo que representa esta ciudad».

¿Marketing? ¿Los ascensos y descensos son cuestión de marketing? ¿Los equipos de las grandes ciudades no pueden quebrar ni bajar de categoría? Carraro es un personaje inefable al que ni los abogados de Silvio Berlusconi se atreverían a defender, pero pedirle un doble ascenso por motivos de caballerosidad —De Laurentiis hizo ya esa petición el año pasado— parece demasiado incluso en un mundillo tan pintoresco como el del *calcio*.

De Laurentiis dijo también a la *Gazzetta* que el fútbol estaba «destinado a cambiar completamente» y que hacía falta avanzar hacia el futuro con una «cultura mediática» como la de Hollywood.

Leyendo esa entrevista, me vino a la memoria el milagro del palacio Massimo. Ojalá no ocurra, pero no parece imposible que algún día los napolitanos, y muchos otros, añoren aquellos partidos contra el Manfredonia, el Torres o la Juve Stabia, disputados en campos parroquiales de tierra, pedrusco y solazo de mediodía. Ojalá los napolitanos no tengan algún día que decirle al *santo* De Laurentiis que muchas gracias, pero que estaban mejor muertos.

LA VIEJA SEÑORA Y EL ARTISTA

LUNES, 24-04-2006

Podríamos contar que la Juventus no ha ganado ninguno de sus últimos cinco partidos. La Vieja Señora se mantiene al frente de la tabla desde principios de la pasada temporada, pero sus 15 puntos de ventaja se han quedado en 3 a falta de tres encuentros para el final de la Liga. Un defensor competente como Cannavaro se ha visto reducido a la condición de agresor —la semana anterior dislocó una clavícula y el sábado rompió una tibia—, el loado Ibrahimovic arrastra dos pies cuadrados, Emerson sufre de pubalgia, Vieira padece una astenia, Zebina y Zambrotta juegan sonámbulos... Fabio Capello ha fundido por enésima vez un equipo y los diez millones de seguidores viven horas de aflicción. La Juventus más arrogante de la era contemporánea se arriesga a quedarse sin un *scudetto* que daba ya por liquidado.

Si habláramos de la Juventus, nos atenderíamos a la segunda acepción que el diccionario da al término *deporte*: «Actividad física, ejercida como juego o competición, cuya práctica supone entrenamiento y sujeción a normas». Preferimos, sin embargo, la primera definición, la que deja de lado entrenamientos, sujeciones y normas: «Recreación, pasatiempo, placer, diversión o ejercicio físico, por lo común al aire libre». Y hablamos de un hombre que, inevitablemente, soporta mal a la Vieja Señora. «Los débiles carecen de representación en la tierra. Por eso he detestado siempre a la Juventus. Para mí, ganar era un accidente —dice ese hombre—; para la Juventus es una condena».

El hombre no exagera cuando habla de victorias accidentales. Sus palabras son avaladas por las hemerotecas. ¿Pruebas? Las hay en abundancia. Este señor, que amaba jugar al fútbol, pero se negaba a ejercer como futbolista, le hizo una vez un *túnel* a Gianni Rivera delante de todo San Siro e inmediatamente le pidió perdón. «No se podía humillar así a un artista», explicó. Otra vez, después de driblar al portero contrario, se negó a marcar a puerta vacía: también le parecía un gol «humillante». Su momento supremo, el que le definió para siempre, llegó en un Padova-Cremonese. Su equipo, el Padova, había apostado por una táctica defensiva que no le gustaba. Hizo lo que le pareció lógico: tomó el balón y corrió hacia su propia portería, regateando a sus compañeros, hasta plantarse ante el guardameta. Entonces se frenó. Demasiado tarde, por desgracia, para un *tifoso* del Padova que, convencido de que el artista iba a marcar un golazo en propia puerta, sufrió un infarto y murió.

Antes de hacer un pase largo se encaramaba sobre el balón —no lo intenten en casa— y oteaba el horizonte con la mano de visera. En un Padova-Udinese se sonó la nariz con el banderín del córner y anunció al público, con gestos inequívocos, que iba a marcar directamente desde el ángulo. Y marcó.

Este señor, del que dijeron que tenía los pies más exquisitos del *calcio*, no llegó a la selección

porque le gustaban demasiado el alcohol, el tabaco y las mujeres. Se llama Ezio Vendrame, tiene 59 años, convive con la depresión y escribe libros desgarrados y fascinantes en los que a veces habla de fútbol. Su estilo es, salvando las distancias, el mismo que el crítico Harold Bloom atribuye al evangelista Marcos y a Edgar Allan Poe: «dos fantásticos malos escritores». Pasó la infancia en un orfanato y tuvo su primer abrigo gracias a su primera paga como juvenil en el Udinese. Minutos después de comprarse el abrigo, vio a un niño gitano y se lo regaló.

MATRIX

LUNES, 01-05-2006

Los asesinos vocacionales se dividen en dos categorías: los organizados y los desorganizados. Los organizados son fieles a un *modus operandi* y planean con cuidado sus crímenes: un ejemplo clásico es el de Henri Landru, guillotinado en 1922 por el asesinato de diez mujeres (a las que robó todo el patrimonio) y un muchacho. Los desorganizados improvisan en cuanto se les ofrece una ocasión o cuando se les dispara el ansia de matar, generalmente asociada al deseo sexual: el paradigma es Jack *el Destripador*, que en 1888 asesinó y mutiló a cinco prostitutas en Londres.

La clasificación organizado-desorganizado resulta igualmente útil en el ámbito de los futbolistas antideportivos. Los organizados son metódicos y suelen elegir con antelación a su víctima: insultan, provocan, pegan discretamente y con eficacia, cuentan con un plan de emergencia (en caso de apuro, alegan que los agredidos son ellos) e intentan *coleguear* con el árbitro igual que los asesinos procuran establecer vínculos con la policía.

Pavel Nedved, interior de la Juventus, es un gran *organizado*.

Los desorganizados son los que no pueden resistir la tentación de cometer una burrada. Muchos de ellos son encantadores fuera del estadio, visitan a los niños en el hospital y ayudan a los compañeros en dificultades. Pero en cuanto pisan hierba se les cruzan los cables. Quizá resulten menos despreciables que los organizados; son, sin duda, más peligrosos. Hacen faltas terribles y, en consecuencia, coleccionan sanciones. Que no sirven de gran cosa, porque las cumplen y vuelven a las andadas.

El más notable *desorganizado* del *calcio* es Marco Materazzi, central del Inter, también llamado Matrix por su afición a la patada voladora.

Materazzi encabeza la lista de los personajes detestados en el fútbol italiano. El codazo a Sorín en la eliminatoria europea frente al Villarreal fue tremendo, pero nada particular en el historial de Matrix, capaz de alcanzar niveles de violencia realmente extraordinarios. En un Milan-Inter de 2003 le pegó a Shevchenko una patada en las costillas. Un año después, en otro Inter-Milan, le clavó la puntera en el pecho a Inzaghi. Luego se ganó dos meses de descalificación por pelearse a puñetazos con Cirillo, del Siena, en el túnel de vestuarios. En octubre pasado realizó una entrada estremecedora a Ibrahimovic. Un senador de la posfascista Alianza Nacional propuso que Materazzi fuera juzgado «como un delincuente común».

El temible Matrix carece del cinismo de los defensas *organizados*, fieles a un viejo lema italoargentino («si sobresale de la hierba, pégale duro; si resulta que es el balón, paciencia») porque lo suyo es el *gore* irracional, la locura repentina, la violencia gratuita. Su padre, el técnico Giuseppe Materazzi, ha tenido que pronunciar más de una vez la frase «mi hijo no es un asesino», más propia de las crónicas de sucesos que de las páginas deportivas. El propio Matrix llamó una

noche a un programa de televisión para gimotear que sus condiciones técnicas eran mediocres y que a veces no podía controlarse. Internet está lleno de insultos a Materazzi. Algunas páginas, como *loscarsomaterazzi.splinder.com*, se dedican en exclusiva a eso, a insultar al «carnicero» Materazzi.

La justicia deportiva hace poco. Hay, sin embargo, otra justicia: la del balón. Ayer funcionó. Empoli-Inter, minuto 92, 0-0. Materazzi controla un balón junto a la línea del centro del campo y, en un arrebató de inspiración, decide cederla hacia atrás. Suelta un globo que pasa por encima del portero y marca, en propia meta, el gol más hermoso de su vida.

La cara que se le quedó a Matrix valió por varias sanciones.

LUNES, 08-05-2006

En *El Aleph*, uno de los relatos más célebres de Jorge Luis Borges, todo lo que ha existido, existe y existirá, multiplicado por todas las cosas que pudieron ser y no fueron, se concentra en una diminuta espiral vertiginosa llamada *aleph*, por el nombre de la cabalística primera letra hebrea. Nunca se ha descubierto un *aleph* en el mundo real, pero en el universo mágico del *calcio* sí hay uno. Se llama General Athletics, aunque es más conocido por las siglas GEA, y las fiscalías de Roma y de Nápoles escudriñan en su interior con el afán de desvelar un fenómeno que durante años ha intrigado a la ciencia: ¿por qué los errores arbitrales, los postes, los huecos en el césped y hasta la meteorología actúan siempre a favor de la Juventus?

La cabeza de GEA es Luciano Moggi, el ferroviario jubilado que dirige la Juventus (tras estancias en Roma, Lazio, Nápoles y Torino) y, se supone, la totalidad del *calcio*. GEA gestiona las carreras de más de ciento ochenta futbolistas y de veinticuatro técnicos, por lo que sus tentáculos se extienden por todo el país y penetran en todos los clubes. Su vocación *alephística* se refleja en el elenco de sus directivos: Alessandro Moggi, hijo de don Luciano; Francesca Tanzi, hija de Calisto Tanzi, ex presidente del Parma y protagonista del mayor fraude empresarial en la historia de Europa; Andrea Cragnotti, hijo de Sergio Cragnotti, ex presidente de la Lazio y protagonista del segundo mayor fraude empresarial en la historia de Europa; Giuseppe de Mita, hijo del ex presidente del Gobierno Ciriaco de Mita; Chiara Geronzi, hija de Cesare Geronzi, presidente del megabanco Capitalia; y Davide Lippi, hijo de Marcello Lippi, seleccionador italiano.

La expresión «tráfico de influencias» no alcanza, ni de lejos, a definir lo que, según los fiscales, se cuece en GEA. Luciano Moggi, que en 1993 se libró con una simple multa y un arresto simbólico de una investigación que demostró que, como director general del Torino, obsequiaba a los árbitros con «señoritas de compañía», parecía el último representante de la Italia más tópica y eterna. Pero Silvio Berlusconi cayó, por poco pero cayó. Inmediatamente después cayó Bernardo Provenzano, el jefe supremo de la mafia siciliana, tras más de cuarenta años en paradero desconocido. Ahora está a punto de caer Luciano, investigado por presunta asociación para delinquir (un delito establecido de forma específica para combatir las mafias) «con el objetivo de cometer fraude en la competición».

Lo único seguro es el cambio en la Juventus. Antonio Giraudo (condenado y luego absuelto por dopar a los futbolistas de la Vieja Señora), Roberto Bettega y el propio Moggi, los tres dirigentes que eligieron un nombre tan siniestro como Tríada (la mafia japonesa) para definirse a sí mismos, protagonizarán la disolución más espectacular desde que en 1970 se pelearon Lennon y McCartney. La familia Agnelli, propietaria de Fiat y de la Juventus, expresó ayer a través del

heredero John Elkann su total «cercanía a los jugadores». De los directivos no dijo nada, para no tener que decir que ya estaban firmadas las cartas de despido.

LA JUVENTUS, PRESUNTO GANADOR DEL SUPUESTO CAMPEONATO ITALIANO

LUNES, 15-05-2006

La Juventus de Turín se convirtió ayer en el presunto campeón de lo que en ciertos medios se considera la Liga italiana. El equipo blanquinegro obtuvo una supuesta victoria, 0-2, frente a la Reggina, lo que le permitió mantener sus teóricos tres puntos de ventaja sobre el Milan y coronar, al parecer, 74 jornadas consecutivas al frente de lo que las autoridades federativas, antes de ser destituidas bajo acusaciones de corrupción rampante, solían definir como «clasificación».

Los jugadores juventinos realizaron un simulacro de celebración sobre el césped y se largaron, cariacontecidos, a esperar el desenlace de lo que, a tenor de todos los indicios, podría ser calificado como el mayor fraude deportivo de la historia mundial. El fiscal napolitano Giuseppe Narducci dijo ayer mismo que la presunta banda criminal creada por el director general de la Juventus, Luciano Moggi, para controlar la Federación, los árbitros, los resultados de los partidos y hasta la moviola televisiva, era «peor que la mafia».

Moggi, con una supuesta lágrima en los ojos, se declaró «inocente» y «destruido» y anunció que dejaba para siempre el fútbol. Posiblemente había leído en los periódicos las transcripciones de sus propias conversaciones telefónicas: después de leer esa retahíla de amenazas, conspiraciones, chanchullos, corruptelas, pactos secretos y obscenidades, era imposible pensar en el *calcio* y no sentir arcadas.

Silvio Berlusconi, propietario (según el registro mercantil) del Milan y hombre célebre por su escrupuloso cumplimiento de la ley, exigió «la restitución inmediata» de los títulos ligeros de 2005 y 2006: daba ya por seguro que la Juventus, que hace un año y ayer mismo pareció ganarlos, sería privado de ellos y que pasarían automáticamente al segundo clasificado.

Resultaba bastante probable que la Juventus los perdiera, pero no tan probable que se los llevara el Milan: eran muchos los partidarios de que ambos campeonatos quedaran desiertos como recordatorio eterno de un fraude que no debía (en teoría) repetirse.

¿La Juventus, a segunda? Pues sí, para no dar la razón al grupo de atontados que ayer, haciéndose pasar por *tifosi* juventinos (mejor no pensar que lo fueran realmente), colgaron en el estadio una pancarta con el siguiente texto: «El fin justifica los medios». Hundir a la Juventus en las divisiones inferiores sería, en términos de repercusión social, como colocar al Real Madrid en tercera o peor. No hacerlo equivaldría a aceptar que los tramposos ganan siempre.

Esta presunta columna opta por adherirse al fraude clamoroso del *calcio* y se copia a sí misma, en versión del 21 de febrero de 2005: «La verdad, en el *calcio*, es sólo una. La verdad se llama Luciano Moggi y es un señor calvo residente en Turín. Luciano Moggi es una de las pocas personas que saben por qué ocurre lo que ocurre». El (supuestamente) lo sabía. El resto de Italia y del mundo se limitaba (supuestamente) a sospecharlo.

Que los jueces hagan ahora lo suyo, si les dejan. Afortunadamente, según fuentes oficiales, el campeonato se ha acabado. ¡Qué asco!

LUNES, 12-06-2006

Puestos a elegir, lo de España es bastante cómodo. No gana nunca y, por tanto, no sabe lo que se pierde. Se sufre más cuando se ha experimentado alguna vez el éxtasis de la victoria. Es el caso de Italia, que lleva un cuarto de siglo, toda una generación, intentando disfrutar de nuevo aquel placer brutal de 1982.

Una y otra vez, los *tifosi* y sucesivas selecciones han soñado con la repetición exacta del *crescendo* que condujo a la gloria en el Bernabéu. Pocos recuerdan los campeonatos de 1934 y 1938. Aquellos títulos mundiales no sirven como modelo porque para reproducirlos con un mínimo de fidelidad habría que poner a Mussolini en el palco y contar con árbitros entregados a la causa, de esos que hoy por hoy sólo tiene garantizados la Juventus. El Mundial de España es, pues, la referencia obsesiva.

El *modelo 82* comporta un problema: agudiza la angustia del aficionado hasta niveles difícilmente soportables, porque implica un arranque mísero, una insólita sucesión de casualidades, algún amaño y al final, sólo al final, una maravillosa floración de fútbol. Jugar bien de entrada no le sirve a Italia: lo probó en 1978, con la mejor selección *azzurra* que se recuerda, y no funcionó. Italia siempre ha necesitado tocar fondo para dar lo mejor de sí, y esa característica nacional forma parte de su ADN futbolístico.

Para tener esperanzas, Italia necesita presentarse a la competición con los fiscales a costas. En 1982 fue por el escándalo de las apuestas clandestinas; esta vez, por los árbitros *juvedependientes*. Primera condición, cumplida. Necesita también que nadie apueste un duro por los *azzurri*. El maestro Gianni Mura predice en *La Repubblica* que Italia vencerá a Ghana, empatará con Estados Unidos y perderá con la República Checa, lo que la conducirá al segundo puesto, al emparejamiento con Brasil y al regreso a casa. Por ahí también vamos bien.

Luego viene lo difícil. En 1982 la primera fase italiana osciló entre la sordidez y la abyección: empate a cero con Polonia, empate a uno con Perú y empate a uno (muy, muy, muy sospechoso) con Camerún. Italia siguió adelante por coeficientes y por chiripa, sin haber ganado un solo partido. En la segunda fase tocó Argentina. Gentile cosió a patadas a Maradona y los *azzurri* ganaron 2-1. Y por fin Brasil, la floración, el milagro, el 3-2 de Sarriá. A partir de ahí, final incluida, puro trámite.

Para atenerse al programa, Italia tendrá que esmerarse hoy en jugar de pena (el reto está a su alcance) y en mostrar una patética incapacidad goleadora. Si sale bien, la maniobra se repetirá frente a Estados Unidos y frente a los checos, de forma que todo el mundo se pregunte cómo un equipo tan peñazo puede pasar a la siguiente fase. Entonces topará con Brasil y, según los planes, ocurrirá la floración milagrosa: Materazzi, quizás ayudándose con una porra eléctrica, se

encargará de Ronaldinho como Gentile se encargó de Maradona; y Paolo Rossi se reencarnará en Luca Toni.

Ya está. Mundial ganado. El fútbol, si se planifica bien, es más fácil de lo que parece.

2006-2007

El Inter, huérfano de campeonatos ligeros desde 1989, se cosió en el pecho el *scudetto* de la temporada anterior, ganado en los despachos por la sanción a la Juventus. Pero la parroquia interista tenía necesidad de un título de verdad. El desguace juventino ayudó: Ibrahimovic y Vieira se vistieron de azul y negro y participaron en una campaña triunfal. El Inter fue campeón, seguido por la Roma y el Milan.

Se habló mucho sobre la decadencia del *calcio*. Los expertos consideraban que el fútbol italiano estaba por detrás del inglés y el español. Pero a principios de primavera despertó el Milan, un club sancionado por corrupción, lleno de jugadores veteranos y enganchado de milagro a la Liga de Campeones. El «Diablo» rojinegro pasó por encima del Manchester United en semifinales y ganó al Liverpool en la final, desquitándose de la derrota sufrida dos años antes. Italia era campeona del mundo y el Milan reinaba sobre Europa. Si existía la decadencia, resultaba muy llevadera.

¿QUIÉN MATÓ A KENNEDY?

LUNES, 02-10-2006

Las teorías conspiratorias son edificantes porque, de alguna forma, enaltecen al ser humano. Contra la evidencia de que el hombre tiende sin remedio a la chapuza, la indiscreción y la soberbia, quienes creen en *las verdades alternativas* atribuyen a sus congéneres una capacidad suprema para planear, ejecutar y silenciar de manera perfecta formidables maniobras secretas que alteran el destino del mundo.

Abundan quienes creen que la llegada a la Luna fue un montaje, que el 11-S fue organizado desde Jerusalén y el Pentágono, que los socialistas españoles mantienen una relación perversa con unos polvos bóricos y que Elvis Presley sigue vivo. En Italia, el país de la *dietrología* (la ciencia de lo que está detrás, oculto), esa tendencia a la fabulación posee una gracia especial por la distancia entre lo real (el país funciona de milagro) y lo fantástico (todo lo que ocurre forma parte de un plan maestro).

La última gran teoría *dietrológica* italiana explica bajo una nueva luz lo que ha ocurrido en el *calcio*. Pensábamos que el director general de la Juventus, Luciano Moggi, había creado una trama de relaciones con los poderes federativos y arbitrales que le permitía manipular los resultados. Parecía que las conversaciones telefónicas intervenidas a Moggi y a otros dirigentes de su cuerda resultaban esclarecedoras: pedían un árbitro así o asá, que amonestara a tal jugador o a tal otro, que pitara un penalti a favor de éste o aquél..., y el domingo siguiente salía todo clavado. El asunto se perfilaba bastante claro, dentro de la turbiedad.

Miles de juventinos, entre ellos el actual técnico del equipo, Didier Deschamps, están convencidos de que las cosas no fueron así. En realidad, ocurrió lo contrario. Se ha descubierto (y ésa es la parte cierta: todas las teorías conspiratorias necesitan un punto al que agarrarse) que el jefe de seguridad de Telecom Italia formaba parte de una banda que espiaba ilegalmente a miles de ciudadanos más o menos poderosos. A partir de ahí, las piezas encajan.

¿Quién era el presidente de Telecom? Marco Pronchetti Provera, vicepresidente del Inter. ¿Quién asumió las riendas del *calcio* tras descubrirse los manejos de Moggi? Guido Rossi, el nuevo presidente de Telecom y forofo interista. ¿Quién es el vicepresidente ejecutivo de Telecom? Carlo Buora, otro vicepresidente del Inter. ¿Qué hizo el propietario del Inter, Massimo Moratti, cuando antes de que estallara el escándalo recibió la confidencia de que el árbitro De Santis no era imparcial? Contrató a un detective para que averiguara si la acusación era cierta y el detective resultó ser socio del jefe de seguridad de Telecom. ¿Más pruebas? El patrocinador del *calcio* es Tim, sociedad filial de Telecom.

Según *la verdad juventina*, el Inter y Telecom manejaron durante años los hilos de la corrupción y echaron las culpas al pobre Moggi, pillado en un par de desahogos telefónicos.

Moratti, el patrón interista, un tipo que en quince años de gestión no dio pie con bola, nos tuvo bien engañados. Mientras se hacía el tonto, organizó un plan maquiavélico cuyos objetivos aparecen hoy claros: uno, jorobar a Moggi; dos, que la Juventus ganara siempre y el Inter nunca (a este segundo objetivo aún no se le ha encontrado explicación *dietrológica*).

Moratti prestará hoy declaración voluntaria ante el fiscal especial del *calcio*. Habrá que preguntarle dónde estaba el día en que mataron a Kennedy: éstos del Inter son capaces de cualquier cosa.

LA MALDICIÓN DEL «GRUPO SALVAJE»

LUNES, 16-10-2006

Giorgio *Long John* Chinaglia fue el corazón de aquel equipo de «locos, salvajes y sentimentales, simpatizantes fascistas, pistoleros y paracaidistas, jugadores de azar y bailarines de club nocturno; era un equipo dividido en clanes, con dos vestuarios; quien entraba en la habitación errónea corría el riesgo de encontrarse con la amenaza de una botella rota bajo el cuello». La frase es de Guy Chiappaventi, periodista, *tifoso laziale* y autor de *Pistolas y balones*, un libro sobre aquel grupo salvaje que dio a la Lazio, en 1974, un inolvidable título de Liga.

Chinaglia, un ariete de fuerza descomunal, era jefe de un clan. El jefe de la otra facción era el lateral izquierdo, Gigi Martini, hoy diputado posfascista. «En aquel equipo —recuerda Felice Pulici, el portero—, llevábamos pistola más o menos todos.» En las concentraciones disparaban contra las farolas, las lámparas del hotel o los *tifosi* de la Roma. El interior Luciano Re Cecconi murió durante un atraco fingido: un joyero vio el arma, no cayó en la broma y disparó. *Long John* Chinaglia usaba una Magnum del calibre 44, capaz de atravesar paredes.

Aquel grupo indeseable, pero triunfal, estableció la ecuación que identifica a la Lazio con el fascismo. Decenas de miles de seguidores laziales de todas las coloraciones políticas querían romper la ecuación a martillazos, pero es inútil porque existe en ella una verdad matemática: la ultraderecha domina la grada. Di Canio, el delantero con la efigie de Mussolini tatuada sobre la piel, abandonó el equipo tras la pasada temporada. Ya nadie en el césped saluda brazo en alto. La sombra fascista, sin embargo, emerge de nuevo.

Esta semana han sido detenidos Fabrizio Piscitelli, alias *Diabolik*, Fabrizio Toffolo, Yuri Alviti y Paolo Arcivieri, fundadores y jefes de Los Irreductibles, definidos por el fiscal como «el grupo más fascista, racista, homófobo y antisemita» de entre todos los grupos fascistas que, del lado de la Lazio y la Roma, pueblan la grada del estadio Olímpico. Los cuatro son acusados de ejercer como mamporreros del mítico *Long John* Chinaglia, residente en Estados Unidos, sobre el que pesa una orden de arresto.

Según el fiscal, Chinaglia quería adueñarse de la sociedad e inventó una oferta de compra de un supuesto grupo inversor húngaro.

Mientras decía representar a los fantasmagóricos húngaros con papeles falsificados en Nápoles y agitaba la falsa oferta para especular en bolsa con acciones de la Lazio, Los Irreductibles amenazaban al actual presidente, Claudio Lotito, y al entrenador, Delio Rossi, con el fin de que uno vendiera a cualquier precio y el otro abandonara. Más concretamente, amenazaban a las esposas de ambos con llamadas telefónicas de contenido irreproducible. Los cuatro *ultras*, con un largo expediente judicial, ya se veían como directivos de la mano de Long John.

Chinaglia fue una vez presidente de la Lazio, en 1983. Sólo consiguió el descenso a segunda.

Luego se dedicó a comprar y vender otras sociedades futbolísticas italianas y a organizar eventos deportivos desde Nueva York. Pero entre Chinaglia y la Lazio existe una atracción fatal, un vínculo indestructible y ruinoso para ambas partes. Chinaglia quiso volver. La grada se pasó meses vitoreando su oferta de compra y vituperando al presidente Lotito. Ahora Chinaglia es un fugitivo.

Buena parte de la grada, hija del mito del *grupo salvaje* de 1974, sigue estando, pese a todo, con *Long John* Chinaglia y Los Irreductibles. Los cuatro *ultras* detenidos tienen entre 40 y 46 años: eran niños cuando se ganó aquel *scudetto* de los balones y las pistolas. La maldita ecuación debió de quedárseles grabada en el alma.

ELOGIO DE LA LOCURA

LUNES, 30-10-2006

Los manuales de Derecho Procesal deberían incorporar con urgencia los mecanismos de la justicia deportiva italiana. A estas alturas del siglo XXI parece desabrido, incluso un poco grosero, emitir una sentencia y darla por válida, dejando al pobre reo, que al fin y al cabo es quien más sabe del caso, con la palabra en la boca y el corazón encogido. ¿Es eso civilización? No, eso es autoritarismo retrógrado.

Lo moderno es lo que ha ocurrido esta semana en el *calcio*: jueces y reos (Juventus, Milan, Lazio, Fiorentina y, en sumario aparte, Reggina) se han sentado a discutir las sentencias ya pronunciadas y han llegado a un acuerdo para rebajarlas. Es hermoso, ¿no? Los tribunales deberían funcionar así en todas partes. «¿Cómo? ¿Cadena perpetua por 20 atracos con violencia y tres homicidios? Seamos hombres de mundo, señor juez, no nos dejemos llevar por un arrebató.» El juez acaba comprendiendo y dejando la cosa en seis meses de arresto domiciliario, porque el reo es en el fondo simpático y, además, bastante disgusto se ha llevado con todo el lío del proceso. Que le sirva de lección y que no vuelva a portarse mal.

El sistema se llama «arbitraje» y ha permitido a la Juventus recuperar de golpe ocho de los 17 puntos de penalización con que, de forma adicional al descenso, la sociedad había sido sancionada. La Lazio también ha sabido negociar con los «árbitros» judiciales: de menos 11 a menos tres. Al Fiorentina le ha salido peor: de menos 19 a menos 15. Y el Milan no ha ganado nada y se queda en menos 8.

Pese a toda su elegancia social, el «arbitraje» puede confundir un poco al aficionado. Especialmente si no maneja con soltura los conceptos de «responsabilidad objetiva» y «responsabilidad subjetiva», que hoy, en el *calcio*, han sustituido al fuera de juego posicional como cumbre teórica de la discusión de bar. Para quienes se pierden con esas sutilezas, la única esperanza es el fútbol. Que a veces es capaz de redimir cualquier miseria.

Al Milan y al Inter habrá que agradecerles durante mucho tiempo lo que hicieron el sábado en San Siro. Al Inter un poco menos, porque hizo lo que se esperaba de él: pegar y encajar, como un púgil demasiado joven y demasiado fuerte, ansioso por ganar y alzar el título. Lo del Milan tuvo especial mérito, porque con un 1-4 en contra y la alineación cargada de años (Seedorf, Maldini, Cafú, todos cercanos a los 35) arremetió contra el Inter y estuvo a punto de comérselo. Un derbi que concluye 3-4 permite olvidar un montón de asquerosidades, tanto objetivas como subjetivas.

Los goles y el juego no lo fueron todo. Lo más importante, esta vez, fue la locura. Tras marcar su gol, Stankovic se lanzó sobre el entrenador, Mancini, y le zarandeó como a un muñeco gritando «¿Lo ves?, ¿lo ves?». El primoroso flequillo de Mancini quedó seriamente dañado. Más tarde, durante los últimos minutos, con el Milan enloquecido al ataque, Vieira se lastimó el tobillo, pero

Maldini prefirió sustituir a Ibrahimovic. Vieira siguió sobre el césped, cojo y furioso, hasta el silbido final. Entonces se lanzó sobre Mihailovic, el «segundo» de Mancini, le dijo de todo y le pegó unos cuantos empujones, por no pegárselos directamente a Mancini.

Lo máximo en materia de locura pasional no correspondió, sin embargo, a Stankovic o a Vieira, sino, como de costumbre, a Materazzi. El futbolista más detestado del mundo marcó un gol de cabeza, el 1-4, y se levantó la camiseta para mostrar la inscripción que llevaba debajo: «Felicidades, Davide». Su hijo Davide, forofó del Milan (es lo que pasa con padres así), cumplía años. A Materazzi le expulsaron por ese gesto y su ausencia dio alas al Milan.

Los franceses dirán lo que quieran. Entre la responsabilidad objetiva, la responsabilidad subjetiva y Materazzi, uno se queda con Materazzi y con la locura, toda la vida.

LUNES, 13-11-2006

El fútbol, como la vida, está lleno de tiempo-basura. Como la vida, el fútbol se descompone al final en un puñado de momentos brillantes. El resto es un vago malestar: fenómenos metabólicos, estadísticas, humo. Y, sin embargo, ni el fútbol ni la vida son mal negocio. Hay momentos que duran para siempre.

El sábado, poco después de las diez de la noche, uno de esos momentos iluminó el *calcio*.

El Milan y la Roma empataban a uno en un encuentro importante para ambos. El Milan, un viejo acorazado con la cubierta llena de cañones y un montón de vías de agua en la sentina, necesitaba demostrar que aún podía ganar una gran batalla. Ya había perdido en casa con el Inter y el Palermo, los dos jefes de la clasificación, y no podía permitirse otra derrota. La Roma, que no quería alejarse de los líderes, sentía menos urgencia porque pensaba en la historia: llevaba veinte años sin triunfar en casa del Diablo y le faltaba una victoria, que podía ser ésta, para alcanzar las mil en la Serie A. El Milan se jugaba la vida. La Roma se jugaba la gloria.

El Milan había salido con rabia tras el descanso y los romanistas se refugiaban atrás, contra las cuerdas, confiando en sacar un golpe que noqueara al rival. Pero todos los golpes los daba el Milan. Hacia el minuto 15 del segundo tiempo, cualquier apostador sabía dónde poner su dinero. El místico del Roma, Spalletti, comprobó que era suicida exponerse a la potencia de fuego del acorazado milanista y retiró a Perrotta, la pieza central del tridente, para introducir a un chaval de 20 años llamado Aquilani. Delante, como falso ariete, siguió Francesco Totti, *Francé* (léase Franché), 30 años, cerebro rápido y trote lento, un genio con el peroné lleno de clavos y arandelas.

Francé ya había marcado el gol de su equipo. Con Aquilani, que salió dispuesto a hacer el partido de su vida, la Mágica se echó encima del Milan.

Faltaban siete minutos para el final cuando ocurrió lo que ocurrió. Seedorf perdió la pelota no muy lejos de su área. El balón se aproximó a Aquilani, quien, rodeado de dos contrarios, probó una cosa absurda: un centro de *rabona* dirigido a su espalda, hacia el extremo izquierdo, donde debía estar Mancini. La *rabona* salió perfecta, Mancini apareció por la banda y tocó hacia el área. A Totti, ariete inverosímil, le bastó poner la cabeza. Apenas cinco segundos para fabricar un gol maravilloso. Y una victoria histórica.

Un momento mágico es una puerta abierta al sueño. En cuanto terminó el partido, Totti y los suyos empezaron a pensar en el *scudetto*. ¿Por qué no? El portero, Domi, está en forma. Los dos centrales, Mexes y Chivu, son hoy los mejores del campeonato. La pareja de mediocentros, De Rossi y Pizarro, no desmerece frente a cualquier cosa que puedan alinear el Inter, el Milan o el sorprendente Palermo.

Los extremos brasileños, Taddei y Mancini, no pertenecen a la categoría del centrocampista

reciclado: son de verdad. Y luego está Totti.

Lo normal es que este *scudetto* acabe cosido en la camiseta del Inter porque, con el *ogro* Juventus encerrado en la Serie B y el Milan achacoso, la Bienamada más potente del último decenio carece de excusas.

Pero la magia, ese material invisible que se pega a la memoria, está del lado de la banda de veinteañeros que dirige Totti. Como los adolescentes enamorados, hacen cosas imposibles.

Lo cual, en romano, se dice en dos palabras: «Ahó, Francé». El resto se expresa con los ojos y las manos.

LIBERACIÓN

LUNES, 20-11-2006

La peor violencia no es la que rompe huesos y derrama sangre. La peor es la que quiebra la voluntad de la víctima, que, envilecida, acaba dando las gracias al agresor. El llamado *síndrome de Estocolmo*, por el que el secuestrado se identifica con el secuestrador, forma parte de ese tipo de violencia, muy abundante tanto en la variedad individual como en la colectiva: se da en las familias, en las empresas, en la política. Y en el deporte. Fue, durante años, el caso del Siena.

El actual Siena nació en 1904 con un nombre interesante, Sociedad de Estudio y Diversión, y una camiseta aún más interesante, a cuadros blancos y negros, como la bandera local. El Siena fue, por tanto, la formación blanquinegra original: la Juventus nació de color rosa. Lo de Estudio y Diversión duró poco y fue sustituido por una denominación aún más curiosa, la de Sociedad Deportiva Robur. Como Robur, en 1908, los sieneses empezaron a participar en competiciones futbolísticas más o menos serias.

Siguió casi un siglo sin grandes gestas. En 2000, tras cincuenta y cinco años en las categorías regionales, el Siena (con ese nombre desde 1934) volvió a la Serie B. Y en 2003, el éxtasis: la Serie A, la máxima categoría.

El Siena, sin embargo, disfrutó poco. En las tres temporadas siguientes se salvó por los pelos del descenso y fue incapaz de formar una plantilla competitiva. Las razones eran obvias: el Siena era un *filial*, una cantera, un campo de entrenamiento dirigido por fuerzas extrañas. Los más piadosos calificaban al Siena de *filial* de la Juventus, pero no era cierto: era filial de una sola persona, llamada Luciano Moggi. A través de su sociedad de futbolistas, la GEA, Moggi controlaba el Siena y lo utilizaba para sus intereses: tomaba del Siena los jugadores que le interesaban, *aparcaba* allí a los pupilos que no podía colocar en otra parte...

Un caso particular fue el de Stefano Argilli, un defensa que llegó al Siena en 1996 y se convirtió en el protagonista del ascenso de la Serie C a la A. En 2005, Argilli, el jugador más amado por la afición, fue traspasado al Módena por razones que nadie supo explicarse. Las explicó el propio Argilli: «Porque en el Siena manda Moggi». Y a Lucianone le convenía, para cuadrar las cuentas de GEA, que Argilli fuera al Módena.

El director general del Siena, Giorgio Perinetti, lo explicaba hace poco a *La Gazzetta dello Sport*: «Llevábamos grabada en la piel la etiqueta de *moggi dependientes*, y no era agradable convivir con las risitas ajenas y con frasecitas referidas a que con nuestros *contactos* nunca volveríamos a bajar», dijo. Perinetti se declara aún «amigo» de Moggi y asegura que la *dependencia* favorecía a los sieneses, poniéndolos en condiciones de «pescar a manos llenas en el parque de futbolistas de la Juventus».

¿Pescar? ¿A manos llenas? Lo único que pescó el Siena fueron disgustos, miseria y

salvaciones de último minuto. La prueba de que Moggi era un yugo se dio en cuanto se derrumbó, este verano, el sistema de Lucianone. El Siena buscó jugadores por donde pudo y reunió a Frick, Conco, Gastaldello, Bogdani, Beretta. Inició la temporada con un punto de penalización, por no pagar impuestos, pero tiene ya 16. Sin la penalización, estaría a dos puntos de la Liga de Campeones.

Emilio Giannelli, un dibujante que publica cada día una viñeta-editorial en la portada del *Corriere della Sera*, el principal diario del país, es *tifoso* del Siena y hace un resumen de la situación con un tremendismo muy toscano: «Vivir como súbditos es contrario a la historia de Siena y de los sieneses; fuimos los últimos en ceder ante Carlos V; y eso por culpa de la traición de los florentinos. Finalmente, hemos reconquistado nuestra libertad también en el fútbol y no somos ya prisioneros de Moggi».

UN AÑO NEGRO PARA LA JUVENTUS

LUNES, 18-12-2006

Resultará que sí, que es la temporada del Inter. Las señales se multiplican: un Inter brasileño gana la Intercontinental, el Estudiantes (dirigido por dos ilustres veteranos interistas, Simeone en el banquillo y Verón en el campo) gana el campeonato argentino. Y en el Inter que nos ocupa, el italiano, Marco Materazzi marca goles de chilena: el de ayer podría haberse anulado por juego peligroso porque un tipo de casi dos metros con los pies en alto es una amenaza, más si los pies son de Matrix; pero valió. Son ya nueve victorias consecutivas, un liderato desahogado y la palabra *scudetto* pintada en la frente.

La temporada será del Inter, parece claro. Pero el año es de la Juventus. Ningún aficionado podrá olvidar las desgracias que han caído en 2007 sobre la institución turinesa.

Primer golpe, el descubrimiento de la manipulación arbitral. Segundo, el título retirado y concedido al Inter. Tercero, el descenso a la Serie B, con penalización incluida. Cuarto, la hemorragia de la plantilla: dicen adiós Vieira, Ibrahimovic, Cannavaro, Emerson, Thuram, Zambrotta. Hasta aquí, los golpes son deportivos. A partir del quinto, ya no: el quinto es la tragedia de Pessotto, recién transformado de jugador en delegado del equipo, y que en plena depresión se lanzó desde la azotea de la sede social y durante días se debatió entre la vida y la muerte.

El sexto llegó el viernes, donde menos podía esperarse: en la categoría juvenil. El Berretti, uno de los equipos de la cantera blanquinegra, terminó de entrenarse a las 17:30 en el centro deportivo de Vinovo. Dos de los jugadores, Alessio Ferramosca, centrocampista zurdo, y Riccardo Neri, portero, ambos de 17 años, no entraron con los demás en el vestuario. Se quedaron fuera para recoger los balones y nadie notó su ausencia hasta una hora después.

Ferramosca y Neri fueron hallados a las 20:30. Aparentemente, habían intentado repescar varios balones caídos en un pequeño estanque de las instalaciones, dedicado a la recogida de agua de lluvia. Ferramosca se había ahogado. Neri había luchado durante horas y su corazón latía aún, pero sufría una hipotermia aguda (su cuerpo estaba a 22 grados, más allá del límite mortal) y los esfuerzos por reanimarle resultaron inútiles.

La Fiscalía de Turín abrió ayer una investigación bajo la hipótesis de homicidio involuntario. El estanque, de cuatro metros de profundidad, estaba revestido de material plástico y tenía las paredes casi verticales: era imposible salir de él. No había señalización de peligro. Y ningún responsable del equipo se quedó con los dos muchachos: suele decirse que el trabajo de un entrenador de juveniles no concluye hasta que todos sus chicos vuelven al vestuario.

Maurizio Schincaglia, el desolado entrenador del Berretti, y los máximos dirigentes juventinos corren riesgo de procesamiento. La desgracia, en cualquier caso, ya había ocurrido. El equipo de

los mayores suspendió su encuentro y la afición blanquinegra volvió a encogerse de dolor.

La temporada de la Juve avanza entre desgracias. Como en el Apocalipsis bíblico, se abren uno a uno los siete sellos de las calamidades. Ya son seis. Debería bastar.

LOS HEREDEROS DE MULCASTER

LUNES, 15-01-2007

Todo era más fácil con la *esferomaquia* griega o el *harpastum* de las legiones romanas. Pasaron más de mil años y seguía siendo fácil, fuera con los partidos carnavalescos del medioevo inglés (cientos contra cientos durante toda una jornada), con el *soule* francés o con el aristocrático y violento *calcio* florentino (27 contra 27). El asunto consistía en organizar una batalla campal en torno a un balón. Las cosas suelen ser sencillas hasta que alguien teoriza. En el caso del fútbol, el nacimiento de la teoría data de 1581. El culpable fue un extraordinario pedagogo, Richard Mulcaster, que criticó la práctica habitual, consistente, según sus propias palabras, en «amontonar a una multitud de villanos entre espinillas magulladas y piernas rotas», y sugirió algunas modificaciones: «un número inferior de jugadores, organizados en zonas y posiciones», con «un maestro de entrenamiento» y alguien que pudiese «valorar el juego, un juez *superpartes* con autoridad».

Pasaron tres siglos antes de que la Football Association estableciera, tras unos cuantos tanteos a ciegas (como la prohibición inicial de pasar el balón hacia adelante), las primeras normas reconocibles. Luego llegaron Didí (el brasileño que enseñó al mundo a chutar), la profesionalización, el balón impermeable ligero y la globalización hipercapitalista. Pero Mulcaster había intuido lo esencial: aquel juego rudimentario podía estilizarse y evolucionar hasta convertirse en una actividad científica. La lectura de *How to Score* (Cómo marcar), un libro del físico británico Ken Bray que combina ciencia, historia y fruición, ayuda a entender hasta qué punto el resultado de un partido de fútbol depende de factores oscuros, casi mágicos.

Cuando empieza la temporada hay ya muchas cosas seguras. Los centrocampistas de todos los equipos van a correr más o menos lo mismo, unos 10 kilómetros por partido; los porteros van a ser los jugadores que más tiempo controlarán el balón; habrá un gol cada diez remates o nueve si los delanteros son habilísimos... Lo esencial está predeterminado.

Luego, unos ganan y otros pierden y nunca se sabe realmente por qué. Quien sepa por qué va mal el Madrid, por qué renquea el Chelsea o por qué el Inter parece invencible que levante la mano. La clave, por supuesto, radica en el equipo: cuanto más colectivo el juego, mejor. Vale. El misterio, pues, se esconde en la construcción de un equipo.

Los entrenadores son como los economistas: la ciencia que acumulan sirve básicamente para explicar por qué no se cumplen sus pronósticos. Cuando sí se cumplen, cuando los proyectos cuajan y se encuentran en las manos con una formidable máquina de fútbol, algunos reaccionan con arrogancia, como Fabio Capello o José Mourinho. No es extraño: les ha salido bien una fórmula mágica y se sienten los reyes del mambo.

Otros, más lúcidos, adoptan una sonrisa melancólica. Es el caso de Roberto Mancini. Fue un

futbolista rebelde y exquisito y es el tipo más elegante del *calcio*, posee un yate espléndido y, con sólo 42, años, dirige un Inter implacable. El equipo tradicionalmente más caótico y propenso a las neurosis se ha metamorfoseado, de un año a otro, en una fábrica de victorias de ritmo japonés. Sin embargo, Mancini habla menos que otras temporadas. Parece inmerso en un nirvana triste, como el Frank Rijkaard de los buenos tiempos.

¿Qué puede decir? Sabe lo que ha hecho y que las cosas van bien. También sabe que, habiendo hecho lo mismo, las cosas podrían ir mal. Los herederos de Mulcaster, llegado el siglo XXI, disponen de presupuestos gigantescos, bancos de datos, asesoramiento clínico y jugadores con extraordinarios recursos técnicos. Intentan combinarlo todo y luego hacen la danza de la lluvia. A veces, llueve. A veces, no.

LUNES, 12-03-2007

Lo de Mestalla, con su empate y su tangana, entraba dentro de lo predecible. El Valencia y el Inter jugaron con los dientes apretados y la yugular hinchada, a la argentina, y en esos casos puede escaparse el mordisco. La bronca final habría sido penosa, pero venial, de no enloquecer aquel muchacho del banquillo. Llegarán los castigos y se robustecerá, probablemente, la mutua antipatía. En cualquier caso, cuenta lo que cuenta. Y el avance del Valencia a cuartos no constituye una gran sorpresa. Tampoco el avance del renqueante Milan, cuya necesidad de prórroga ante el Celtic, como su derrota de ayer ante el Inter, da una idea bastante exacta de la realidad rojinegra.

Lo verdaderamente peculiar fue lo de la Roma.

Si un marciano hubiera bajado a la Tierra el martes, se hubiera abonado a todos los canales de pago y hubiera estudiado todos los encuentros europeos, habría llegado a la conclusión de que la Roma es el gran *tapado* de esta Liga de Campeones.

La gracia de la Roma radica en un alma impredecible. Y esa gracia excéntrica se ajusta como una camiseta al cuerpo de Alessandro Faiolhe Amantino, conocido como Amantino Mancini. ¿Alguien se acuerda de Luis Silvio Danuello? ¿No? No, claro. El tal Danuello era un jugador aficionado en Brasil, adquirido casi a ciegas en 1980 por el Pistoiese, recién ascendido a la máxima categoría. Cuando llegó a Italia, le preguntaron si era delantero: «Sei una punta?». Danuello dijo que sí, que era «ponta», lo que en portugués significa centrocampista. Le colocaron de ariete, duró seis partidos y el Pistoiese bajó de nuevo a la B.

Pues bien, lo de Mancini es como lo de Danuello, pero al revés. Amantino Mancini llegó a Italia en 2002, adquirido por la Roma al Atlético Mineiro y cedido al Venezia. La Roma lo había fichado como recambio de Cafú porque en Brasil jugaba como lateral derecho, y el técnico veneciano, Gianfranco Bellotto, le mantuvo en esa posición. Fue un desastre.

La temporada siguiente, 2003-2004, Fabio Capello lo rescató para la Roma. Aún no había debutado y ya estaba en todos los chistes: los pronosticadores profesionales le señalaban como el fiasco del año. Capello le hizo jugar un poco más adelantado, como centrocampista externo, y el público empezó a dudar de que Amantino fuera tan malo como había parecido en Venecia. Entonces llegó el derbi con la Lazio y el gol mágico de Amantino: córner y remate de tacón, al ángulo, en un salto indescritiblemente bello. Los romanos, que, por razones de vecindad vaticana, tienen a Dios muy a mano (uno de sus gritos contra la afición adversaria es «Che Dio vi furmini» —Que Dios os fulmine— con acento local), bautizaron la jugada como «il tacco di Dio». Mancini empezó a tocar la gloria.

Luego hubo lesiones y complicaciones. Lo peor fue lo segundo: cuando se juega en la Roma,

pelearse con Francesco Totti constituye una gran complicación. Mancini se peleó con el tótem. Por entonces, su traspaso a la Juventus se daba por seguro. En éstas que llegó Luciano Spalletti al banquillo romano y prohibió la venta del hombre del tacón de oro. Spalletti forzó la reconciliación con Totti y adelantó un poco más la posición de Mancini. El brasileño que llegó a Italia como lateral derecho se transformó en extremo izquierdo.

Quien vio el gol de Amantino Mancini frente al Lyon (control de un balonazo larguísimo, cinco bicicletas en el área, adiós para siempre al defensa y zurdazo a la escuadra) tiene motivos para besar la calva de Spalletti y para amar el fútbol.

La Roma es capaz de jugar muy bien, como demostró el martes. Si juega siempre así, llega paseando a la final de Atenas. Pero la Roma, como Totti, como Mancini, sufre de vez en cuando ciclotimias agudas. Eso suele ser fatal en la Liga de Campeones. La eliminatoria con el Manchester dará la medida romana. Si las cosas van mal, quedará al menos el gol de Mancini. Y se podrá hacer con él lo que recomendaba Trapattoni, con su involuntario surrealismo: «Olvidarlo como un recuerdo bellísimo».

LA ETERNIDAD INMUTABLE

LUNES, 19-03-2007

Los antiguos egipcios distinguían dos tipos de tiempo infinito. Uno era el *neheh*, en el que los ciclos característicos del tiempo (días, mareas, equinoccios) se sucedían indefinidamente. Otro era el *djet*, un concepto paradójico porque definía el tiempo por su ausencia: el *djet* era la eternidad inmutable, sin ciclos, sin envejecimiento, sin regeneración. En el *djet* no era posible ningún cambio. *Neheh* y *djet* eran obviamente incompatibles. El faraón podía irse al *djet* una vez muerto en el *neheh*, pero no saltaba de uno a otro.

En Italia, la incompatibilidad entre *neheh* y *djet* no resulta tan clara. Funcionan los relojes, pasan los días y la gente envejece, por supuesto. El senador vitalicio Giulio Andreotti, conocido en el Parlamento como Belcebú, puede ser, como sospechan algunos, inmortal; ello no le impide envejecer y experimentar cambios. Existe constancia, por ejemplo, de que a mediados de los ochenta Andreotti se hizo unas gafas nuevas, con la montura más fina. Los ciclos italianos del *neheh* parecen, sin embargo, impregnados del espíritu de inmutabilidad propio del *djet*.

No hablamos de política, aunque la política forme parte del misterio. Ahora mismo, la ciudadanía del *Bel paese* se enfrenta a una perspectiva peculiar: si en un plazo más o menos breve hubiera que celebrar elecciones anticipadas, cosa posible, podría verse obligada a elegir entre Romano Prodi y Silvio Berlusconi. Como siempre. Y a esperar un nuevo programa de Adriano Celentano. Como siempre.

Hablamos de fútbol. Quizás el lector recuerde que en el estadio de Catania un policía fue asesinado en una noche de terribles disturbios (2 de febrero de 2007) y que las autoridades prometieron un cambio drástico. Se acabaron las contemplaciones, dijeron. Basta de tolerancia. Todo iba a ser distinto y nuevo. El Gobierno aprobó un paquete de medidas para salvar el *calcio* de una violencia autodestructiva y lo envió al Parlamento. El paquete de medidas está ahora en la Cámara de Diputados, un espacio sospechoso de contener *djet*. Y las nuevas normas durísimas, reblandecidas en adobo de enmienda garantista, se parecen cada vez más a las viejas normas complacientes. Volverán los contratos entre clubes y peñas de *ultras*, volverán los trenes del salvajismo y, poco a poco, volverá todo lo demás.

¿Que no? La Liga de fútbol ha caído en manos de Antonio Matarrese, un antiguo diputado democristiano que dirigió la Liga entre 1982 y 1987 y la Federación entre 1987 y 1996. Todo un clásico. Un tipo con experiencia suficiente para afirmar que las matanzas en los estadios forman parte del sistema y no hay que hacer tantos aspavientos. La Federación, que tras el escándalo de la manipulación de resultados (hace una eternidad: ocurrió en 2006) fue confiada a un eminente jurista, Guido Rossi, y luego a un renovador como Luca Pancalli, celebrará elecciones el mes que viene. El candidato con más posibilidades se llama Giancarlo Abete y era vicepresidente de la

Federación allá por 2,006, cuando se coció el escándalo.

Esta semana se ha publicado un dato curioso: los italianos van más al teatro que al estadio. Los *tifosi* constituyen la gran mayoría del país, y quien más, quien menos, tiene el corazón entregado a unos colores balompédicos. Pero la gente no es tonta. En 2006, los teatros acogieron 13,5 millones de espectadores de pago. Los estadios, 12,7 millones. Influye la violencia en las gradas, sin duda. Lo esencial, sin embargo, debe de ser la variedad: los teatros cambian de función de vez en cuando.

EL CÓDIGO DEL PRESTIDIGITADOR

LUNES, 09-04-2007

El fútbol es un lenguaje. Y en el *calcio* nadie domina ese lenguaje mejor que la Roma. Es una cuestión de estilo: la precisión con que la nube de centrocampistas desarrolla el diálogo; la riqueza del monólogo interior que se lee en Totti, participe o no en el juego; la fluidez sintáctica en situaciones espesas. También es cuestión de inventiva: un equipo sin ariete es un equipo sin desarrollo lineal, obligado a renunciar a la sencillez argumental y a moverse en espirales. El técnico Luciano Spalletti no se asemeja en nada a Julio Cortázar. Su fútbol, sin embargo, luce las hechuras de *Rayuela*.

Para Spalletti, el balón es como La Maga de *Rayuela*: un elemento imprescindible, porque lo inspira todo, pero no siempre visible. El movimiento de la nube de centrocampistas (Pizarro, De Rossi, Perrotta, Mancini, Taddei, Totti) se basa en el código del prestidigitador. Los dedos nunca son más rápidos que la vista, y los futbolistas no son más rápidos que el balón. Pero es hermoso creerlo. El truco consiste en desviar la atención: cuando la pelota está aún ahí atrás, entre los pies de Pizarro, el espectador ya mira hacia delante, hacia esos tipos que se cruzan en carreras diagonales, tratando de adivinar la carambola. La defensa contraria, como el espectador, se distrae por un segundo. Por eso el balón parece llegar de ninguna parte al lugar menos previsto. A veces falta sustancia. A veces no pasa nada. Pero todo pasa muy rápido. Eso es la Roma.

El Inter es una conciencia atormentada, una redención imposible. Tiene de su parte la razón y actúa con la mejor voluntad. Desarrolla un juego de factura clásica, amplio, de gran respiración. No pierde nunca. El *scudetto* ya es suyo. Como en *Crimen y castigo*, sin embargo, el principal protagonista del *calcio* es perseguido por una sombra. Como Raskolnikov, el Inter creyó hacer justicia acabando con un personaje mezquino y corruptor (la vieja usurera sería en este caso la Juventus de Luciano Moggi). Ahora se descubre obsesionado por la Juve, a la que en cierta forma ha suplantado. Aún no sabemos cómo, pero sabemos que la brillante novela interista desemboca en un purgatorio siberiano.

El Milan es un texto larguísimo, inacabado, crepuscular, en el que los vestigios de un pasado glorioso conviven con un proyecto indefinido. En la novela del Milan se desconoce el argumento (aunque los personajes hablan mucho sobre él), se reflexiona sobre la modernidad y se añora un tiempo mejor mientras se busca con ansia el futuro. Hasta los héroes más jóvenes, como Kaká, padecen la erosión de la nostalgia. Las joyas de Milanello relucen con la tristeza dorada de un baile austrohúngaro. El técnico Carlo Ancelotti tiene en sus manos algo muy similar al mejor novelón infumable de todos los tiempos: *El hombre sin atributos*, de Robert Musil.

La Lazio ya es tercera. Nadie se explica el portento de una narración espléndida trenzada con mimbres toscos. Los Behrami, Mudingayi, Baronio, Manfredi, Mauri, Makinwa, Pandev y Rocchi

deberían luchar, se supone, por un puesto en la UEFA. Comenzaron con puntos de penalización, juegan para un club técnicamente en la ruina, la grada sur sigue pitando al presidente (da igual el puesto en la clasificación) y no hay forma de disipar la imagen de institución filofascista. A falta de otra explicación convincente, debe ser cosa de talento. Como *Las hijas de Rebeca*: Dylan Thomas, un genio borracho, escribió para el cine la historia de unos rebeldes galeses disfrazados de mujeres; la historia no se filmó (hasta mucho más tarde, y mal) y el artefacto quedó en el aire, colgado de su propia magia. La Lazio y sus bucaneros son *Las hijas de Rebeca*: una extraña delicia.

LUNES, 16-04-2007

Había que ver las caras al día siguiente, cuando el estupor empezaba a disiparse y la magnitud del desastre se perfilaba con claridad. La avalancha de chistes (el patrocinio de Seven Up, etcétera) y el sarcasmo de los rivales dolían, pero lo que más oprimía el pecho era la conciencia del pecado indeleble. Pasarán los años y el 7-1 seguirá ahí, una mancha eterna en los anales. Luciano Spalletti quiso que la plantilla al completo diera la cara, y cada uno farfulló el mantra que le correspondía: «Hay que preservar la unidad» (Totti), «Todo nos salió mal y a ellos, todo bien» (Panucci), «Con el 2-0 tuvimos demasiada prisa por marcar» (De Rossi), «Nos faltan suplentes» (Spalletti). Qué se le va a hacer. La mecánica más fina del *calcio* reventó en Old Trafford: un muelle por aquí, una tuerca por allá. Un reloj destripado. Una lástima.

Por alguna razón, el desastre romanista en Manchester y el éxito milanista en Múnich generaron una misma reflexión, quizá deprimente, en numerosos comentarios: el hombre que marca la diferencia, el futbolista italiano más relevante en el *calcio* de hoy, es uno de esos tipos tan listos que prefieren pasar por tontos, torpes y obcecados. Se trata, como es obvio, de Gennaro Gattuso.

Él sigue empeñado en preservar su mala fama. Tras un partido de Italia en el pasado Mundial, un periodista le comentó que había sido el jugador más destacado de la selección. Cualquier otro habría respondido con una ñoñez de manual. Gattuso, no. «No empecemos insultando al fútbol», masculló. Pero la evidencia empieza a ser demasiado meridiana como para ocultarla tras un par de gruñidos. El mismo Carlo Ancelotti lo reconoce: «En una escala del 1 al 10, la importancia de Gattuso en el Milan es de 10. Gattuso es el alma del equipo».

Los amigos le llaman Rino. Los *tifosi*, Ringhio (gruñido). Los puristas del fútbol le retirarían, si pudieran, la licencia federativa. Muchos le consideran un descendiente no evolucionado de los Stiles, los Vogts, los Stielike: perros de presa, sicarios al servicio del técnico. El respeto que se le depara en el vestuario de Milanello indica, sin embargo, que Ringhio es algo más que eso. Gattuso convive con un tótem viviente como Maldini, un delineante mudo como Pirlo, un ególatra hiperactivo como Seedorf y un par de talentos como Kaká y Ronaldo, y cuando él habla, los demás escuchan. Cuando grita, los demás reaccionan. Cuando bromea, los demás ríen.

Su presencia basta para relajar tensiones. Como Goliath para el Capitán Trueno, Biscúter para Carvalho, Sancho Panza para Don Quijote o Haddock para Tintín, representa la comedia, la humanidad, el alma. Nació en Marina de Schiavonea, Calabria profunda, y cuando le fichó el Glasgow Rangers cenaba cada noche en un restaurante italiano; se casó, como corresponde, con la hija del dueño, y a su regreso a Italia se construyó una mansión de indiano en Marina de Schiavonea.

Un futbolista con barba es ridículo o especial. Sólo se recuerdan los especiales: el último Best, el gran Hulshoff del Ajax, el belga Eric Gerets, el doctor Sócrates. Con su barba, su autoironía, sus pies cuadrados y sus ojos de Martínez Soria, Ringhio parecía condenado al chiste. Se ha convertido, en cambio, en una prueba viviente de que en el fútbol, como en cualquier otro oficio, es posible aprender y mejorar, incluso cuando el talento natural es limitado. Gennaro Gattuso, campeón del mundo, de Europa y de Italia, se retirará algún día con un palmarés asombroso.

Un secreto: no tiene los pies cuadrados. Un dato estadístico: no es un jugador violento. Una evidencia: a él nunca le meterán siete.

LUNES, 23-04-2007

Hay quien dice que, en términos históricos, el siglo xx concluyó el 9 de noviembre de 1989, con la caída del muro de Berlín y el fin de la utopía comunista. También se puede pensar que el siglo xxi comenzó el 11 de septiembre de 2001, con el primer ataque terrorista a gran escala. En esos mismos términos, quizás el siglo xx del *calcio* concluyó ayer, 22 de abril de 2007, con el decimoquinto *scudetto* del Inter.

La historia contemporánea tenía una deuda pendiente con la Bienamada, la segunda institución futbolística más popular de Italia, por detrás de la Juventus y por delante del Milan. No se podía cerrar el siglo de los horrores sin asistir a un irrepetible doble portento: el Inter campeón y la Juve, su gran rival, en segunda. Nunca más veremos algo así. Es de suponer que el Inter se coserá, algún día, un nuevo *scudetto* en la camiseta. Pero (salvo nueva contratación de Luciano Moggi como director general) la Juventus no volverá a caer en el pozo.

Ha sido una temporada redentora. Hacía falta que la sociedad turinesa pagara por años de abusos. El descubrimiento de los amaños de Moggi fue casual (el teléfono interceptado de un mafioso) y podría no haber ocurrido, lo que subraya su calidad casi milagrosa. La afición juventina ha soportado un castigo severo; a cambio, no tendrá que soportar reproches la temporada próxima. La Juventus ha pagado y está limpia. La Vieja Señora podrá retomar con tranquilidad su vocación victoriosa. También se ha redimido el Inter: hacía falta que ganara de una vez para terminar con cientos de chistes viejos sobre su impotencia.

Dado que la vida nunca es perfecta, el Inter ha obtenido el *scudetto* igual que la última vez. Como en 1989, la Bienamada se ha salido de la tabla. Todo estaba ya cantado en febrero. El Inter no sabe darle drama a sus victorias.

Esto último es una reflexión típicamente interista. El aficionado negriazul siempre encuentra objeciones. Esta vez hay muchas: faltaba la Juventus en el campeonato, pasó lo que pasó en Valencia, se perdió el partido con la Roma, el título llegó en campo ajeno... Se trata, tal vez, de falta de costumbre. A ganar se aprende ganando. Y a perder, perdiendo.

En materia de derrotas, como se sabe, el interista es experto. En el pasado reciente cuenta con dos obras maestras del género. La del 26 de abril de 1998 se distingue por una crudeza estilizada: en el encuentro decisivo para el título, a falta de tres jornadas, se enfrentan la Juventus y el Inter, separados por un punto; en el momento decisivo, el defensa Iuliano derriba a Ronaldo dentro del área con una fogosidad casi sexual. El árbitro Ceccarini deja seguir el juego y en la misma jugada, segundos después, pita un penalti a favor de la Juventus. Inolvidable.

Desde el punto de vista del desarrollo argumental, lo del 5 de mayo de 2002 fue todavía mejor. Jornada final del campeonato. Inter, 69 puntos; Juventus, 68; Roma, 67. El Inter debe ganar a la

Lazio en el Olímpico para asegurarse el *scudetto* y la afición lazial desea con todas sus fuerzas la victoria del adversario: no quiere que una carambola de último minuto favorezca a la Roma. El Olímpico se entrega al Inter desde el primer momento, y los jugadores de la Lazio cooperan. Marcan Vieri y Di Biagio para el Inter, pero Poborsky, que no entiende de las cosas romanas, marca dos goles para la Lazio. El Inter percibe la inminencia de la tragedia y, siguiendo su instinto, se arroja de cabeza hacia ella. Simeone, ex interista, casi sin querer y sin celebrarlo, firma el 3-2. La cosa acaba en 4-2, con las dos aficiones amargadas. La del Inter más, evidentemente. El *scudetto* de 2002 fue para la Juventus. La Roma quedó segunda.

El mal sabor de boca duró hasta ayer mismo.

LUNES, 30-04-2007

Tras el derbi mediocre de ayer, 0-0 y a casa, la Roma y la Lazio cierran la temporada. Ya está todo vendido. La Roma terminará segunda y clasificada para la Liga de Campeones; la Lazio, tercera o cuarta, jugará los preliminares. Los romanistas quedan por delante de sus rivales y, en teoría, deberían estar más contentos. En realidad, no lo están. El alivio llegará con el tiempo, cuando los años difuminen ciertos recuerdos y resalten otros. Los resultados se guardan en la memoria y amarillean como el papel. Las leyendas metropolitanas gozan de vida propia y no se marchitan jamás.

La gente *giallorossa* tiene aún clavada en el corazón la estaca de Manchester. Aquel 7-1 dejó por los suelos su discreto prestigio internacional y propició decenas de chistes. Menos abrumador, pero no menos doloroso, fue el rotundo 3-0 con que la Lazio ganó el derbi de la primera vuelta. Aunque la clasificación final favorezca a la Roma, los enfrentamientos directos y el 7-1 inglés pintan una sonrisa en los labios laziales.

Pero hay que tener en cuenta el baño.

Lo del baño ocurrió el 10 de diciembre, inmediatamente después del primer derbi de la temporada. Delio Rossi, el entrenador de la Lazio, prometió a sor Paola, monja de gran autoridad entre los *tifosi* del equipo, que en caso de victoria se daría un chapuzón en la fuente del Gianicolo. No le importaba el frío: Rossi, por entonces aún muy discutido por el despido de Paolo di Canio (el de los saludos fascistas), quería demostrar que estaba dispuesto a dar la salud por la bandera blanquiceleste.

Delio Rossi cumplió su palabra. Esa misma noche, con el cuerpo caldeado por la victoria, el técnico subió al Gianicolo y, rodeado de cámaras, se zambulló en el agua. Concluida la experiencia y bien envuelto en un albornoz, comentó que el agua de la fuente no estaba tan fría como esperaba.

A la mañana siguiente, el diario *El romanista* (el nombre hace innecesaria una explicación sobre su tendencia) salió a la calle con un titular en romanesco: «A Delio Rossi, ce sei cascato!». ¿En qué trampa había caído el pobre Rossi? El diario lo explicaba con todo lujo de detalles.

Según *El romanista*, en cuanto el árbitro silbó el final del encuentro, unos cuarenta romanistas corrieron hacia el Gianicolo y descargaron su frustración sobre la fuente. Por decirlo de otra forma, orinaron en ella hasta deshidratarse. Poco después llegó Rossi. Y encontró el agua calentita.

No existen imágenes de la *hazaña* mingitoria y es posible que no ocurriera. Pero la broma, cierta o falsa, dio la vuelta al ruedo en todos los medios informativos. La leyenda del baño templado circulará mientras existan *tifosi*.

Delio Rossi no prometió nada para el derbi de ayer. Y difícilmente volverá a proclamar *urbi et orbe* su intención de bañarse en una fuente romana. El hombre se equivocó en eso. Durante todo el año ha confirmado, por otra parte, que es la gran revelación de los banquillos italianos. Fue un jugador mediocre y se estrenó como técnico profesional en 1993, con la Salernitana: el público le pitó ya en el primer partido amistoso y, sin embargo, esa temporada consiguió el ascenso a la Serie B. Pasó sin pena ni gloria por el Foggia (1995) y el Pescara (1996) y en 1997 regresó a la Salernitana: logró un nuevo ascenso, a la Serie A. Se declara alumno de Zeman, profeta del fútbol ofensivo, y es capaz de sacar petróleo de cualquier plantilla. Lo demostró el año pasado, llevando a la Lazio a la Copa de la UEFA, y lo ha demostrado éste, engancho el equipo a la Liga de Campeones.

Carece de carisma y su sentido de la higiene resulta discutible. En cuanto a lo demás, sabe lo que se hace.

ÚLTIMAS NOTICIAS

Fin de curso en el *calcio*. Éstas son las últimas noticias.

1. El Inter, campeón, concluye la temporada con unas cifras de vértigo. Acumula 97 puntos, 22 más que el segundo clasificado; ha ganado 30 partidos, empatado siete y perdido sólo uno. Ha marcado 80 goles. Es un resultado asombroso, después de tantos años de miseria. La sociedad organiza una gran fiesta, pero los jugadores optan por celebrar el éxito a su manera. En el entrenamiento del sábado, Toldo y Materazzi se lían a puñetazos. Córdoba pega una patada a Ibrahimovic. Ibrahimovic, la estrella arrebatada al Juventus el año pasado, se fotografía con Luciano Moggi, el gran corruptor, y se ofrece públicamente al Milan. Adriano concluye su exhaustiva investigación sobre las discotecas milanesas justo a tiempo para la fiesta; acto seguido se marcha de vacaciones a Brasil para efectuar ulteriores investigaciones nocturnas. Perspectivas óptimas para el año próximo.

2. El Juventus, campeón de la Serie B, regresa a la máxima categoría. El entrenador, Didier Deschamps, lo celebra dimitiendo. Había pedido los fichajes de Gerrard (Liverpool), Toni (Fiorentina) y De Rossi (Roma), pero llega Iaquina (Udinese). Buffon, el portero-mito, parece también dispuesto a marcharse. El portazo de Deschamps es acogido con fruición por la directiva: «No impediremos que se vaya». Los jugadores se declaran desolados. La directiva quiere que vuelva Marcello Lippi al banquillo, pero el técnico campeón del mundo prefiere seguir en paro hasta que juzguen a su hijo Davide, acusado de pertenecer a la red mafiosa de Luciano Moggi. La fiesta juventina es aún más amarga que la interista.

3. El pequeño Chievo, representante de un barrio de Verona, acompaña a Ascoli y Messina en el descenso a la Serie B. Es una de las sociedades más simpáticas del *calcio*, cuenta con los «tifosi» más pacíficos y hasta ahora desconocía el sabor del peor trago: siempre había subido, peldaño a peldaño, hasta alcanzar hace siete años la Serie A. Su propietario y presidente, el pastelero Luca Campedelli, de 38 años, encaja con dignidad un desastre que pareció improbable hasta el último minuto. Hace honor a su padre, el pastelero Luigi Campedelli, de quien heredó el club. El lema del patriarca Campedelli está enmarcado en las oficinas del Chievo: «Es mejor callar y parecer tonto, que abrir la boca y despejar cualquier duda al respecto».

4. Francesco Totti anota dos goles en el último partido, frente al Messina, y alcanza los 26. Sólo Van Nistelrooy parece en condiciones de arrebatarle la bota de oro correspondiente al máximo goleador europeo. Lo de Totti tiene su mérito: juega con una placa metálica y un montón de clavos en una pierna, es un centrocampista reconvertido en ariete por pura escasez de medios y ha fallado siete penaltis durante la temporada (el último, ayer mismo).

5. El Redemptoris Mater gana la Clericus Cup, la liga vaticana. Los futbolistas del

Redemptoris forman parte del Camino Neocatecumenal del español Kiko Arguelles (los llamados *kikos*) y se alzan con la final gracias a un gol de penalti injusto que provoca una tangana. El árbitro, tras varias tarjetas amarillas, disculpa las protestas de la derrotada Universidad Lateranense: son curas, pero esto es una final, explica. Maticco, el jugador más popular del «Red Mat» (nombre con que se conoce al Redemptoris), no juega el partido decisivo, pero desde la grada le animan lo mismo: «Juegue bien, juegue mal, Maticco cardenal». Los Legionarios de Cristo se quedan en semifinales, lo cual permite abundantes especulaciones teológicas y sociológicas, todas perfectamente superfluas.

Este corresponsal concluye sus historias, da las gracias y se despide. FIN



ENRIC GONZÁLEZ, nacido en Barcelona en 1959, es periodista y ha trabajado como corresponsal de *El País* en Londres, París, Nueva York, Washington, Roma y actualmente en Jerusalén. Ha sido galardonado con el Premio Cirilo Rodríguez, que reconoce la mejor labor de los corresponsales españoles. En su faceta de escritor ha publicado los libros *Historias de Londres* (1999), *Historias de Nueva York* (2006), *Historias del Calcio* (2008) e *Historias de Roma* (2010), todos ellos recibidos con entusiasmo por los lectores y la crítica. En estas obras, con un estilo personal e inconfundible, plantea retratos heterogéneos, dinámicos y siempre muy estimulantes de las ciudades que ha ido conociendo como corresponsal, fusionando sus propias vivencias personales con la historia del pasado y la crónica del presente, con pinceladas políticas, sociales, artísticas y cotidianas.